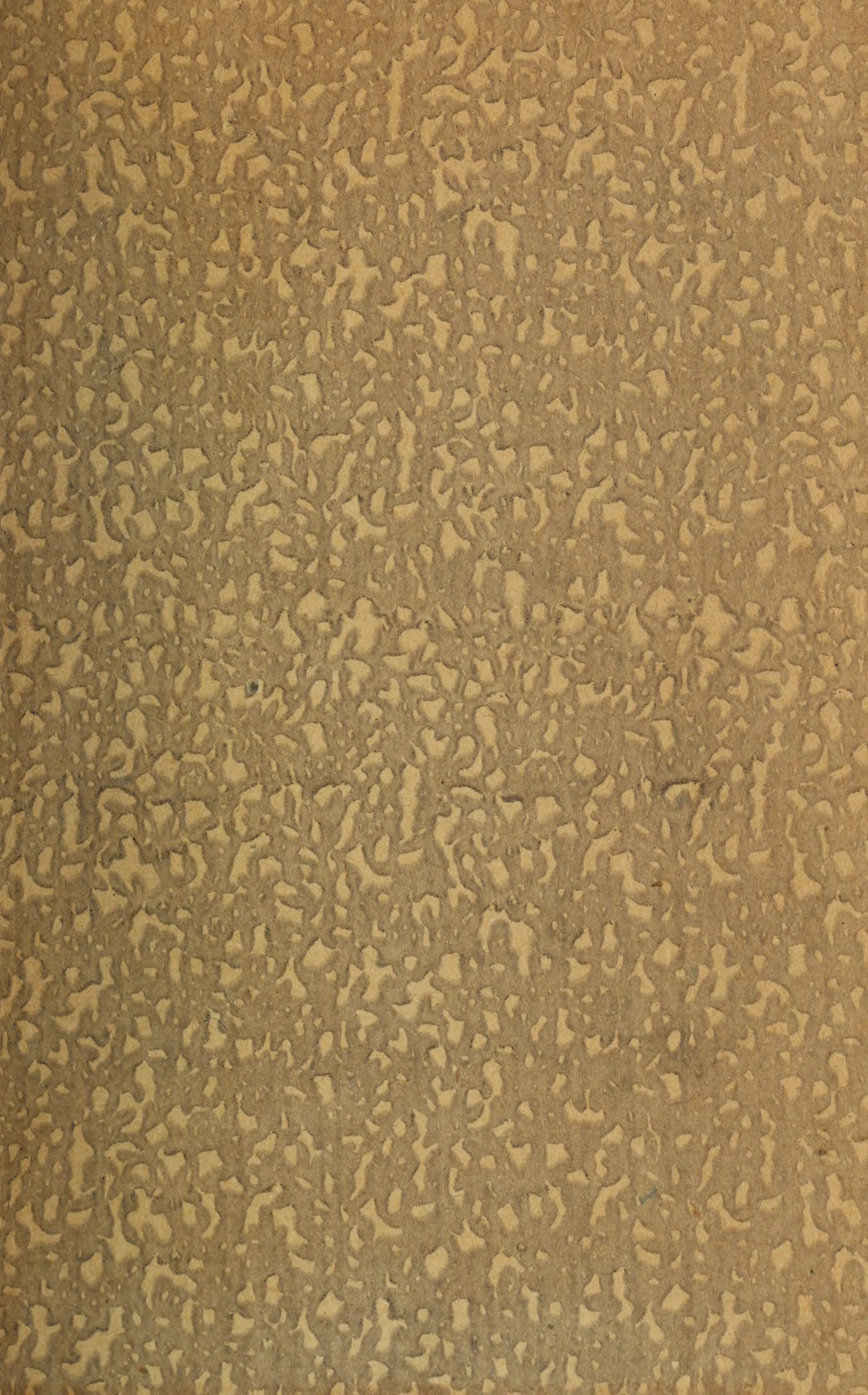
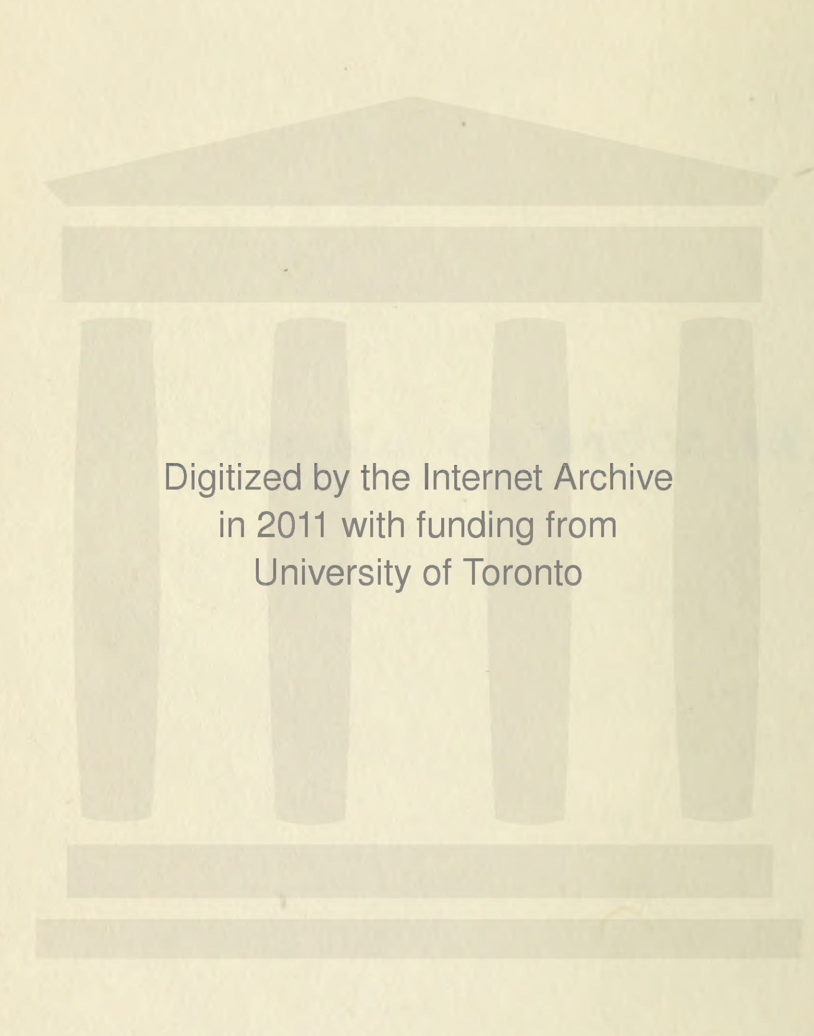

3 1761 08831845 6





El sobre en blanco.



A mi querido amigo el eminente cirujano

D. Juan Bravo y Coronado.

Con el mayor cariño le dedico este libro; acépotelo en recuerdo ae los sábados de Fuencarral.

El Autor.

Guillermo Díaz-Caneja

EL SOBRE EN BLANCO

NOVELA

Premio Fastenrath de 1918,
concedido por S. M. el Rey a propuesta
de la Real Academia Española.

Prólogo del

Excmo. e Ilmo. Sr. D. José R. Carracido.

CUARTA EDICION

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL, 6

1920

MADRID.—Imp. de Julio Cosano, Torija, 5, teléfono M 316.



Prólogo

El autor de **El sobre en blanco,** felizmente para la calidad de su producción literaria, no es novelador bisoño, ni veterano.

En obras anteriores ejercitó las nativas aptitudes, adquiriendo el dominio de todos los elementos artísticos que concurren a la composición de la novela. Estilo adecuado a la índole de los personajes; descripciones que sugieran la visión de la realidad; hábil desarrollo de los conflictos dramáticos; en suma: la tecnología del escritor que anhela reproducir íntegramente cuadros de la vida, ya fué ensayada y dominada por el Sr. Díaz-Caneja en los sucesivos ejercicios de la triple prueba de la *Escuela de Humorismo,* de *La Pecadora* y de *La Deseada.*

Beneficioso es, sin duda, el período de aprendizaje para la formación del literato; mas la continuación prolongada de la labor literaria suele conducir al demérito de la obra por amaneramiento. Antes de llegar a tal extremo, y

después de haber vencido las dificultades de la inexperencia, está el punto de sazón de los escritores, que es el en que aparece el autor de **El sobre en blanco**.

En mi sentir, el Sr. Díaz-Caneja no obtuvo para sus obras la atención de la crítica a que tenía derecho, quizá por no llamarla con las notas estridentes del libertinaje en los asuntos, o del atentado al idioma, en que se hace escarnio de los padres espirituales de nuestra nacionalidad, prefiriendo honradamente la lentitud de los procedimientos de buena ley a la conquista súbita por atropello de las condiciones que impone el verdadero Arte para evitar su degradación.

Creo realizar un acto de justicia pidiendo que cese tal desvío y que rindan el merecido homenaje de alabanza los censores de nuestra producción literaria al novelista que toma sus personajes de la vida corriente sin fantásticas desfiguraciones, que los hace actuar en armonía con sus caracteres, que llega a las escenas de alta tensión, no por la perversidad artificiosa, sino por el choque natural de temperamentos contrapuestos, y que efectúa el desenlace del drama con el rigor lógico de la conclusión que se desprende de las premisas, empleando en todas las ocasiones un lenguaje correcto, sin barbarizar el léxico ni descoyuntar la sintaxis.

Después de esta enunciación del modo de novelar el autor de la obra que estoy prologan-

do, no dudo, como si lo oyera, que los literatos, poseídos del furor de renovación, dirán, con gesto de altanera independencia, que tanta regularidad y corrección es rutina a la que no pueden someterse los temperamentos artísticos enardecidos por el fuego de la originalidad y despreciadores de la tacha de extravagancia. ¡Cuántos dislates llevan al mercado literario los que, presumiendo de espíritus fuertes, son realmente mendicantes de la notoriedad o casos de rudeza, por incultura! ¡Cuán equivocados los que cren escalar las cumbres de la gloria respondiendo al solo impulso de su antojo, y desdeñando las sendas transitadas por los grandes maestros que en el mundo han sido! Quizá lleguen alguna rara vez los que así proceden a realizar el anhelado escalamiento; pero conseguido por tal manera el triunfo, siempre es efímero: representa la moda de un instante que rápidamente pasa al olvido, en medio de la indiferencia, y hasta del sonrojo, de los que fueron sus panegiristas circunstanciales.

No deben desalentar al Sr. Díaz-Caneja, en su labor de producción honrada, la injusta tibieza de los que sólo llaman sinceridad a la procacidad, ni los elogios ciegamente tributados a los batidores de oropeles. No desvirtúe su noble vocación dejándose inducir por el corruptor ejemplo de los fáciles triunfos conseguidos mediante la alquimia de las adulteraciones; prosi-

ga su camino, que con la ejecutoria de las obra· ya publicadas, enriquecida con el nuevo timbre de **El sobre en blanco** y con otros de igual limpieza que ira registrando el tiempo en su transcurso, el nombre del novelista se abrirá paso, y su creciente prestigio se consolidará, por las positivas excelencias de su obra, perdurando en el concepto público sin el riesgo de la fugacidad de los absurdos caprichos de las modas literarias.

Grandes artistas padecieron la tristeza del silencio en los comienzos de su carrera; pero la firmeza de sus ideas, no conturbada por la tristeza del éxito ajeno, ha ido labrando la merecida reputación, y ésta, al fin, obtuvo el reconocimiento de todas las gentes, sin ser anulada por variaciones posteriores del gusto artístico.

Tengo la certeza de que igual porvenir está reservado al concienzudo autor de **El sobre en blanco,** y muy gustoso contribuyo a la buena obra de llamar la atención de los que no conocen al Sr. Díaz-Caneja, para decirles, aunque poco autorizadamente, con intención honrada, que su personalidad literaria es la de un verdadero novelista, que será siempre estimado por su espíritu sereno en la observación de la vida y por la buena ley de su arte para transcribir la realidad.

José R. Carracido.

EL SOBRE EN BLANCO

Primera parte

I

Un estreno y dos débuts.

Aun se comía en Madrid de siete y media a ocho de la tarde; aun daban los teatros cuatro secciones por la noche, la primera a las ocho y media.

El género chico empezaba a presentar síntomas de una decadencia que, andando el tiempo, determinaría su muerte.

Las revistas en que el éxito se confiaba a los artistas, músicos, escenógrafos, sastres, etc., a todos, menos a los libretistas, por la sencilla razón de que tenían de todo menos libro, triunfaban entonces, sirviendo de puente para el advenimiento del género llamado sicalíptico, que, más tarde, debiera facilitar el paso a la picaresca opereta, vasto campo que habrían de esquilmar todos cuantos tuviesen condiciones para ello, y algunos sin tenerlas.

El género ínfimo aparecía, con gran contentamiento del público, en el fenecido salón de Actua-

lidades, donde se anunciaban variados y atrayentes números, interpretados por señoritas nacionales y extranjeras.

El cinematógrafo nos enviaba sus avanzadas, disponiéndose a invadirnos con poder irresistible.

En las carteleras de uno de los principales teatros de la corte destacábanse, en tinta roja, dos grandes letreros: «Estreno». «La Verdad desnuda».

El estreno de aquella obra, original de un autor entonces en candelero, era la esperanza, y no vana, de la empresa, que desde el principio de la temporada no hacía otra cosa que caminar de fracaso en fracaso y de tumbo en tumbo, sin darse punto de reposo en sacar dinero de la caja.

Poco a poco, primero, en grandes grupos, después, la gente acudía al teatro. Los primeros en llegar acogíanse con fruición al abrigo del amplio vestíbulo, para resguardarse del intenso frío que reinaba en aquella noche del mes de enero de 190...; los más rezagados tuvieron que resignarse a permanecer en la espaciosa acera. El primer grupo que allí hubo de estacionarse fué engrosando rápidamente, extendiéndose, estrechándose, tomando mil formas diversas, según se le iban agregando nuevos elementos.

Los revendedores—aun existían a las puertas de los teatros—hacíanse los indiferentes, guardando en lo más profundo de sus bolsillos las últimas y mejores butacas, que algunos parroquianos habrían de pagar a buen precio.

Por entre la gente pululaban menudos vendedores, de ambos sexos, voceando periódicos.

El rumor de las conversaciones, el ruido de los

carruajes que constantemente llegaban, dejando unos a sus ocupantes, conservándolos otros en su interior, hasta que diesen la entrada, producía un zumbido creciente.

Los concurrentes al estreno empezaban a impacientarse; eran las diez, y todavía no salían de la primera. Sabido es que la puntualidad en los teatros era en aquella época un mito.

A las diez y diez, un confuso clamoreo, que salía del vestíbulo, sirvió de aviso a los de la calle. «Ya salen, ya salen»—se oyó decir a los de dentro.

En efecto, las mamparas se abrieron, y el público de la primera sección empezó a salir lentamente, a causa de la resistencia que encontraba en la gran masa de gente estacionada en la calle. Por fortuna, los que salían eran pocos. Inmediatamente, los que se hallaban a la intemperie se apretaron contra las puertas, provocando protestas sin cuento en el vestíbulo; la gran mancha se contrajo violentamente, cambiando de forma una vez más.

Un creciente vocerío de los de dentro anunció que *ya daban la entrada;* los de fuera se lanzaron intrépidamente al asalto del local.

La gente, después de apiñarse en la puerta de entrada, alargando al portero sus localidades, desparramábase por pasillos y escaleras en demanda de butacas, palcos y anfiteatros. El ruido y el bullicio que momentos antes reinasen fuera, se trasladaban poco a poco al interior del teatro, a medida que el público lo iba llenando.

El aspecto de la sala llegó a ser imponente. La fama del autor que estrenaba y la curiosidad que producían los débuts anunciados congregaban allí,

aquella noche, al público de las grandes solemnidades. La expectación era enorme.

En las butacas, en los palcos, en los pasillos se cruzaban saludos y sonrisas, se entablaban diálogos, se formaban grupos, se discutía y se procuraba saciar la curiosidad, siendo muchos los que preguntaban y pocos los que podían responder.

De la obra se sabía que el asunto era un poco escabroso, pero que estaba tratado de mano maestra, y esto era ya un justificante para que las señoras no se hubieran retraído.

En cuanto a las debutantes, una era la Concha Bermúdez, contratada expresamente para desempeñar el papel de la Verdad, esa señora que nadie encuentra por ninguna parte, y que aquella noche, para desmentir a sus detractores, se presentaría allí desnuda... o poco menos, para que no se dudase de su existencia; papel que, como se comprenderá, requería ser interpretado por una mujer muy hermosa, ya que la Verdad se sospecha que lo es en sumo grado.

La fama de la Bermúdez corría de boca en boca, y, desde hacía algunos días, no se hablaba de otra cosa en cafés, teatros y casinos.

Al decir de algunos, era una cupletista que llegó de América a Barcelona dos meses antes. En América había hecho furor y fortuna. En alhajas solamente tenía un dineral. En este grupo se aseguraba que primero fué tiple del montón en provincias; a esto no faltó quien añadiese que antes se la vió mucho tiempo pasear las calles de Madrid, sin que nadie le hiciera caso, a pesar de sus pocas pretensiones.

En aquel otro, Sánchez, redactor de *El Dirigible,* afirmaba rotundamente que él le había pagado muchísimos cafés con media tostada en tiempos calamitosos en que su amante, un torerillo de mala muerte, sólo le daba por todo alimento una paliza diaria. Esa fué la causa de que, aburrida de aquella vida, se marchase a Buenos Aires.

—No me cabe en la cabeza—decía Sánchez con la mayor indignación—que esa mujer pueda ser tiple; no comprendo que, siendo tosca e ineducada, con un cerebro de pedernal, pueda ser artista... ¡Eso es ofender al Arte!

La Prensa no había dado de ella otras noticias que las anteriormente apuntadas, poco más o menos, amén de algunos retratos muy sugestivos. Esto sólo consiguió despertar la curiosidad pública, sin satisfacerla. El monstruo no conocía ciertos detalles, que se consideraba con derecho a saber: ¿Quién era la Bermúdez? ¿Dónde nació? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Tenía novio? Y si lo tenía, ¿cuándo le dió el primer beso? ¿Quién o quiénes le habían regalado aquellas alhajas en América? ¿Por qué se las regalaron? ¿Quién fué su primer amor? Cuando éste se terminó, ¿le dolió mucho el corazón?

Todas estas preguntas estaban sin contestar, y la gente se moría de puro curiosa. No habría de pasar mucho tiempo sin que se supiera bastante más de lo que la misma Bermúdez deseara. En la vida de una artista, todo el mundo tiene derecho a penetrar.

En cuanto al segundo début, sólo se sabía la siguiente noticia, publicada por los periódicos:

«Se nos afirma que una señora casada, muy jo-

ven, y espléndidamente hermosa, sintiendo una vocación irresistible por el teatro, se lanza a las tablas, debutando con uno de los principales papeles de la obra de Javier Sequilla, *La Verdad desnuda.*»

Y nada más. Pero es bastante...

Una señora joven y guapa que se dedica al teatro, siendo casada, siempre despierta gran curiosidad, aunque no tanta como una buena hembra que regresa de América, a donde se fué pobre, cargada de brillantes. El pecado, aun siendo supuesto, es de las cosas que mayor atractivo tienen.

La elegante y espaciosa sala del teatro aparecía ya rebosante. El pasillo de butacas estaba lleno de hombres, que investigaban los palcos. Cruzábanse saludos de una y otra parte, y tal cual sonrisa o seña significativa. Soberbios descotes lucíanse en plateas y entresuelos. La marquesita de la Musa llamaba la atención, como siempre, por su hermosura. La de Peñadura, compitiendo con ella, lucía valiosas alhajas. La mujer del banquero Zubuzueta, espléndida morena de ojos soñadores, ostentaba, sujeto por una fina cadena que ceñía su escultural garganta, un soberbio *pendentif,* formado por tres magníficos brillantes, el último de los cuales descansaba sobre la tentadora hoyuela. El general Zaldavo, con su familia, ocupaba un entresuelo; la vizcondesa de Camposeco, con su madre y su hermana, una platea. Otras muchas personalidades de las artes, las ciencias, la literatura, la aristocracia y la milicia llenaban las principales localidades, daban brillo y realce, con su presencia, a la solemnidad que se preparaba.

El palco de la Peña aparecía rebosante; en el del Casino de Madrid no quedaba ni un hueco.

Los gemelos no se daban punto de reposo. En el gallinero se oía un griterío infernal.

Los músicos iban ocupando sus puestos, y, entre ellos, se entablaban diálogos y se hacían chistes. Mientras el flauta preguntaba al contrabajo por la función religiosa de aquella mañana en San José, un clarinete modulaba rápidas y pianísimas escalas y el oboe daba notas desentonadas, que provocaban la risa de los vecinos. Los violines, en tanto, ensayaban un pasaje difícil de la partitura, mientras el trombón afinaba notas graves y sonoras, que disonaban de las del cornetín. Y en medio de este perfecto desacuerdo de sonidos, francas carcajadas acogían algún chiste picante o dicho intencionado, que daba lugar a sabrosos comentarios.

Sólo un violín primero, el concertino, dejaba de tomar parte en aquella alegría, en aquel humorismo, hijo, en la mayoría de los casos, de los pesares más profundos. El instrumento cuelga del atril; sobre éste descansa el arco; el violinista, una pierna sobre la otra, vuelto hacia el público, apoyado un codo sobre el respaldo de la silla y en el puño la cabeza, permanece indiferente a todo lo que le rodea. Su vago mirar pasea errante por el teatro; sólo cuando se eleva a los palcos segundos parece recobrar vida al fijarse en uno de ellos. En ese momento, su rostro, joven y simpático, se anima ligeramente. Sobre la barandilla de aquel palco se veía apoyados a dos jóvenes: una bellísima rubia de ojos claros y rostro virginal, y un joven que apenas contaría veinticinco años, y cuyo labio superior ostentaba un po-

blado bigote negro, como el pelo. La indumentaria de ambos los clasificaba entre la aristocracia de la clase media; es decir, la que vive con modestia, pero sin privaciones. Por detrás de ellos asomaban dos cabezas grises, una de mujer y otra de hombre.

Cuando el violinista dirigía al palco sus miradas, ambos jóvenes le hacían señas, hablando luego entre sí. Él, después de sonreírles, volvía a su errabundo mirar.

En una butaca próxima, tomó asiento un caballero; después de quitarse el gabán y de acomodarlo sobre el respaldo, advirtiendo la presencia del violinista, le saludó con una sonrisa y unas palabras que denotaban conocimiento, pero no amistad.

—Buenas noches, D. Alberto—dijo.

—Buenas, D. Sebastián—respondió el músico con indiferencia.

El telón sufre pesadas convulsiones; detrás de él se oyen voces y ruidos sordos, que delatan la actividad que se emplea en preparar la decoración.

En los cuartos de los artistas reina la misma nerviosa actividad de colmena. En el de Peñasco, el primer actor y director, mientras éste se acaba de vestir, varios autores y amigos departen sobre todo lo que se murmura entre bastidores acerca del estreno y de las debutantes... El nombre de la Concha Bermúdez flota en la atmósfera a fuerza de pronunciarlo en los cuartos, en los pasillos, en el escenario, en los fosos, en los telares... en todas partes.

Por el pasillo en que está situado el cuarto de Peñasco, hay un continuo ir y venir de gente; unas, por obligación; otras, por curiosidad; en aquel pasi-

llo están los camerinos de las debutantes: la Concha Bermúdez y la María Quer.

Los cuartos de ambas están divididos en dos: uno, para recibir las visitas, y el otro, para vestirse. En el saloncito de la primera había varias personas; en el de la segunda, sólo el autor de la obra, el cual, a través del portier que cubría la puerta del cuarto tocador, hablaba con la incipiente artista, cuya voz, dulce y atrayente, parecía algo velada.

En el cuarto de Peñasco, la murmuración iba en aumento. Mientras el actor se caracterizaba, Sánchez, redactor de *El Dirigible*, sostenía que no era para tanto la curiosidad que la Bermúdez había despertado.

A esto replicaba Rodríguez, crítico de *El Condescendiente*, diario de la noche, que, como mujer, era una gran mujer.

—No digo que no—argüía Sánchez—; pero si de la mujer no vamos a juzgar más que por su forma exterior... ¡Y aun así! Ni como mujer, ni como artista..., ni por ningún estilo sirve la Bermúdez para descalzar a la otra.

—¿A la mujer del violinista?—preguntó uno.

—¿A la sobrina de D. Juan, el representante?—añadió otro.

—A la María Quer. Ésa sí que es una mujer admirable.

—Veo que tienes buena vista—interrumpió Peñasco, con tono de suficiencia.

—Tengo razón, ¿verdad? Pues ahí tienes a todos éstos esperando con la boca abierta el éxito de la acémila de la Bermúdez, sin enterarse de lo que tienen en casa.

—¿Y por qué se dedica al teatro? ¡No alabo el gusto del marido!—dijo otro.

—Para quitar muchos moños—respondió Sánchez con viveza.

—¿Tiene condiciones?

—¿Que si tiene condiciones? Oye, tú, Peñasco: que si tiene condiciones.

—No hará mal papel—contestó calmosamente el aludido, sin dejar de acicalarse ante el espejo.

—Mal papel ¿eh? Lo que hará es quedar por encima de todas; eso sin nombrar a la Bermúdez, que ya se sabe que no es sino una bestezuela bonita, cuyo papel al servicio de la Humanidad está perfectamente definido.

—A ti, Sánchez, algo te ha sucedido con la Bermúdez—interrumpió un aspirante a autor.

Este aserto excitó de tal manera el entusiasmo de Sánchez por María, que, sin dejar meter baza a nadie, perdióse en una larga disertación, encaminada a demostrar los méritos de ella y su imparcialidad en el asunto.

«Pronto le darían la razón; pronto se vería si el apasionamiento guiaba sus palabras; poco se tardaría en ver cuál de las dos salía victoriosa.»

Cuando más engolfado se hallaba Sánchez en la descripción de los méritos de su patrocinada, una voz estentórea se dejó escuchar al final del pasillo:

—¡Voy a empezar!

La protesta fué general; nadie estaba preparado. No obstante, la voz del traspunte era poco menos que inapelable, y así, mientras los extraños iban desfilando hacia sus localidades respectivas,

los artistas se apresuraron a dar los últimos toques en sus indumentarias.

—¿Está usted preparada?—preguntó Sequilla a María Quer.

—Sí—se oyó replicar a ésta.

El autor, acercándose aún más al portier, murmuró algunas palabras en voz muy baja y, después, salió del cuarto.



II

Flores y espinas.

Sonaron los timbres con insistente repiqueteo, llamando a todos a sus puestos. El sordo rumor que producía la gente en la sala acrecentóse con la entrada de los que estaban fumando en los pasillos. Se dió luz a la batería. El bullicio fué disminuyendo poco a poco, hasta extinguirse por completo al ocupar su sitio el director de orquesta.

Un religioso silencio, interrumpido solamente por el ruido que producían los músicos al abrir las partituras, reinó en el teatro.

Miró a derecha e izquierda el maestro, y levantando ambos brazos, los dejó caer después lentamente. Un delicado pianísimo de los violines inició el preludio, que fué escuchado con el mayor recogimiento.

Sus últimas notas fueron acogidas con una salva de aplausos. El preludio era una bellísima página musical, que llenó de regocijo a los que iban dispuestos a saborear una hermosa partitura. El número tuvo que ser repetido. Aquello iba a pedir de boca.

Levantado el telón, el libretista, desde las primeras escenas, se mostró, haciendo honor a su fama, digno compañero del músico. Los amantes del Arte se frotaron las manos de gusto: presentían una noche memorable; una de esas noches que pasan a la posteridad en los anales del teatro.

Un enigma quedaba por descifrar: ¿Estarían las debutantes a la altura de las circunstancias? ¿Sería una noche completa, o aguarían ellas la fiesta? No era de esperar. Cuando los autores no se opusieron a que estrenasen la obra, era que cumplían como buenas.

El asunto de la obra, en efecto, tenía mucho de escabroso; pero su representación avanzó sin tropiezo alguno.

El joven filósofo Cirilo, entrañable amigo del conde Albino, protagonista de la obra, hizo presentir al público, en un corto monólogo, que la aparición de la Concha Bermúdez se acercaba.

El tal filósofo, inseparable compañero del conde en sus bacanales, pese a toda su filosofía, se desengaña, cada vez más, de que es inútil buscar la verdad en la mujer. Rendido por el cansancio de la última orgía, se deja caer en un diván, clamando por la verdad en el amor. Al quedar dormido, sueña: entre gasas bordadas de plata y oro, entre celajes de sedas, a que varios reflectores hacen tomar bellos cambiantes, la Verdad, la Verdad desnuda, se le presenta personificada en la Concha Bermúdez, que vela su hermoso cuerpo con amplia túnica transparente, la cual, al seguir los movimientos de éste, deja entrever misteriosas bellezas.

Un murmullo de admiración acoge la presencia

de la tiple, que, como mujer, triunfa desde el primer momento, pero no así como artista; su arte es el indispensable para cumplir... y nada más. Se ve, desde el primer momento, que los autores confiaron el éxito de su papel al de la mujer. No obstante, se la escuchó con agrado como artista, y se la aplaudió ruidosamente como belleza.

Cirilo protesta en sueños ¡cómo no! de aquella Verdad; la mujer que la encarna es nada menos que la amante de su amigo; amante que, enamorándose del filósofo, parece dispuesta a traicionar al conde.

El éxito de la obra va en aumento. El público, satisfecha su curiosidad en lo que a la Bermúdez se refería, espera con interés la aparición de la Quer, de la joven y bella casada. «¿Por qué se dedicaba al teatro? ¡Eso de la afición era, sin duda, un pretexto!»

Al final del acto, hizo su aparición vestida de aldeana.

María Quer produjo una gran impresión de agrado, que creció por momentos en las cortas escenas que tenía en el primer acto.

En su persona encontró el público un atractivo especial, que le subyugaba. La dulzura de la voz, sus maneras, el mirar de sus grandes ojos negros, que al fijarse en los espectadores parecía acariciar, apoderándose de la voluntad, causaba tal atracción, que a los cinco minutos de estar en escena, la contemplaban ya con el mismo complaciente afecto que si se tratara de una artista de antiguo conocida.

María Quer no cantaba hasta el segundo acto; su papel, el de hija del guardabosque del castillo del conde, no adquiría importancia hasta entonces.

Al caer el telón, y tras de numerosas llamadas a escena de autores y artistas, el nombre de la Quer se oye en todas las conversaciones tanto o más que el de la Bermúdez.

Los músicos felicitan efusivamente a su compañero Alberto, el joven violinista cuya melancólica actitud sorprendiésemos antes de empezar el estreno.

Sonreía aquél al recibir las felicitaciones; mas es lo cierto que aquella sonrisa no modificaba en nada la extraña expresión de su semblante.

La rubia y el joven del palco segundo hacíanle expresivas señas de su alegría por el éxito, y esta vez pudimos distinguir a un señor de barba y bigote cano, de unos cincuenta años de edad, y a una señora que, poco más o menos, tendría los mismos, los cuales, uniéndose a los jóvenes, hijos suyos, felicitaban también al músico. Éste, después de agradecer con movimientos de cabeza tales enhorabuenas, que, al parecer, no le causaban efecto ninguno, se encaminó, por el foso, al escenario.

Los autores, en el saloncillo, y los artistas, en sus cuartos, cosechaban abundantes parabienes. Aquellos lugares, tan tristes y solitarios en días de fracaso, eran insuficientes para contener el gentío que se agolpaba a ellos en noches como aquélla. Autores, periodistas, cómicos y amigos los llenaban por entero.

Los cuartos y los pasillos estaban atestados. Se hablaba a gritos, se reía, se cantaban trozos salientes de la partitura, se hacían trinos y escalas ensayando la voz.

A costa de grandes esfuerzos, Alberto consiguió

acercarse hasta la puerta del cuarto de su esposa, de la María Quer; pero no logró pasar de allí. Su tránsito hasta el lugar mencionado fué inadvertido. A contados saludos tuvo que contestar; cuantas caras vió, eran desconocidas para él.

Una vez en la puerta, hubo de detenerse; no era posible entrar; el cuarto estaba rebosante de gente, y muchos se apiñaban a la entrada.

Desde aquel sitio pudo ver que en el de la Bermúdez sucedía lo propio.

Por entre los concurrentes, el violinista logró distinguir un momento a su mujer; la oyó hablar, la sintió reir, dar las gracias por las halagüeñas predicciones que, a coro, le hacían todos de una carrera triunfal... ¡Y eso que, hasta entonces, sólo la viesen en escenas de poca importancia! Los más iniciados aseguraban que su triunfo en el segundo acto sería indescriptible.

El primer impulso de Alberto fué el de abrirse paso a viva fuerza por entre aquella mole humana; pero después, con un encogimiento de hombros, desistió de su propósito, y permaneció en el pasillo.

Un hombrecillo bajo, rechoncho y mofletudo, acercóse a él muy sofocado, preguntándole si había hablado con María. Al oir la respuesta negativa de Alberto, el hombrecillo, D. Juan, representante de la empresa y tío de la debutante, por estar casado con D.ª Rosa, tía carnal de la nueva tiple, con un gesto dió a entender a su sobrino que no le extrañaba. Él también renunciaba a verla en aquel momento; luego volvería.

—Tu tía estará con ella—preguntó.

—Supongo que sí; no he podido verlo.

Don Juan se alejó con paso tan rápido como pudo, mientras D. Ramón, el empresario, llegaba por el otro lado, después de hacer estación en el saloncillo y de quemar un poco de incienso en el cuarto de la Bermúdez.

Después de dar unas palmaditas en el hombro de Alberto, clavóse como una cuña entre la gente y llegó hasta el centro del cuarto, donde María se hallaba.

Poseído del más santo entusiasmo, no sólo felicitó a la artista estrechando sus pequeñas manos... sino que la abrazó... con más entusiasmo aún... ¡Esto no podía criticarse en momentos como aquél... y D. Ramón era hombre que sabía aprovecharlos! Además, el empresario, ¿no es el padre de las artistas?

Fumando un cigarro reflexionaba, entretanto, Alberto, que su mujer no parecía preocuparse mucho de su ausencia. Enamorado locamente de María, aunque la idea le hiciese sufrir hondamente, procuró disculpar su conducta con lo excepcional de las circunstancias.

Alejóse lentamente de aquel lugar, y, por el foso, volvió a ocupar su silla en la orquesta, donde, montando una pierna sobre la otra, apoyando el codo en el respaldo de la silla y en el puño la cabeza, quedó de nuevo ensimismado en melancólicas ideas. Su vista, baja, no pudo distinguir el afán con que la rubia y el joven del palco le contemplaban. Aquella actitud del violinista suscitaba, al parecer, discusión entre ellos. Los gestos y ademanes de la muchacha revelaban indulgencia, conciliación; los del hombre, duda, escepticismo. Su moreno rostro,

de facciones un tanto angulosas, la expresión de su mirada y la contracción de su boca denotaban rectitud de ideas en un carácter apacible, y es lo cierto que el del joven nada tenía de áspero ni destemplado. ¿Por qué discutían? ¿Cuál era el tema sujeto a controversión?

Los timbres, anunciando que el segundo acto iba a empezar, nos impiden remontarnos hasta el palco para tratar de informar a nuestros lectores, y nos obligan a ocupar de nuevo la butaca.

El éxito del segundo acto superó, con mucho, al del primero. Empresa, autores y artistas tenían el santo de cara. Don Ramón sacudía el polvo de su exhausta caja de caudales y se disponía a meter en su seno una buena cantidad de miles de duros.

Desaparecido el principal atractivo de la Concha Bermúdez, su desnudez, la lucha con María le fué imposible. Ésta acabó de ganarse al público con el encanto de su voz, si no muy extensa, de una dulzura insuperable.

En el segundo acto, Cirilo, resistiéndose a engañar a su amigo el conde, huye al castillo de éste, desesperando de encontrar la verdad en el amor. En el castillo encuentra a Felisa, la candorosa e ingenua hija del guardabosque, a la que conoció en el primer acto, en casa de Albino. El filósofo encuentra muy agradable y apetitosa a Felisa, y ésta no encuentra despreciable a Cirilo.

En la escena y dúo de amor que ambos tienen, la María Quer se mostró tan apasionada, que no solamente enloqueció al filósofo... sino al público...

Al terminar el dúo, cuando Felisa, acariciando el rostro de Cirilo, deja que éste le dé el primer

beso de amor, no parece sino que una corriente eléctrica sacude los nervios de los suspensos espectadores.

Una ovación estruendosa estalla en el teatro. No se sabe de dónde salen flores, pero es lo cierto que ellas caen a los pies de la artista, como símbolo de su porvenir. La María Quer estaba consagrada.

Los jóvenes del palco tenían las manos doloridas de tanto aplaudir.

En los bellos ojos de María, emocionada, asustada, sorprendida, brillaron dos lágrimas. El público, al advertirlo, redobla la ovación, delirante...

Si alguien hubiera podido fijar su mirada entonces en otra persona que la hermosa artista, quizás hubiera podido ver que Alberto, bajando la cabeza con disimulo, pasaba una mano por sus ojos.

¡Cuán distintas, sin embargo, eran las causas que a uno y a otro hacían llorar!

En el teatro, sólo una espectadora, la rubia del palco, se dió cuenta de la maniobra del violinista...

La repetición del dúo se pidió por unanimidad. La voz de María, algo temblorosa, resultó esta segunda vez más dulce y apasionada, más tierna en la expresión... El público repitió, entusiasta, sus aplausos atronadores.

Todo siguió bien hasta el final de la obra, con la única salvedad de que la Bermúdez, sintiéndose derrotada, parecía perder el dominio sobre sus nervios.

Al terminar el acto, Cirilo, creyendo haber hallado, al fin, la verdad en el amor de Felisa, lo que encuentra es que ésta se escapa con el conde, y

que la encargada de hacérselo saber es la desdeñada amante de Albino, que se le presenta nuevamente encarnando la Verdad; lo cual hace pensar al filósofo que la Verdad desnuda es, a veces, muy amarga...

Las llamadas a escena fueron innumerables; diez veces subieron el telón; más flores cayeron a los pies de María.

Cuando Alberto llegó al escenario, su mujer, sofocada, radiante de felicidad, no cesaba de estrechar manos y de dar gracias por el homenaje que sus admiradores le rendían. Aquel lugar era una jaula de locos. Rodeando unos a la María Quer, otros a los autores, y los menos a la Bermúdez, todos hablaban y gesticulaban cual si estuviesen poseídos de un vértigo infernal.

Alberto, tampoco esta vez pudo llegar hasta su esposa... ¡se lo impedía la gente!

Los tres grupos emprendieron un lento movimiento de traslación hacia sus respectivos destinos.

Alberto hubo de hacerse a un lado ante la avalancha, sintiendo que su corazón se oprimía dolorosamente. Al ver pasar a su mujer, rodeada de tantos y tantos como la aplaudían y festejaban, experimentó en lo más íntimo de su alma la sensación de que se la arrebataban, de que empezaba a dejar de ser suya... Ella, ni aun advirtió su presencia... Había pasado junto a él, sin verle, sin presentirle... María ya no era su María..., ya no era la señora de Galván..., ¡era la María Quer! Alberto sufrió una intensa conmoción, que, por un momento, le privó del dominio de la voluntad; pero con un supremo esfuerzo, logró sujetar sus nervios y dominarse.

Si grandes dificultades había encontrado en el primer entreacto para llegar al cuarto de *ella*, las que halló entonces fueron mayores. El pasillo estaba materialmente infranqueable. Su persona siguió pasando inadvertida para los más. Nadie, pues, se recataba de él para hablar de la tiple, y si es cierto que sólo escuchaba alabanzas, no lo era menos que algunas de ellas, las dirigidas a la mujer, causábanle un malestar creciente. Hasta entonces no había oído hablar de su esposa como de algo que es del dominio público. A duras penas pudo acercarse hasta el cuarto de la Bermúdez; allí se vió obligado a detenerse ante el grupo que obstruía el paso.

La voz de la debutante llegó hasta sus oídos, obligándole a prestar atención. Hablaba atropelladamente y con tono nervioso. El éxito de la María Quer la tenía fuera de sí; sus palabras eran poco halagüeñas para ella:

«Sin duda que se habría creído que aquello era verdad... ¡Vaya una manera escandalosa de prepararse un éxito! Puede que se figurase que todo el mundo iba a creer que aquellas flores nacieron espontáneamente en el teatro, para ella... Sin duda que el marido era muy ducho en preparar ovaciones, éxitos; pero lo que puede que no supiera es que los éxitos se pagan de un modo... o de otro... Menos mal que tenía cara de ser de buena pasta...»

El violinista no pudo escuchar más: una carcajada de los admiradores de Concha Bermúdez ahogó las demás palabras que ésta pronunciase, si es que siguió en su loca charla. Una ola de sangre le subió al cerebro. Quedó anonadado. Fué su primer impulso penetrar en el cuarto de la tiple y devolverle

tan soeces palabras; pero ¿qué hubiese adelantado, sino quedar en ridículo? ¿No era una mujer? Y, en todo caso, ¿es que no sabía él perfectamente que cosas aun peores habían de sucederle?

Rebosando amargura, en vez de seguir adelante, retrocedió para volver a la orquesta. Aun faltaba la última sección. Aquel ambiente le ahogaba, y comprendía que ahogaba también a su mujer; que emponzoñaba sus sentimientos, que destrozaba en un momento todas sus ilusiones, su amor, su alegría, su dicha...

Al volver a ocupar la silla ante el atril, la familia del palco segundo ya no estaba en él; tampoco vió a D. Sebastián, el vecino, en la butaca. Las mordaces palabras de la Bermúdez le hacían el efecto de un cerco de hierro que le apretara las sienes, amenazando con aplastarle el cerebro. Mortal angustia le oprimía el pecho, cual plancha de plomo que le impidiese respirar.

«Verdaderamente, aquellas flores, ¿por qué estaban en el teatro? ¿Las llevaron desde luego, o fueron compradas en vista del éxito que María tuvo en sus primeras escenas? Si lo primero, ¿no resultaba indudable que alguien se había ya fijado en ella durante los ensayos? ¿Y quién o quiénes eran los que se consideraban con derecho a fijarse en su mujer? ¿Quién le pidió permiso para arrojarle aquellas flores? ¿Por qué aquel entusiasmo que había producido? ¿Por qué aquel cariño que todos sintieron hacia ella? – «¡Qué guapa!» «¡Qué simpática!» «¡¡Qué mujer!!»—, había escuchado más de una vez, a los espectadores de las primeras filas, durante la representación... ¿Y por qué eso? Limitáranse a es-

cuchar la obra, sin hacer comentarios sobre los artistas..., sobre María, al menos...

Varios compañeros se acercaron a él, gastándole bromas y obligándole a ocultar la dolorosa expresión con que su rostro reflejase el desvarío de sus ideas.

«¡Vaya una suerte!»—decía uno.—«¡Quién tuviera una mujer como la tuya!»—exclamaba otro.—«Ocho duros de sueldo, para empezar»—murmuraba un tercero.— «Tú, que ya eres rico, aun te da Dios más»... «Los hay con suerte»...

Verdaderos milagros tuvo que hacer el violinista para recibir sin enfado los dichos de sus compañeros... ¡Todos pensaban en contra suya!... ¿Quién tenía razón? Por fortuna para él, la última sección dió principio.



III

Noche de amor.

Terminada la función, cuando Alberto consiguió llegar al cuarto de su mujer, aun quedaban en él los más entusiastas admiradores. La nueva tiple, sentada en una butaca, recibía, como una reina, el homenaje que le rendían. Doña Rosa ponía en orden los objetos del tocador, y guardaba las ropas en un armario.

María, tras de breves frases de reproche por la ausencia, hizo la presentación de su marido a todos aquellos que sólo conocía de algunas horas antes.

Muchos de ellos, la mayoría, después de cambiar algunas frases corteses con Alberto, se retiraron; otros permanecieron allí hasta el último momento. Cuando la tía hubo terminado, salieron todos para reunirse con D. Juan, y marchar juntos.

En las Cuatro Calles, despidióse el matrimonio de los tíos y de uno de los dos obstinados admiradores, que aun no consideraban llegada la hora de cesar en su inoportuno acompañamiento; el otro, un periodista de la menor categoría, redactor de un periódico insignificante, siguió con ellos hasta la misma puerta de la casa, en la calle de la Cruz, sin

cesar un momento en la ponderación del artículo que inmediatamente iba a escribir, loando el arte de la Quer.

«¡Oh! desde aquella noche, podía considerarle como su más esforzado paladín...»

De tal manera se expresaba el criticastro, que la tiple pensó tener a su lado al periodista de más fama de Madrid, y decimos a su lado, porque no se separó de ella ni un momento, sin parar mientes en la poca gracia que esto le pudiese hacer al marido. Callaba éste, interviniendo solamente con monosílabos en la conversación, cuando a ello se veía obligado.

Por suerte, el camino era corto y el crítico no tuvo más remedio que despedirse. Alumbrándose con la cerilla que el sereno les entregara, empezaron a subir la escalera.

Si las paredes fuesen transparentes, el joven matrimonio hubiera podido ver, al pasar por el principal, que D. Sebastián, el mismo que saludó a Alberto en el teatro, se incorporaba en la cama, prestando atención al ruido que oía en la escalera; le hubiese podido ver cómo daba media vuelta en la cama, saltando sobre el colchón de muelles, y tal vez le hubiera escuchado estas palabras:

—Es ella... ¡Señores... qué mujer!

Afortunadamente, ni las paredes se transparentaban, ni sus oídos eran tan finos que alcanzasen a percibir aquellas palabras, pues, en caso contrario, es seguro que el violinista hubiera pasado muy mal rato.

En la escalera se oyó el sonido de un timbre, y el ruido producido por una puerta que se abre y se

cierra, con el acompañamiento del chirrido de llaves y cerrojos que se corren.

Alberto suspiró con más tranquilidad al verse a solas con su mujer... ¡Su mujer!... Un poco aventurada parecía la afirmación, a juzgar por las dolorosas impresiones sufridas por él aquella noche.

Uno y otro, después de contestar ella a las múltiples cariñosas preguntas de la criada, penetraron en el gabinete, coquetonamente amueblado, que, con el comedor y el despacho de Alberto, constituía el exterior de la casa.

María se despojó del elegante sombrero y del rico abrigo de pieles que cubría su cuerpo; en seguida, pasando sus manos por el peinado, dió un suspiro, y sonriendo de un modo encantador, fué a sentarse, en un diván, al lado de Alberto; rodeóle mimosamente el cuello con los brazos, y acercando su cara a la de él, exclamó con acento apasionado:

—Alberto...

Este, clavando su mirada en el rostro de ella, quedó contemplándola unos momentos, con amor infinito.

—¿Por qué me miras así?—dijo María.

—Porque siento que te pierdo; porque mi corazón me dice que nos separan... y no parece sino que quiera grabar en sí mismo hasta el menor rasgo de tus facciones...

—No me hables así...

—¡Cómo he de hablarte, cuando ya la gente nos ha separado una noche entera!...

—¡Tonterías!—exclamó María, cambiando la expresión amante de su rostro en otra desabrida y despectiva.

—Cuando ya la gente nos ha separado una noche entera...y tú no lo has advertido —concluyó Alberto.

—Es muy cruel ese reproche en un momento como éste... ¿Acaso me dejaron un momento de sosiego? ¿No era bastante mi preocupación? ¿Puede achacarse a falta de cariño lo que no tiene otra causa que el aturdimiento propio de un caso semejante?

—Si tú me quisieras...

—¡Malditos celos...!

—Celos son amor.

—Amor injusto. Tú, que tanto me quieres, no sabes disculpar una falta que, después de todo, no existe; noté tu ausencia; pero la achaqué a causas que yo creía ya olvidadas por ti... Si la gente nos ha separado una noche entera, tú solo tienes la culpa; tú has consentido que nos separen al no presentarte en mi cuarto..., al no haber permanecido toda la noche en él.

—Yo no debía faltar esta noche en la orquesta; mi dignidad así lo exigía...

—¡Pícara dignidad!

—Dos veces intenté llegar hasta tu cuarto; la primera vez no me dejaron; la segunda no pude, porque...

—¿Por qué?

Alberto dudó unos momentos; pero, al fin, puso al corriente a su esposa de todo lo que escuchara en el cuarto de la Bermúdez.

María se echó a reir, exclamando al mismo tiempo:

—¿Eso te sorprende? ¿Tú, que llevas algunos años en el teatro, te asombras, te apesadumbras por esas palabras?

—Eso... y más espero; he ahí una de las causas de oponerme a tus deseos, ya realizados.

—Pero consentiste, y si has consentido, es muy triste que amargues mi alegría de esta noche con tus quejas e inculpaciones... ¡Si fueses otro, estarías contento!...

Y al decir esto, María levantándose del sofá, empezó a desnudarse con aire de niña enojada.

Ella, que viera satisfecho su orgullo de mujer triunfante; ella, que admiraba la solidez de los cimientos del edificio de sus ambiciones, cuya primera piedra colocase aquella noche, no comprendía, no podía resistir que nadie turbara su felicidad, y menos Alberto, tan dócil y complaciente en todas ocasiones..., excepto en aquélla.

La operación de desnudarse era llevada a cabo por la gentil artista con displicencia suma y malhumor manifiesto. En la tal operación llegó un momento en que se hizo preciso el auxilio de una segunda persona. Por más esfuerzos que hacía la joven, no lograba desabrochar un pícaro corchete. Con acento contrariado, solicitó la ayuda de su marido; ayuda que fué galantemente prestada, sin interrumpir el silencio que entre ambos reinase. Así, pues, una vez que el corchete fué desabrochado, Alberto volvió a ocupar su sitio en el diván.

Ella, despojada de las prendas exteriores, entró en la alcoba, situada en el fondo del gabinete. A los pocos minutos volvió a salir, cubriendo las desnudeces, mal veladas por la camisa, con una elegante bata, que dejó sin abrochar.

María, en aquella *deshabillé*, que permitía ver

hermosas intimidades de su cuerpo, estaba infinitamente más bella que en traje de calle.

Sentada ante el tocador, la hechicera joven —no hacía mucho que cumpliera los veinticuatro años—dió principio a la penosa tarea del despeinado.

El pelo era tan largo y abundante, que la empresa no resultaba nada fácil. Esto sirvió de pretexto a la artista para exteriorizar la idea de que era preciso tomar doncella inmediatamente, mucho más cuanto que para el teatro le era imprescindible. Doña Rosa érale muy útil, pero no podían consentir, en modo alguno, que llenase el papel de una criada; harto servicio prestaría acompañándola en el cuarto y en los ensayos.

Como Alberto nada contestase, María calló de nuevo y siguió pasando el peine por su espléndido cabello, llevándole sobre su pecho para desenredar las puntas.

Según la operación exigía el uno o el otro movimiento, así se acercaba o retiraba del espejo, con graciosa coquetería.

Alberto no quitaba sus ojos de la luna del tocador, en la que veía reflejar la imagen de su esposa.

Recogido el pelo y cubierto con una cofia de encajes, María empezó a guardar lentamente peines, cepillos y horquillas en una bolsa blanca que sacó de uno de los cajones del mueble.

La *toilette* estaba terminada. La encantadora artista, recobrando, con la misma facilidad con que lo perdiera, su aspecto risueño y cariñoso, adelantando la cabeza hacia el espejo, cual si quisiera jun-

tar su cara con la de Alberto, en él dibujada, murmuró estas palabras con acento indefinible:

—¿Todavía no has conseguido grabar en tu corazón hasta el menor rasgo de mis facciones?

El gracioso mohín con que María acompañó sus palabras hizo sonreir a Alberto. Aprovechando aquella pequeña victoria, volvióse hacia él, y contemplándole sonriente, esperó una contestación; pero el violinista permaneció callado. Parecía que la vida se había reconcentrado en sus ojos, que no cesaban de mirar a la esposa amada.

—Yo pensé... que me querías un poco más...; creía que mis facciones estaban impresas en tu corazón desde hace tiempo... ¿Por qué callas?... ¿No merezco una contestación?... ¿Tan mala soy, que no puedo esperar una palabra cariñosa?... ¿No puedo pedir a mi marido que complete mi alegría, viéndole contento, orgulloso de su mujer, que, a lo que parece, no es ningún zopenco?. . ¿No puedo suplicar que los innumerables disgustos que hasta aquí hemos tenido cesen esta noche, en que las puertas de la felicidad se abren ante nosotros con el aplauso del público, que es el dinero, nuncio de la holgura, de la paz y la tranquilidad en todas las casas?

Levantándose de la silla, María fué a sentarse al lado de su esposo; acarició su rostro con ternura, y fijando, amorosa, sus ojos en los suyos, añadió:

—No puedo esperar nada de esto de mi Alberto, ¿verdad?

—Tu egoísmo es tan grande como tu hermosura.

—¡Oh! Ya salió mi egoísmo—replicó ella dejando de acariciarle y retirándose un poco.

—Tu egoísmo es tan grande—repitió Alberto—,

que no dudas en pedir, para que nada falte a tu felicidad, que yo coja mi corazón y, haciéndolo añicos, lo tire al arroyo, para que lo pisoteen todos cuantos pasen, como antes lo pisotearon, inconscientemente, los que te aplaudían, los que celebraban tus encantos, tus atractivos, tu simpatía, lo que era mío y que ahora es de todos, ¿lo oyes, María?, de todos; porque ahora ya no eres mía solamente, sino de todo aquel que, por unas míseras pesetas, puede ir a recrearse en tu belleza, en tu arte, en la dulzura de tu voz, que sólo a mí me deleitaba; y en el café, en el casino, en el paseo, todo el mundo tendrá derecho a ocuparse de ti, a pensar..., a decir lo que quiera..., porque ya no eres la señora de Galván, porque ahora eres la María Quer..., a secas; la María Quer..., sin otro nombre; el de tu marido ya no existe, como si no lo hubieses llevado jamás..., como si no lo llevaras hoy..., como si no hubieras sido mía nunca... ¡Ya no eres María Quer de Galván; eres una artista..., la María Quer!

La vehemencia, el brillo de la mirada de Alberto, al hablar, dejaron sorprendida a María. Nunca le había visto tan exaltado.

Acercándose nuevamente a él y cogiéndole las manos, trató de calmarle con palabras cariñosas y razones que, en cierto modo, no carecían de fundamento. ¿Acaso era la primera mujer casada que se dedicaba al teatro?

Pero Alberto no se daba a partido, ni entendía que lo que hicieran los demás debiera servir de pauta para su modo de pensar. Él no podía consentir que el bienestar, el dinero, fuera su mujer quien lo llevara a casa. Nunca regateó el menor gasto a su

esposa; su pequeña fortuna se había gastado casi en su obsequio; no se quejaba: si mil fortunas tuviese, otras tantas gastaría por ella; y no solamente no se quejaba, sino que, al ver disminuir el caudal, procuró trabajar cuanto podía para subsanar la falta; pero consentir en vivir a costa del trabajo de su mujer, eso no lo toleraría en modo alguno.

Haciendo verdadero derroche de cariño, María quiso hacerle ver lo exagerado de sus ideas, pero nada pudo lograr.

—¿Te gustaría verme mal vestida, viviendo en un piso interior, privada de lo más necesario?

—Si lo que gano no es bastante, yo robaré para ti.

—Ten un poco de calma, Alberto; reflexiona, sé razonable. Tú has visto que todos han aplaudido mi decisión.

—Porque ninguno está en mi puesto; porque ninguno te ama como yo.

—Si tanto me quieres, déjame seguir el brillante camino que ante mí se abre...

—Camino infernal para tu marido...

—Tú verás cómo dentro de poco cambias de ideas.

—María, mi María..., no lo creas, no podré vivir. Me parecerá que todo el mundo me señala con el dedo, diciendo: «Ése vive a costa de su mujer; ése trocó la santidad de su amor por un puñado de dinero...»

—Tú ganas un sueldo...

—Que hoy es insuficiente para el gasto que tenemos. En las palabras de algunos de mis compañeros noto ya cierta ironía.

—Los más te envidian.

—Y yo los envidio a ellos.

Alberto, apoyando la cabeza entre las manos, murmuró palabras que parecían sollozos. María, acariciándolo tiernamente, lo atrajo hacia sí, descubrióle la cara, y le besó apasionadamente, diciendo:

—Si yo no he de querer a nadie más que a ti...

Estrechándola con nervioso transporte, Alberto la cubrió de besos en la boca, en el cuello..., en los desnudos hombros.

Cuando aquel arrebato se hubo calmado, ella, recogiendo la caída bata, dijo con desfallecimiento:

—Tengo sueño, Alberto... Ven..., vamos a acostarnos... y el nuevo día te dará nuevas ideas... Ven —añadió, dirigiéndose hacia la alcoba.

Alberto la miraba anhelante. La vió quitarse la bata, las medias y los zapatos; la vió acostarse... En la penumbra de la alcoba resaltaba la blancura de su carne.

—Alberto..., Alberto mío, ven—exclamó ella con voz queda.



IV

Historia que se hace necesaria.

Trece años tenía Alberto cuando sus padres, comerciantes en Astorga, le enviaron a Madrid para continuar sus estudios de música, por la que, desde muy niño, demostraba gran predilección. En Astorga estudió el solfeo y dos años de violín, con gran aprovechamiento; pero juzgando los padres que el maestro que allí tenía el chico no era para mayores empresas, y deseando, por otra parte, que la carrera de su hijo tuviese la sanción oficial, resolvieron, y bien sabe Dios el llanto que tal resolución costó, enviarlo a la corte para que se examinara de lo aprendido y se matriculase en lo siguiente. A esta idea contribuyó, en primer término, la fácil proporción que tenían los padres para que Alberto estuviera en Madrid tan atendido y cuidado como en su propia casa, y ¡vaya! que es afirmar, porque el muchacho era para ellos compendio y resumen de cuanta felicidad pudiese haber en el mundo; con lo cual dicho queda lo mimado que le tendrían. En

aquel honrado hogar se trabajaba, se vivía por y para el niño.

En Madrid contaba el padre del incipiente músico con un amigo de la niñez, casado y con dos hijos de la misma edad, aproximadamente, que el suyo. Era el tal amigo D. Teodoro Recio, casado con D.ª Elvira Domínguez, y padre de Susana y de Pedro, o sean los cuatro personajes que vimos en el palco segundo el día del début de María Quer.

Don Teodoro, que a la sazón contaría treinta y cinco años, era afinador y reparador de pianos, para lo cual tenía en su casa un pequeño taller, que si no lo constituían los grandes elementos de una fábrica, contaba con los necesarios para el desempeño de su misión, y, en todo caso, si alguno faltaba, lo substituía con su portentosa habilidad en la materia; destreza que hubo de heredar y aumentar más tarde su hijo Pedro.

Como tal fué recibido el niño Alberto por don Teodoro y su señora; como hermano fué considerado por Pedro y Susana. De carácter bondadoso, dócil y obediente, de todos se hizo querer entrañablemente. Susanita, que entonces tenía once años, sentía por él un verdadero apasionamiento.

El niño fué matriculado, en violín y piano, en el Conservatorio.

Durante el curso, Alberto permanecía con aquella familia; el verano lo pasaba en Astorga, con sus padres. Si disgusto causaba al venir de allí a la corte, no era flojo el que producía su viaje de la corte a la ciudad natal. Todo el año trabajaban los padres con entusiasmo, pensando en el bienestar del hijo: con cinco que él ganara y otros cinco que ellos

le legasen, podrían morir tranquilos, en la seguridad de que, al dejarle solo, no tendría que sufrir privaciones. Trabajarían sin descanso hasta que terminara la carrera, y entonces, traspasando el comercio, se trasladarían a Madrid. No era cosa de que el chico malograse su porvenir en Astorga, ni de que ellos estuvieran más tiempo separados de él.

Crecían los muchachos; su amistad fraternal iba en aumento: llegaba Alberto al final de su carrera; iniciábase Pedro en la profesión de su padre, sirviéndole pronto de valiosa ayuda; se hacía Susana una mujercita encantadora, alegría de todos los de la casa, que adoraban en ella como en una santa, por su bondad y abnegación, por su tierno afán y solícito cariño para atenderlos.

Al avanzar en edad, los padres contemplaban, enternecidos, a sus hijos, que, de una manera insensible, iban descansándolos en las obligaciones de la casa y del trabajo. Pedro avanzaba tan rápidamente en su profesión, que, a pasos agigantados, le minaba el terreno a su padre, según él le decía. En cuanto a Susana, casi por entero llevaba sobre sí el peso de la casa.

Llegó el último año de carrera para Alberto; los padres echaban ya sus cuentas para llevar a la práctica la última parte de su programa, el traslado a Madrid; mas ello no pudo realizarse por uno de los progenitores; el padre, acometido por rápida y traidora enfermedad, sucumbió antes de ver llegado el término de sus afanes.

Concluída la carrera y obtenido el primer premio en violín y piano, Alberto se trasladó a su casa, de donde, una vez arreglados, por su madre, los

asuntos de la testamentaría, se trasladaron a Madrid.

Quince mil duros en metálico, la casa en que estaba situado el comercio y unas tierras, constituían el capital de la madre y el hijo, contando con el traspaso de la tienda.

Buscaron un cuarto próximo al de sus buenos amigos, que en el antiguo paseo de Areneros lo tenían, y allí se establecieron.

Pronto empezó a tener trabajo el joven violinista, que, como tal, hizo sus primeras armas en una función religiosa de la iglesia de la Encarnación. Como violinista se le había presentado la oportunidad de ganar el primer dinero, y violinista seguiría siendo siempre. El violín fué el instrumento que tuvo su preferencia.

El músico estaba contentísimo, y de su contento hacía partícipes a sus amigos. Se veían a diario, y Pedro y Susana estaban al corriente de todo cuanto le sucedía.

Susana pasó días tristísimos a raíz de la separación de Alberto; echábale mucho de menos y, al decir suyo, no se encontraba sin él. Su hermano, que, a medida que se hacía hombre, tornábase gran humorista, se burlaba de ella, haciéndola rabiar grandemente:—«La vida es así»—decíale sentenciosamente, como si ya hubiese cumplido los cincuenta.

El joven humorista, con sus ribetes de filósofo, si trabajaba con ahinco y entusiasmo en su profesión, no era, ciertamente, porque saliese muy aficionado a ella, sino «porque la vida era así»; sentía, en cambio, mucho apego a las cuestiones

literarias y, sobre todo, a las idiomáticas y gramaticales. El empleo acertado del dativo y del acusativo tenía, para él, una importancia cardinal. Ver un *le* o un *lo* mal empleado, le sacaba de quicio. Con las declinaciones tenía loca a la familia, y en especial a su hermana, que, aun no entendiendo una palabra de todo aquello, era la que más atención le prestaba.

A juicio de Pedro, un pueblo que no sabe emplear bien el *la* y el *le* es un pueblo que no puede llegar nunca a la prosperidad, y eso de dar veinte rodeos para decir una cosa que puede expresarse con una sola palabra, era el signo más patente de la decadencia de una raza.

Estas aficiones de Pedro daban lugar a escenas sumamente cómicas. Algunas veces, Susana, cansada de oirle, le llamaba el maestro Ciruela, lo cual le valía tan formidables azotainas, que la madre tenía que intervenir, protestando de que creyese que su hermana era de hierro. Otras, estando en el taller con su padre, éste se veía obligado a expulsarle del local, para librarse de sus discursos. Entonces, Pedro exclamaba con resignación:

—No puede ser... ¡Así está España cómo está!

Alberto iba *entrando* en el Arte, y veía aumentar su trabajo en las iglesias; pero esto no le bastaba: quería formar parte de la orquesta de algún teatro, y, al fin, logró sus deseos en la del que le hemos conocido.

Allí conoció a María; allí nació su amor por ella. La hermosa joven iba con relativa frecuencia a las últimas filas de butacas, con D.ª Rosa, mujer del representante, como ya hemos dicho.

En torno de la muchacha revoloteaban siempre cuantos zánganos acuden a los teatros en busca de abejas; mas ella mostrábase despectiva con todos. No podía decirse que fuera una belleza; pero sí que era una mujer atrayente en grado sumo.

María era un tipo moreno de bello conjunto. Su nariz, un poquillo respingada, daba a su rostro una expresión de graciosa simpatía; los labios, rojos y un poco gruesos, hacían resaltar la blancura de sus menudos dientes; las cejas, pobladas y muy juntas, y las pestañas, largas y arqueadas, aumentaban, con su sombra, el negro color de sus grandes ojos, circundados, casi siempre, de tenues y aterciopeladas ojeras. Cuando sonreía, su cara tomaba una expresión inefable de dulzura; mas este agradable aspecto de su persona era en ella muy raro; predominaba, por lo regular, en su rostro, un inexplicable tinte de aburrimiento, de cansancio, que le proporcionó cierta fama de orgullosa.

A petición suya, Alberto fué presentado a ella. A excepción de aquel momento, no mereció de María más ni menos deferencias que los demás. El violinista sentíase prendado de la muchacha y lamentaba amargamente su desvío.

Cierta vez supo. por un compañero, que ella y la tía le habían preguntado acerca de su vida y posición. Aquella noche no fué la joven al teatro, pero sí a la siguiente. Al acercarse a saludarla, el enamorado galán creyó enloquecer de alegría al ver que se dignaba sonreir y mirarle más de un minuto seguido.

Alentado por aquel éxito, acrecentó sus atenciones y asiduidades; teniendo la incomparable di-

cha de ver que tía y sobrina se le mostraban cada vez más asequibles.

Si la posición del violinista satisfizo, por lo visto, los deseos de la joven, tampoco podía mostrarse descontenta de su parte física.

Alberto había cumplido los veintiún años. Era de buena estatura, un poco más alto que María, y ésta no pecaba de baja; bien proporcionado de cuerpo, ancho de hombros. El pelo, obscuro, algo crespo y peinado con raya, daba a la cabeza aspecto artístico y simpático. Las facciones de la cara, un tanto redonda, estaban exentas de dureza, acusando en su propietario un carácter afable. No obstante, el violinista era hombre de gran voluntad, y cuando tomaba una resolución, aun cuando jamás la exteriorizase con palabras ni actos violentos, nada le hacía variar de ella. Gastaba bigote, llevando la barba siempre cuidadosamente afeitada. Era, en suma, un hombre que, a primera vista, inspiraba una simpatía que luego el trato confirmaba.

Todos sus compañeros le querían, a pesar de su posición relativamente desahogada, lo cual es un grave inconveniente para ser amado por los semejantes.

Una noche, Alberto, que ya era admitido a sentarse al lado de la joven, en uno de los entreactos, con voz trémula y un nudo en la garganta, se atrevió a formular una vehemente declaración en los oídos de María. Esta volvió la cabeza para mirar al violinista, y después, bajando la vista, recobró su primera actitud, sin decir palabra.

—¿No me contesta usted nada?

—Hoy, no; tenga un poquito de paciencia... si es que tanto me quiere.

Y Alberto la tuvo, y esperó, no uno, sino tres días, que la joven tardó en volver al teatro. ¡Qué tres noches de horrible suplicio para el desdichado violinista! Cuando ya contaba su ausencia por una negativa segura, a la tercera noche, la vió aparecer en las butacas.

María estaba más guapa que nunca. Permaneció un momento de pie, mirando a Alberto, *caritativamente,* y tomó asiento. En cuanto el acto terminó, el impaciente músico corrió a su lado, y con afectuoso tono le reprochó su ausencia.

—¿Ha echado usted mucho de menos mi persona?

—El teatro ha sido para mí un cementerio.

Ella, mirándole satisfecha, con un movimiento afirmativo de cabeza, contestó a la pregunta que el violinista repetía...

Una nueva vida empezó para Alberto: la vida del amor. Tan rápidamente creció el que sentía por su novia, que pronto se convirtió en verdadera adoración. ¡Con qué entusiasmo comunicó a Pedro su dicha! ¡Qué largas horas hablando con él de lo mismo: de ella!... Susana también fué partícipe de la nueva, si bien sus conocimientos sobre la marcha de aquellos amores eran, como es de suponer, más incompletos que los de su hermano.

Poco tardó María en enterarse de todo lo concerniente a la vida de su novio; algo más de tiempo transcurrió sin que éste conociera lo referente a la de ella. Esto aconteció una tarde en que, acompañada María de la criada, salieron juntos a dar un pequeño paseo, con el pretexto de unas compras.

Ella no tenía madre; su padre, abogado, dedicábase a negocios, muy importantes, sin duda, porque le llevaban fuera de casa, con suma frecuencia, días enteros, y muy a menudo le impedían comer o cenar con su hija; ésta, en una palabra, se pasaba la vida sola en casa, donde se aburría soberanamente. Gustábale salir, frecuentar el teatro, divertirse, vestir bien..., y algunas de estas cosas no podía realizarlas, porque su padre era algo tacaño. La erubescencia de la muchacha, al decir esto, daba lugar a la sospecha de que la tacañería del padre no era otra cosa que su habitual falta de recursos. Gracias a D.ª Rosa, iba al teatro, aunque ello costase grandes disgustos, porque el padre no quería que frecuentara el trato con dicha señora, hermana de su difunta mujer. Y todo ello, porque había sido corista, y porque malas lenguas afirmaban que su fidelidad para el marido no fué nunca muy grande... ¡Se dicen tantas cosas!

Escuchábala el enamorado violinista, asintiendo con movimientos de cabeza a las quejas de la joven.

Incitada por D.ª Rosa, quiso, como medio de salir de aquella vida, dedicarse al teatro; pero su padre, hombre de no muy claras costumbres, fundándose en la propia experiencia, se opuso, en absoluto, al deseo de su hija. En aquellas circunstancias, llegaron las insinuaciones de Alberto; las preguntas *sin interés* de la tía, acerca de su posición... y, por último, el «sí» de la encantadora joven.

Veíanse en el teatro, siempre que ella podía ir; esto es, siempre que el padre, a causa de los negocios, no pernoctaba en casa; pero esto llegó a pa-

recerles insuficiente. Algunas tardes pasaba él por delante de la casa de su novia, sita en la calle de Jesús y María, y merced a lo solitario del lugar, conversaban un rato; mas esto también les supo a poco.

Un día, puesta de acuerdo con la criada, convino la joven con él en que era mejor hablar en la puerta de la escalera; allí, al menos, lo harían con más sosiego. En vista de que los inquilinos, más que nunca subían y bajaban entonces, la misma criada indicó la conveniencia de que el señorito entrase al recibimiento..., para no dar que hablar a la vecindad. Del recibimiento, donde no había sillas, poco se tardó en pasar al gabinete, para estar sentados. Los novios eran felices. Ya podían hablar a sus anchas. Las ausencias del padre se acentuaron de tal manera, que los amantes no sufrían, de ese lado, molestia alguna; por lo demás, la generosidad de Alberto les aseguraba la parcialidad de la portera y la criada.

Cierta tarde, el galán, cada vez más enamorado de su novia, entrególe un pequeño obsequio, rogando que lo aceptase. No era nada, una insignificancia, una prenda sin valor, de un cariño que no tenía precio: una medalla de oro, de la Virgen, y una cadenita del mismo metal. Alberto le suplicó que la llevase siempre sobre su seno.

La joven demostró, por el obsequio, el mismo regocijo que si se tratara de una joya de inestimable valor. Enseñada la medalla, Alberto cerró el broche sobre la nuca de su novia. Sus brazos rodearon blandamente el talle de María; ésta, echando hacia atrás su linda cabeza, sonrióle agradecida... ¡Estaba tan poco acostumbrada a recibir regalos!...

Sus rostros se aproximaron, atraídos por irre-

sistible fuerza..., y María, cerrando los ojos, sintió el tibio calor de un beso sobre sus húmedos labios...

Una noche, el prendado y feliz violinista llegó a su casa con el tiempo preciso para cenar y marcharse al teatro: tal precipitación era desacostumbrada en él. D.ª Guadalupe no dejó de advertir en su hijo cierta inquieta alegría; diríase, por su aspecto, que algo muy importante le pasaba, pero algo que, haciéndole muy feliz, le preocupaba en extremo.

En el teatro dió muestras de igual o mayor inquietud. Sus ojos, no teniendo que mirar a la sabida partitura, no se apartaban un momento, aun tocando, de la puerta central del patio de butacas. Su novia le había prometido no faltar por la noche, aunque su padre estuviese en casa, y desde aquella tarde en que Alberto había logrado la mayor felicidad soñada, ella no podía faltar a lo prometido al que ya era su dueño indiscutible.

Al terminar el acto, el inquieto violinista salió al vestíbulo... y a la calle, pensando que así acortaba la distancia que le separaba de su ídolo..., que estaría al llegar. A los pocos minutos, éste apareció acompañado de D.ª Rosa, según costumbre. La noche era fría; llevaba la cara rodeada por una piel: sus ojos brillaban intensamente, y el círculo obscuro que los rodeara habitualmente aparecía muy marcado; su paso era lento. Los jóvenes se estrecharon tiernamente las manos; las miradas se cruzaron tímidamente, cual si se avergonzaran de sí mismas. Sin descubrir el rostro, con cierto desfallecimiento y abandono, María contestó al saludo de Alberto; D.ª Rosa, precediéndolos, se encaminó ha-

cia el interior del teatro; ellos, más despacio, la siguieron.

—María adorada... ¿qué tienes? Te veo triste... pesarosa...

—Pesarosa, no. Lo hecho no me pesa... Sólo me entristece la idea de que dejes de quererme.

Inconscientemente, cual si estuvieran solos, los amantes caminaban juntos, mirándose con arrobamiento.

Al oir el temor de su novia, Alberto sintió el generoso impulso de sus honrados sentimientos, y exclamó, muy bajo y acercando su cara a la de ella:

—Tu amor es mi vida... y pronto serás mi mujer.

Y, entonces, sus miradas, libres, al parecer, de un gran remordimiento, se cruzaron tranquilas...

El violinista cumplió su palabra: antes de tres meses, María fué su esposa muy amada.



V

En el que se termina la historia.

La casa en que Alberto vivía era demasiado pequeña, y fué preciso buscar otra mayor, que se amuebló con cierto lujo y, desde luego, a gusto de la bella prometida. Se tomó cocinera y doncella.

El amor es ciego, y el violinista, al entrar en casa de su amada, nunca paró mientes en lo destartalado de las habitaciones ni en lo modesto del mobiliario; así es que ninguna extrañeza le causaban las costosas aficiones de su futura. Él mismo inclinaba siempre la balanza del lado de lo más caro. Todo le parecía poco para ella, y como a la madre poco le pareciese todo para su hijo, el dinero se gastaba a manos llenas.

El padre de María, alegando el momento tan inoportuno en que la boda le cogía para los gastos consiguientes, a causa de ciertos negocios, expuso el deseo de que se retrasara unos meses; pero Alberto no lo consintió. Poco le importaba que la muchacha no llevase a la boda otra cosa que su persona; ésta era tan valiosa, que nada más podía pe-

dirse al padre. El corrió, pues, con todos los gastos del ajuar de la novia, y justo es reconocer que se portó principescamente.

El mismo día del matrimonio se emprendió el viaje de novios, que duró un mes.

Si alguien hubiera preguntado a los recién casados por el total gastado en la boda, María se hubiera encogido de hombros; Alberto habría calculado una cifra aproximada... y sólo la madre hubiera podido tirar la raya debajo de los números e inscribir la suma. Ésta era muy crecida; no estaba en relación con la gaveta de la familia...; mas los unos eran demasiado felices para pensar en ello, y la otra tenía por seguro que, pasado el primer impulso, los chicos, haciendo números, ajustarían los gastos a los ingresos.

Cada vez que el marido hacía un obsequio o proporcionaba una distracción a su esposa, mostrábase ésta tan contenta y cariñosa, que Alberto sentía la necesidad de prodigarlos. Sin embargo, no dejó el muchacho de percatarse de la enormidad de los gastos..., y recordó que su madre, por tres veces, le había dado el encargo de vender papel del 5 por 100. Esto le hizo refrenarse un tanto; pero... volvíase ella tan fría y desapacible, que, achacándose a sí mismo la culpa de aquel desvío, reincidía en los excesivos gastos.

El violinista volvió a ocupar su puesto en la orquesta del teatro, y, entonces, una ligera nube apareció en el cielo azul de los recién casados.

María, a los requerimientos de su marido, para que por las noches, a excepción de un día a la semana, se quedara en casa, se rebeló con desagra-

do. Se aburriría soberanamente allí encerrada. Pudiendo ir gratis, no había razón alguna para quedarse en casa.

Transigiendo un poco uno y otro, se convino en que iría tres veces a la semana, acompañada de la madre de Alberto.

Gustosa se prestó D.ª Guadalupe a lo que se le pedía, aunque para ella fuese una ofensa que inferiría a su difunto esposo el asistir a una diversión; pero es el caso, que habituada a la vida de reclusa que hiciera en Astorga, causábale espanto aquel teatro, y mucho más al ver a los antiguos adoradores de María, que, acercándose a ella, le hablaban como entonces, ponderando su belleza y gastando bromas que, aun siendo inocentes, hacían enrojecer a la buena señora. Callaba, sin embargo, por no afligir a su hijo; mas día llegó en que hubo de mirarle con verdadera angustia.

Alberto no estaba menos disgustado. Con frecuencia se le veía taciturno. Al regresar una noche a casa con su madre y su mujer, en tono por completo en él desacostumbrado, expresóse así:

—Ni tú ni mi madre quiero que volváis en esta forma al teatro. Cuando vayas, y eso será de cuando en cuando, irás a la primera o segunda fila de butacas, cerca de mí y lejos de moscardones y entrometidos.

Aquella decisión fué el primer disgusto que turbó seriamente la paz conyugal.

La actitud de la joven, durante mucho tiempo, fué altiva y despegada para con su marido. Éste, procurando suavizar asperezas, procuraba halagarla cuanto podía en otros sentidos.

Comprendiendo que por aquel camino no conseguiría quebrantar la decisión de su marido, María empezó a ceder lentamente; pero a todas luces se veía que ya no era la misma. Hasta en los momentos de mayor pasión, había en ella cierta frialdad, que Alberto, a estar menos enamorado, hubiese advertido al instante...

Dos años habían transcurrido desde el matrimonio de Alberto. Trabajaba el violinista cuanto le era dado, con el fin de aumentar sus ingresos; mas su trabajo tenía un límite, del que no era posible pasar..., y ese límite no bastaba. Esto empezó a preocuparle.

Por entonces, D.ª Guadalupe, sintiendo la nostalgia de Astorga, o acaso por razones particulares que a nadie comunicó, hizo saber a su hijo que pensaba hacer un viaje a dicho punto.

A los razonamientos de aquél para disuadirla de tal proyecto, la madre replicaba bondadosamente:

—Tu padre está allí muy solo... y quiero ir una temporadita a cuidar de su sepultura... Volveré pronto; no te apures.

Y es lo cierto que la buena señora no volvió más a Madrid al lado de su hijo.

Solamente, al morir, se atrevió la santa mujer a darle algunos consejos acerca del manejo de los intereses que le quedaban. Al abandonar este mundo, sólo le apenaba la idea de separarse del hijo tan querido, y de que pudiera verse en situación precaria. ¡Tantos años como habían trabajado para que no le faltara nada el día de mañana!...

Al regresar a Madrid de su viaje a Astorga, Alberto supo que su mujer había ido varias veces al teatro, acompañada de D.ª Rosa. Profunda amargura le causó semejante conducta; pero nada le dijo. Aquella fué la primera gota de hiel que cayó en su cáliz; pero tan ciego amor sentía por ella, que aun encontró medio de disculparla.

Algún tiempo transcurrió en plácida calma.

La muerte de D.ª Guadalupe pareció reavivar los tiernos sentimientos de María hacia su esposo. Confiado éste en aquel renacer de su dicha, con amorosas caricias y cuerdos razonamientos procuró inculcar en su esposa nuevas ideas sobre la vida que llevaban.

Al recibir la herencia de su madre, había sentido terror: la merma sufrida era enorme. Esta merma subió de punto al presentarse una vez el padre de María solicitando de su yerno, con gran apuro, el préstamo de mil duros, que necesitaba para ultimar un gran negocio... Se los pagaría en seguida... Alberto, sin hacer la menor objeción, sin la más mínima protesta, entregó el dinero... Se trataba del padre de su esposa.

Los mil duros no volvieron, ni el deudor tampoco. Algún tiempo después se recibió una carta de él, fechada en Barcelona...; después, misterio; por más indagaciones que llevaron a cabo, nada lograron averiguar. María ignoraba si tenía o no padre.

A la petición de éste siguieron otras, aunque de mucha menor cuantía, por parte de D.ª Rosa; peticiones que Alberto satisfizo sin rechistar, pero haciendo saber a su esposa que debían extremar la

economía. Ella, por toda respuesta, se limitó a encogerse de hombros...

Se despidió a la doncella, se buscó una casa más barata en la calle de la Cruz, y se redujo el gasto diario de mesa.

La joven esposa dejaba hacer sin mezclarse en nada. Presenciaba la transformación de su hogar con el mismo digno estoicismo de una princesa que viera la destrucción, el desastre de su pingüe fortuna y el aniquilamiento de su principado.

No pasó inadvertido para Alberto el cambio que su mujer sufría; pero considerándolo como una consecuencia lógica de las circunstancias, nada dijo. ¿Es que él mismo no estaba disgustado por lo que sucedía? ¿No era el primero en protestar de aquella vida precaria que tenía que imponerle? ¡Ratos muy amargos había pasado antes de tomar tal resolución; pero no le quedó otro camino!

Alberto pensó con tristeza en la carencia de sucesión... ¿La maternidad no habría modificado el carácter de su mujer? ¿Por qué aquella esterilidad, siendo jóvenes, robustos y sanos?

A propuesta suya, se consultó con un médico, que recetó unas aguas del Mediodía... Emprendieron la marcha... Se hizo, además, una pequeña excursión de recreo... ¡Todo fué inútil!... El viaje sólo sirvió para gastar dinero.

María no pareció preocuparse gran cosa por aquel fracaso.

Empezaron a surgir los grandes disgustos, las disputas, y en una de ellas, María insinuó la idea de que era una estupidez resignarse a semejante situación... Si ella se dedicara al teatro, podrían vivir

con la debida holgura. Desde aquel momento, la vida se constituyó en un martirio para Alberto. Vanos fueron los razonamientos para convencer a su mujer de lo poco digno que para él sería que el bienestar fuese a la casa llevado por su mano; esto sin contar con una porción de inconvenientes, a los cuales no se avendría su carácter.

A todos sus argumentos contestaba ella que eso era juzgar la vida desde un punto de vista completamente falso. ¿No había otros en sus mismas condiciones? ¡Bueno era preocuparse de las gentes, pero no tanto! ¡Y decía que la idolatraba!... Si la quisiera, no podría consentir que se viese poco menos que vestida de harapos; porque lo cierto era que la ropa se hacía vieja y anticuada, y su reposición, cada vez más difícil.

Las primeras discusiones fueron agrias y violentas por parte de María; pero después, cual si alguien le apuntara lo equivocado de su sistema, cambió de táctica, tornando a ser la mujer apasionada e irresistible.

Alberto se sintió envuelto en una atmósfera emponzoñada; comprendió que resbalaba por una pendiente repleta de argucias y de insidias. Era indudable que en la sombra alguien dirigía una conjura contra él... Es lo cierto que cuando María, tras de porfiada lucha, logró desconcertar a su adversario, quebrantando sus energías, nuevos elementos llegaron en su apoyo para completar la derrota.

Los primeros fueron D. Juan y su señora; mejor dicho, ésta sola, ya que él se limitaba a dar su asenso a lo que ella decía, papel que el pobre señor

representara en todos los actos de su vida, desde que tuvo la mala ocurrencia de casarse.

Doña Rosa, dando la razón, ¡por supuesto!, a su sobrino, *no dejaba de encontrar bien pensado* el proyecto de la sobrina. «En el teatro, después de todo, no se comían a nadie, y los temores del marido, como tal, eran exagerados. Además, ¿no había de estar él allí? ¿No estaba su tío como representante? ¿No estaría ella..., como mujer del representante, para velar por la chica?»

A remachar el clavo llegó D. Ramón, el empresario, que ya en otros tiempos, viendo un buen negocio, procuró inducir a la joven a dedicarse a la escena. En esta ocasión, sus argumentos eran formidables. Se iba a poner en ensayo la obra de Javier Sequilla, y le podía ofrecer un papel muy principal. Desperdiciar aquella ocasión era una locura... ¡No se volvería a presentar otra!... ¡Era preciso decidirse!...

Como se ve, el hombre apretaba como un dolor.

Alberto se defendió hasta quemar el último cartucho. Al fin tuvo que rendirse, y un día, enardecido de pasión por los besos de María, por sus locas caricias, por el fuego de sus ojos, dió el consentimiento.

Al contento de su mujer correspondió en él un desfallecimiento moral enorme. Creía haberse despojado para siempre de algo que le fuera muy querido, de algo substancial en su ser, de un pedazo de su corazón..., de su alma...

El calvario empezó con los ensayos. Nadie, sin embargo, le oyó, en todo aquel período de tiempo, la menor queja. Esperaba que los acontecimientos

patentizarían ante su mujer la razón que le asistía para oponerse a sus deseos; pero María cada vez estaba más satisfecha.

En estas circunstancias llegó la noche del estreno de *La Verdad desnuda*, que ya hemos presenciado.



VI

La «sacristía».

Media hora llevaba Alberto esperando a Pedro, su amigo de la infancia, en la *sacristía* de uno de los cafés más céntricos.

Su presencia en aquel sitio explicábase por la creciente hurañía de su carácter. Esquivaba el trato de las gentes, y un sitio retirado era para él lugar donde su espíritu podía vivir con entera libertad. Eligió aquél, y no era ya la primera vez que lo frecuentaba, porque siendo uno de los que más condiciones tienen para curiosear, era, quizá, uno de los en que menos curiosos se encontraban.

En aquel angosto pasillo, cuyo recogimiento turbasen más de una vez las ruidosas carcajadas de una famosa cupletista, empedernida exhibidora de sus encantos, todos pensaban en sí mismos, y nadie en el vecino.

Alberto, de una manera inconsciente, contemplaba a los ocupantes de las mesas. En una de ellas, casi frente a la suya, estaba una parejita empeñada en interesante conversación, que el músico no podía percibir. Por regla general, allí todo el mundo hablaba bajo.

Vueltos el uno hacia el otro, afanábase él en convencer a la joven de algo que ella ponía muy en duda, a juzgar por los movimientos de su cabeza y por los gestos de su cara, bonita y picaresca. Era una linda muchacha, de cabellos como el oro y de ojos azules que, algunas veces, se fijaban en Alberto cual si le preguntaran: «¿Te enteras de lo que hablamos?» Vestía traje negro, abrigo de caracul y velo coquetamente prendido. Sus menudos pies, calzados con zapatos Luis XV, jugueteaban, apareciendo y desapareciendo, traviesos, por debajo de la falda, cual si se persiguieran, concluyendo por cruzarse uno sobre otro, en amorosa caricia de paz. Las manos, enguantadas, hacían y deshacían nudos en una cadena pendiente del cuello. El galán, que apoyaba un codo sobre la mesa, dando casi la espalda al violinista, volvíase alguna vez, rápida y desconfiadamente, para mirarle.

Con la animada conversación de esta pareja contrastaba el silencio que mantenía otra, un poco más alejada y muy distinta de la primera. Formaban aquélla una jamona, todavía fresca, metida en carnes, de mantón, y un hombre como de unos cuarenta y cinco años, también grueso y algo canoso. Pegados el uno al otro, parecían sumidos en inefable éxtasis. De tarde en tarde cruzaban algunos monosílabos, y en seguida volvían al silencioso goce del corporal contacto.

Después de sostener desesperada lucha con la reducida puerta que comunicaba con el portal de la casa, lucha harto más cruel por la resistencia de un pesado portier, un nuevo cliente, o clienta, se asomaba discretamente, observando el interior con

recelo, y unas veces se iba y otras penetraba con resolución para ocupar una mesa: era una media pareja que acudía a complementar a la otra parte o a esperar su complemento. El recién llegado era objeto de una inspección minuciosa de los que allí se encontraban, y luego se prescindía de él.

Un poco alejado del violinista, y en una mesa próxima a la segunda pareja que hemos descrito, hallábase un sacerdote, sin duda para justificar el nombre de *sacristía* con que se designa a éste y otros lugares parecidos.

Tres meses habían pasado desde el début de María Quer. En el rostro de Alberto podían notarse las huellas de la tormenta que su espíritu corriera desde entonces.

El estrépito de la mampara anunció que un nuevo cliente pugnaba por entrar en el local. Como remate de aquella lucha, se oyó una interjección un poco brusca, y Pedro, separando violentamente el portier, hizo su presentación.

Aquel alboroto sembró el mayor espanto en las dos parejas.

—¡Jesús..., qué susto!—exclamó la jamona.

— No tengas cuidado: el mixto de Valencia no llega hasta las seis—replicó su acompañante.

—Parece que han hecho la puerta para que no entre nadie — dijo Pedro, dirigiéndose a su amigo en voz que disonaba del silencio allí reinante.—Anda, paga y vámonos; aunque te advierto que hay una niebla que no se ven los dedos de la mano... Digo, si te parece... No creo que pienses estarte aquí metido.

Comprendiendo que el tono que empleaba su amigo no era el más a propósito para hablar sin que se enterase nadie, Alberto asintió a lo propuesto por éste.

La niebla, como había dicho Pedro, era tan intensa, que a corta distancia no se distinguían los transeuntes. El alumbrado público era insuficiente para disipar aquellas tinieblas.

—Como tú verás, la tarde, o mejor dicho, la noche, convida a dar un paseíto — dijo Pedro cuando salieron a la calle.

—Para mí es deliciosa. Poder pasear sin que nos vea nadie, es un placer incomparable.

—Pues hoy lo tienes completo. Parece que caminamos por los espacios infinitos — exclamó Pedro, sintiendo que el estro poético le inflamaba de súbito.— Las luces de los faroles parecen estrellas; estrellas de primera magnitud, los más próximos; de segunda, los que están en segundo lugar...., y así sucesivamente. Aquel foco que se ve a lo lejos, es Sirio, y aquel otro de la izquierda, Venus. Aquellas siete luces que brillan en el cruce de las calles de Sevilla, Alcalá y Peligros, son la Osa Mayor, y un poco más allá, puedes ver a Casiopea. Esa luz que avanza por en medio de la calle de Alcalá, y que otro que fuese más vulgar que nosotros, pudiera tomar por un tranvía, es el Sol... ¡Mira cómo avanza en su movimiento de traslación! ¡Allí asoma la Luna! —exclamó Pedro, sin darse cuenta de que brillar el Sol, la Luna y las estrellas al mismo tiempo era mucho brillar; pero no estaba él para reparar en tales minucias, y, además, que una vez convertido en dios terreno, construía un mundo astral a su gusto.

Continuó, pues, enardecido y transportado a las regiones celestes, haciendo el símil; pero viendo que Alberto no contestaba palabra, cortó en seco y dijo:

—Bueno; ¿qué te pasa?... Te noto muy preocupado. Tu carta, citándome en el café, ha sembrado la alarma en casa. Mi madre me ha encargado que te diga que si ahora no van por la tuya es porque como estáis así... ¡Ah! Mi hermana también tiene su recado que darte por mi conducto: dice que no estés triste, y que cuando te canses... ¡no sé de qué!..., que te vuelvas con nosotros.

—Tu hermana es muy buena—dijo Alberto sonriendo tristemente.

—¿Os habéis mudado?

—Hace unos días.

—Entonces, tu mujer ya estará contenta.

—María es feliz completamente...; pero...

—Pero tú no lo eres.

—No, Pedro; no lo soy...

Hubo un momento de pausa entre los dos amigos. En aquel momento cruzaban la plaza de Castelar, en dirección al Prado. Pedro extendió el brazo para detener a su amigo y evitarle un serio contratiempo con un *sol* que se les iba encima, tocando la campana.

Por el Prado siguieron caminando hacia Atocha.

—Muchas amarguras vengo sufriendo desde el début de mi mujer; pero la situación moral se agrava rápidamente desde que nos hemos mudado. A partir del momento en que pisamos aquella casa, la transformación de María es completa. Comprendo que en mi hogar dejo de ser el hombre, el elemento fuerte y protector...

No eran hiperbólicas las palabras del violinista. El último acto de sumisión, de acatamiento, que había recibido de su esposa, fué para conseguir el consentimiento de mudarse a otra casa mayor y con más comodidades, cual correspondía a su nueva posición social. La tiple se veía en la precisión de recibir visitas de autores, periodistas, compañeros, etc..., y puesto que *su* sueldo daba para ello... Ganar ocho duros diarios y vivir en aquel tabuco de la Cruz..., era ridículo.

La esperanza de que su mujer comprendiera, ante la realidad, lo poco airoso y digno que resultaba su papel de marido en aquellas condiciones, desvanecíase, cada vez más, en su pensamiento. Todo lo que sucedía era, para la artista, perfectamente lógico y natural; lo demás era caer en un sensiblerismo tonto y poco práctico. Muertos de hambre en una buhardilla, ¿se iba a preocupar nadie de aliviar su situación?

La dialéctica de María, si no muy moral, era aplastante. No dejaba de comprenderlo así Alberto, y ello aumentaba la tremenda confusión de su ánimo. Pero es el caso que la tiple, creyendo que también sería un sentimentalismo ridículo someterse a la autoridad de quien no podía darle todo lo que ella deseaba, insensiblemente, y empezando por actos pueriles, hacíase cada vez más libre.

En la casa se ordenaba por la señora reformas para las cuales no se consultaba el gusto ni el parecer del señor. Con frecuencia se presentaban dependientes, llevando compras hechas por ella, *para su gabinete.*

—Pasé por la tienda y vi estas figuritas, que estarán muy bien en mi tocador—decía, si acaso.

En una ocasión se presentó la modista a probarle unos trajes.

—Supongo que no te parecerá mal—dijo a su esposo.— Me hacían tanta falta...

Al cobrar una nómina, distraída, guardó el dinero en su armario, sin hablar para nada con su marido de tal cobro.

Alberto, que, más que nunca, procuraba trabajar en su arte, al llegar un día a comer, después de terminar una función religiosa, escuchó de la doncella el siguiente recado:

—La señora no ha podido esperar al señor, porque se le hacía tarde para el ensayo. Tenga la bondad de decirme lo que quiere que se le haga para almorzar.

El señor dijo que no tenía gana, y salió de casa con ánimo de encaminarse al teatro...; mas, en el camino, cambió de idea: su presencia allí era innecesaria completamente; su deseo de que María no estuviese sola..., una ridiculez...

El impetuoso amor del violinista, siempre creciente, se paró en seco; barruntaba algo extraño y anormal: un peligro inmediato que le hacía detenerse de una manera brusca, temeroso de caer en él. Recordando hechos pasados, y relacionándolos con los actuales, su imaginación dió principio a un penoso trabajo analítico de la especial idiosincrasia de su mujer, llegando en este trabajo a conclusiones que fueron para él puñales clavados en el corazón.

Llegaban los dos amigos a la plaza de Cáno-

vas; cruzáronla y se internaron en el paseo del Botánico.

Pedro, prescindiendo de su filosofía y de su humorismo, sentíase apesadumbrado por el relato del amigo.

— Lo peor de todo es que tú estás más enamorado que nunca.

—Lo peor no es eso; lo peor es que el sufrimiento, gran dilucidario de ideas y de afectos, me ha llevado a una conclusión terrible, por lo inesperada. Lo peor no es que yo esté enamorado de María..., ¡lo peor es que ella ni me quiere ni me ha querido nunca!

La afirmación de Alberto era tan rotunda, y tal acento de seguridad había en sus palabras, que Pedro no supo, al pronto, qué contestar.

—Creo que exageras un poco—dijo, al fin.

—No. Desde hace algún tiempo vengo observándola y puedo asegurarte que no soy nadie para ella. María es una mujer que rinde culto al lujo, al dinero, a todo lo exterior de la vida, y que se embriaga con el constante incensar de sus admiradores. Frívola, superficial, los sentimientos no son para ellas plantas cuyas raíces ahondan en el corazón, sino flores, más o menos bellas, que se compran para arrojarlas de nuestro lado al secarse, o cuando su aroma nos cansa. Al casarnos, sólo vió en mí una persona que, por el momento, le era agradable, y el medio de salir de la vida misérrima a que su padre la tenía condenada. Por eso, de soltera, quiso dedicarse al teatro; por eso, mientras yo satisfice todos sus deseos, no pensó en él; pero sí renació su afición al disminuir nuestro capital.

Es cierto que tiene grandes condiciones para el Arte, y, sin embargo, no lo lleva en el alma. Si yo me hiciese rico de pronto, la verías renunciar sin pena a él... ¡Qué hacer, Pedro, qué hacer!... Díme algo, dame un consejo...

El remedio, para el buen amigo, carácter rectilíneo, desprovisto de entresijos, era de lo más sencillo: se cogía a la señora y se le decía lo siguiente: Como tú eres mi mujer, en casa te quedas para mí solito..., y hemos terminado—; pero, en el temperamento de Alberto, ni entraban tales procedimientos, ni él quería seguirlos. Desde el momento que estaba convencido de la falta de cariño de su mujer, era inútil la fuerza del derecho: sería tener a su lado un cadáver viviente, una estatua fría e impasible. Era su mujer y podría retenerla a su lado por la fuerza de la ley; pero los lazos que el amor construye, no hay leyes, firmas, curas ni jueces que los anuden, una vez desatados.

No; Alberto no haría eso; Alberto no retendría a la fuerza a su esposa, que tal era obligarla a renunciar al teatro. Voluntades que se imponen, no son las que más se respetan. No teniendo su cariño, después de todo, ¿para qué la quería a ella? El Arte le brindaba con un bello porvenir. ¿Por qué condenarla a una vida mediocre, que no era de su gusto?

¡La desgracia de no haber tenido hijos era una suerte que facilitaba la solución del problema moral!

El reloj de la estación del Mediodía advirtió a los dos amigos que debían separarse. Alberto apenas tendría tiempo de tomar un bocado antes de ir

al teatro. Pedro iba todas las noches a esperar a Berta, su novia, a la salida del taller.

En un tranvía subieron hasta casa del violinista; allí se despidieron, y Pedro continuó hasta la Puerta del Sol.

En la esquina de la calle del Carmen, en tanto que salía Berta, Pedro reflexionaba sobre la conversación que sostuviese con su amigo.

Lo de Alberto no tenía remedio. Males como el suyo, hay que atajarlos desde el primer síntoma, o son cosa perdida. Para algo tenía sus clásicos y para algo había leído lo que, sobre esta materia, pensaba el gran Patronio:

En el comienzo deve ome moftrar
a su mujer, como deve passar.

Esa, ésa era la fija. Nada de contemplaciones y condescendencias. Aquel baturro que el día de su casamiento le pegó una bofetada a su mujer, era un sabio.

—¿Por qué me pegas, si no ti hecho na...?—le preguntó, dolorida, la mujer.

—Por eso, porque no m'as hecho na. ¡Tú carcula si llegas a haceme algo!—respondió el baturro.

Y él sería el primero en escarmentar, y Berta, que también era muy aficionada a salirse con la suya, tendría que andar, en lo sucesivo, más derecha que un huso, y al tiempo del contrato matrimonial, tendría que firmar un documento declarando que no pensaba dedicarse nunca al teatro, sino a querer a su marido.

A él no le pasaría lo que a su infeliz amigo, porque bien presente tendría aquello de

Si en el comienzo no muestras quién eres,
Non podrás después cuando lo quisieres.

Además, no cometería la locura de mostrarse tan enamorado como su amigo, aunque lo estuviese. Un poco tarde recurría a tan buenos propósitos, pero desde aquella noche estaba decidido a recoger velas.

Bien considerado, el amor es una receta:

20 por 100 de admiración o curiosidad.
50 por 100 de deseo.
15 por 100 de compatibilidad de caracteres.
15 por 100 de costumbre.

Con esta receta y un frasco, se va uno a la botica y se encarga, rogando al farmacéutico que el electuario no sea muy espeso, y que, si acaso, emplee un excipiente agradable, para disimular la parte amarga que el amor suele contener.

Esta receta se toma a cucharadas, pues de lo contrario, si se toma el frasco de una vez, produce malos efectos, como le sucedía a su amigo Alberto.

Cada vez más firme en su propósito de *recoger velas,* Pedro vió llegar a su novia con paso menudo y rápido.

Previos los saludos, preguntas y respuestas de rúbrica, encamináronse hacia la calle de la Montera, acera de la derecha.

Berta, al ver que Pedro tiraba hacia la derecha, exclamó:

—Vamos por la izquierda, que quiero ver una cosa.

—Vamos por la derecha; por la izquierda no tienes que ver nada—replicó Pedro en tono grave.

—¿Qué te pasa, Pedro?

—Nada, Berta; que quiero ir por la derecha...

—Bueno, hombre; vamos por donde tú quieras.

Y Pedro, satisfecho de su entereza, entabló animado diálogo con su novia..., pesaroso, en el fondo, de haberla contrariado...



VII

El sobre en blanco.

Cenando muy de prisa, Alberto pudo llegar a tiempo a su obligación. El teatro se hallaba de bote en bote. Esto sucedía todas las noches, desde el estreno de *La Verdad desnuda*.

Él éxito de la María Quer corría parejas con el de la obra.

Se murmuraba que la Concha Bermúdez rescindía el contrato, y que su contrincante iba a desempeñar el papel de la Verdad; pero tantas cosas se dicen en un teatro, que la noticia no pasaba de ser oficiosa. De cierto nada se sabía, y algunos, los más enterados, afirmaban que el marido se opondría a que su mujer desempeñara el tal personaje.

Nosotros podemos asegurar a nuestros lectores que todo era un rumor sin fundamento. Que la Bermúdez estaba disgustada por el triunfo de la Quer, sí era cierto; pero de eso a que pretendiera rescindir un contrato de doce duros diarios, había un abismo.

En el camerino de la María Quer, del aluvión de gente que se metiera el día del début, sólo habían

cuajado algunos, que llegaron a convertirse en los íntimos de la artista.

Sequilla, el autor del libro, allí tenía su centro táctico. Ausentábase para visitar este o el otro cuarto; tornaba de nuevo, para volver a salir a ver qué pasaba por el saloncillo; posábase por tercera vez, y levantaba el vuelo en seguida, en dirección al escenario.

Otro era Quílez, el criticastro de uno de esos periódicos que tiran seis ejemplares para justificar la subvención que ha de mantener a un afortunado mortal; el mismo a quien la noche del début de María vimos acompañarla hasta la misma puerta de la casa. Quílez, careciendo de luz propia, procuraba colocarse dentro de la que irradiaba de María, para que le viesen. Él era el encargado de llevar al cuarto de la gentil artista noticias de lo que se murmuraba en el de la Bermúdez, y como viera que esto le agradaba en extremo, cuando no tenía noticias, las inventaba..., siempre agradables, como es natural.

No podía negarse en absoluto que los rumores que corrían acerca de la rivalidad existente entre ambas artistas no dimanasen de la noticia que una noche llevó Quílez al cuarto de su astro: «A él mismo le había dicho la Bermúdez, que si María hubiese estrenado su papel, el fracaso habría sido tan ruidoso como su éxito.» Sabido esto, nada de extraño tiene que María, excitado su amor propio, hubiera insinuado la idea de representar aquel personaje; pero, repetimos, nada había de cierto.

Quílez, sin despreciar la belleza, siempre iba a lo práctico: en cuanto se acercara el beneficio de

la Quer, le entregaría una obra para que la estrenara. En caso de no conseguirlo, se le vería desaparecer en busca de otro sol que le diese luz y calor, y la artista no volvería a recibir el séptimo número que el periódico tiraba para ella, a fin de que pudiera leer los artículos elogiadores de su arte, que a diario insertaba.

En cuanto estos artículos, en loor de una artista, dejaban de aparecer en el periódico, ya se sabía: la obra de Quílez no se estrenaba.

El pobre Quílez percibía cincuenta pesetas por hacer el periódico, y ¡qué caramba!, por tan módico estipendio, bien se le podía permitir el desahogo de publicar artículos que a nadie hacían daño... y que siempre eran los mismos. Los que publicó por primera vez en elogio de una tiple servían para todas, con sólo cambiar nombres y fechas.

El tercero era un diputado por Sevilla, hombre de unos cuarenta años, buen tipo, alegre y decidor. Siempre tenía algún chiste u ocurrencia en los labios. El cuento, sobre todo picaresco, era inagotable en él. Al principio demandaba permiso para contarlos; después los refería sin venia de ninguna clase. Era el alma de la reunión. La tiple reía todas sus gracias, y cuando se ausentaba, era frecuente oirle decir, ante lo insulso de la conversación: «¡Cómo se nota la falta de Luis!»

Malas lenguas decían de él que la noche del début de la Quer fué de los que arrojaron más flores al escenario desde el palco de la Peña. Si en aquélla no las había arrojado, en noches sucesivas sí que envió al cuarto de la bella tiple estupendos ramos... ¿Y quién rechazaba unas flores?

Ante aquella galante conducta, una noche que estaba en el palco, María, desde los bastidores, antes de salir a escena, no tuvo más remedio que enviarle las gracias con una sonrisa.

Mucho menos necesitaba Luis, como el jesuíta del clavo, para hacerse el amo; y en el cuarto de la artista, moralmente, lo era.

Hasta la fecha, ningún atrevimiento, ni la más mínima confianza se le podía reprochar; el hombre más fino y correcto no podía igualarle en su exquisito comportamiento. Esto precisamente era lo que le daba preponderancia, haciéndole campar sobre todos. Con él concurría un su amigo, Rogelio, cuya misión en este mundo parecía no ser otra que la de ensalzar la bondad, la gracia y la esplendidez de Luis. Tanto y tanto lo ponderaba, que María, curiosa, preguntábale alguna vez detalles de su vida y milagros. Entonces Rogelio, tomando la palabra, hablaba y no concluía. Solamente cuando, de un modo indiferente, apuntaba ella alguna pregunta sobre cuestión de amores, el amigo sonreía discretamente y demandaba perdón por no poder revelar secretos que no le pertenecían...

Completaban el quórum, Sánchez, que siempre recalaba por allí de once a once y media, y otros dos personajes, oficinista el uno, y de profesión desconocida el otro, seres que nadie sabía por qué habían cuajado allí; cuerpos errantes, amigos, casi siempre, de algún actor de ínfima categoría, y que, por *extensión*, de un cuarto a otro, iban haciéndose de la casa. Todo el mundo los trataba y nadie sabía cómo los conociera. Atomos que llegaban a formar cuerpo, merced al mutuo apoyo que se prestaban.

Cuando Alberto se presentaba en los entreactos, los concurrentes, con uno u otro pretexto, cual colmena espantada, solían levantar el vuelo, zumbando sordamente, para volver a posarse en el cuarto así que el marido se ausentaba.

Los maridos de las artistas son, por regla general, un estorbo en los camerinos... Si es hombre serio..., sobre todo, no se sabe de qué hablar...

Igualmente que lo anterior, Alberto observaba que, en caso de no ausentarse, se suspendía la conversación y se le quedaban mirando, como diciendo: «Ya está aquí éste», y en seguida empezaba el ridículo e irritante rosario de necias preguntas y exclamaciones:

—¡Hola!...

—¿Qué hay?...

—¿Cómo va esa música, Sarasate?...

A esto no faltaba nunca, a modo de coletilla, la consabida pregunta de su mujer:

—¿Ha terminado ya el acto?

Inútil era que les invitase a seguir conversando... ¡Nunca se hablaba de nada!... Era que Luis contaba un incidente, sin importancia, del Congreso...; su amigo, que refería una caída que presenció aquella tarde...; Quílez, que daba una noticia... ¡Nada!

Al terminar la función y salir a la calle, la compañía de Luis y su amigo, los tíos y el empresario, era ya inevitable.

Una noche, se le ocurrió a María, al pasar por la plaza del Angel, decir que tenía ganas de tomar chocolate, y entraron en el café de San Sebastián.

La visita al café a la salida del teatro, no se sabe cómo, se hizo costumbre ineludible. Ni aun enfadándose consiguió Alberto pagar una sola vez.

—¡Usted no paga aquí!—decía Luis.

—¡El marido de una artista que llena el teatro, no debe pagar nunca!—agregaba D. Ramón...

Y ella encontraba aquella conducta tan natural, que no se podía protestar, no se podía decir: Señores, es que no me da la gana que le paguen ustedes el chocolate a mi mujer.

En una ocasión en que, por todo lo apuntado, expresó su disgusto a María, obtuvo de ella la siguiente respuesta:

—Encima que se desviven por complacerme, te quejas... ¡Qué ingratitud!...

Alberto tuvo que ser a la fuerza *el marido gorrón:* así le llamaban algunos que conocían la cotidiana visita al café.

Sentado en su silla de la orquesta, el violinista recordaba la conversación que, momentos antes, sostuviese con su amigo Pedro. Recordaba el recado de Susanita: «Díle que no esté triste...» No estaba triste: era algo peor lo que el corazón sentía al recordar su vida desde que vino a Madrid hasta la fecha.

Su memoria completaba un balance en cuyo saldo debiera figurar la palabra «felicidad»; y la que sus ojos leían, escrita en gruesos caracteres, decía «desgracia». La quiebra era inminente.

Al terminar el acto, encaminóse lentamente hacia el cuarto de su mujer. Notando él mismo el fenómeno de la falta del vehemente impulso que antes le llevara allí, decíase irónicamente: «¡Ya no voy a

ver a mi María; ahora voy al cuarto de la María Quer!»

Sus amistades, dentro del teatro, habían aumentado de un modo considerable, pero procuraba evitarlas en lo posible. Contestando, pues, en forma concisa a cuantas preguntas, al pasar, le hicieran, no trasponiendo ¡jamás! la puerta de ningún cuarto, aunque a ello se le invitase, y devolviendo lacónicamente los saludos que recibía, llegó al de su esposa.

Por rara casualidad, lo encontró vacío. María, que estaba en el cuarto tocador, con D.ª Rosa y la doncella, no pudo advertir su presencia. Alberto se dejó caer en una butaca. Desde allí percibió un discreto cuchicheo entre las mujeres. El rumor de la conversación llegaba distintamente hasta sus oídos, pero no las palabras que lo promovían. Pausadamente lió un cigarro y encendió una cerilla. Al chasquido del fósforo, la conversación cesó instantáneamente. Hubo un momento de silencio; después, a la par que preguntaba:—¿Quién es?—, D.ª Rosa levantó el portier para verlo.

—¡Es Alberto!—dijo acto continuo a las de dentro.

—¡Qué manera de entrar!—se oyó decir a la tiple, con un acento especial, mezcla de ironía y de extrañeza.—¡Qué misterio!

—Estaba mudo de asombro por hallar este cuarto limpio de importunos. Me parece increíble encontrar a mi mujer para mí solo...

La aludida, vestida ya para el acto siguiente, levantó el portier, y con un gracioso mohín, dijo:

—Poco se conoce tu deseo, cuando, siendo mi marido, te quedas ahí fuera, igualándote a los de-

más... Ven, hombre... ven. ¿Tanto trabajo te cuesta entrar aquí?

Alberto traspuso el umbral de aquel cuarto íntimo, y el portier volvió a ocultar la entrada. Primero D.ª Rosa, la doncella después, ambas salieron. María, llevando de la mano a su marido, fué a sentarse en un diván, y con un pequeño tirón le obligó a caer a su lado. Rodeando un brazo a su cuello, murmuró en tono mimoso:

—¿No puede ser que te vea ya con otra cara? ¿Con aquella que tú sabías poner antes para mirarme? ¿Ya no me quieres? ¿Ya no soy tu mujercita, tu María?

—¿No lo sabes mejor que yo? ¿Necesitas saber que todos tienen derecho a tu conversación, a tus sonrisas, menos yo?

—¡Ah!—dijo ella con un gesto de impaciencia.—¿Quién sino tú tiene la culpa de eso? ¡Dejaras la orquesta de una vez, y podríamos estar juntos toda la noche...! ¡Total, para lo que ganas!

—Lo que gano, aunque poco, es la patente de mi honradez.

—Ideas rancias que se te han metido en la cabeza. Además, otro puesto podías tener... Te lo han ofrecido.

En efecto: D. Ramón le había ofrecido el de maestro de coros, para que su posición, dentro del teatro, estuviese más en consonancia con la de su mujer; pero tal horror sentía por todo lo que fuese de telón adentro, que no quiso aceptar. Por otra parte, desempeñar aquel puesto hubiera sido sancionar de un modo definitivo la profesión de su esposa.

—Y en cuanto a los amigos—siguió diciendo María—, ¿qué quieres? ¿Que los eche de mi lado? ¿Que me vuelva un ogro antipático? ¿No reciben las demás a los suyos?... Pero tú, es claro, con el egoísmo propio de todos los hombres, preferirías verme sola, abandonada de todos... No parece sino que te hayas propuesto amargarme la existencia con tus eternas recriminaciones, desprovistas de fundamento.

—¡No lo tienen!

—¡No, no lo tienen—replicó ella, levantándose del diván y dirigiéndose al tocador.—¿Pasa algo extraordinario? ¿Me come alguien? ¿Me falta algún pedazo? ¿Podrías tú mismo concretar las causas de tu odio a mi nueva vida? ¿No me respetan todos? ¿No están pendientes de mi boca, para echarse a rodar, si yo lo deseo? ¡Vamos, Alberto, cambia de modo de ser!—dijo María, volviendo a su lado, con una de esas transiciones que ya conocemos.—Piensa que el sentimiento de dignidad, que constantemente invocas, es en ti exagerado...

—Es verdad; creo que tienes razón—contestó fríamente Alberto, fijando los ojos en un objeto que llamó su atención en el suelo.

Inclinándose rápidamente, lo cogió y examinó atentamente. Era un sobre, en blanco, de tarjeta; su cartera estaba pegada y rota desigualmente por el borde superior.

María palideció ligeramente.

—¿Qué sobre es éste?—preguntó Alberto.

—¿A ver?... ¡No sé! ¡Vaya una cosa!

La mirada torva e iracunda de él se fijó en el tocador, tratando de descubrir una tarjeta o un pa-

pel; recorrió, inquieta y amenazadora, todos los rincones, escrutándolos minuciosamente, en busca de algún indicio... de los pedazos que bien pudieran haber sido arrojados confiada o descuidadamente al suelo, como, sin duda, lo fué el sobre; pero nada encontró que pudiera desvanecer sus dudas, lenguas de fuego que se enroscaban en el pensamiento, incendiándolo de modo pavoroso.

—¿Qué miras?

—No... no miro nada; pero este sobre...

—¡Qué pesadez!... Yo qué sé... La doncella o la tía lo habrán tirado... ¡Vaya usted a saber!

En aquel momento entró D.ª Rosa. La sobrina, mirándola de un modo insistente, díjole muy despacio, cual si pretendiese de este modo darle tiempo para meditar la respuesta:

—Este sobre, ¿es de usted, tía?

Doña Rosa, estudiando la mirada de la tiple, y haciendo como que recordaba, cogió el sobre de manos de Alberto, lo examinó durante unos segundos, y después, con súbito impulso, exclamó:

—¡Pero qué tonta soy!... ¡Vamos!... Este es el sobre en que te he traído las horquillas que me encargaste por la tarde... ¡Qué memoria!... Como estaban sueltas, las puse en este sobre, para que no se perdieran.

—Pues dígaselo usted a él..., que no sé lo que supone...

—¡Qué Alberto este!—dijo D.ª Rosa, alargando impensadamente el sobre a su sobrino.

—Yo nada he dicho.

—Pero lo piensas. Luego te extraña que deplore la ausencia de los amigos... Al menos en su pre-

sencia, me veo libre de tus recriminaciones... de tus ofensas.

—Hoy... por lo visto, no vienen.

—¡No!

—¡Lo sabes!

—Me lo figuro, por la hora—replicó prontamente María, dejándose caer, sollozando, en el diván.

—Vamos, Alberto... ¡eres injusto!...—interrumpió D.ª Rosa.

Los timbres sonaron apremiantes. Alberto salió del cuarto, llevando en su bolsillo el sobre en blanco, y en el corazón, una garra que se lo apretaba cruelmente, cual si quisiera despedazarlo...

En los descansos, sacábalo cautelosamente, y trataba de escudriñar su misterio. Que no contuvo nunca horquillas, que tal aseveración era un invento taimado, lo revelaba el mismo sobre, con entera claridad: su interior no tenía ni un pinchazo, ni una raya que, seguramente, le habrían causado aquéllas, de haberlas contenido.

¿Cuál era el misterio de aquel sobre? ¿Cuál su secreto? La misión que hubiese desempeñado no debía ser muy noble, cuando no la revelaba sinceramente en su anverso. Su mudo aspecto personificaba la insidia vil y rufianesca; era el reptil que, socavando la tierra, llega hasta las raíces de la frondosa planta para morderlas y emponzoñar la juvenil savia.

En uno de los minuciosos exámenes a que sometió el sobre, pudo distinguir, en uno de sus ángulos interiores, unas tenues rayitas de tinta, delatoras de un escrito que allí se encerrara sin estar bien seco. No era posible dudar de este hecho; mas ¿qué decía

aquel escrito, y a quién iba dirigido?... ¿A quién sino a María? Alberto se sintió poseído de un furor extraño.

Desde los bastidores, la tiple pudo ver que su marido estrujaba violentamente el sobre entre las manos.



VIII

Un paseo de la María Quer.

El ensayo de la obra que se había de estrenar en el beneficio de la celebrada artista, anunciado para últimos del mes de abril, terminó poco después de las cuatro de la tarde: antes de lo acostumbrado.

D.ª Rosa y su sobrina, en la puerta del teatro, mirábanse interrogativamente: ¿Esperaban a Alberto? ¿Se iban a casa?... ¿Qué hacían?

—¡Qué hermosa está la tarde!—suspiró María.

—¿Quieres que demos un paseo?

—De buena gana... ¡Siempre aquí metida!... Siento deseos de sol... de luz... de alegría...

—Vámonos al Retiro...

—¿Y si Alberto?...

—¿También le va a parecer mal que des un paseo?

—Como lleva tantos días con un ceño... ¿Y todo por qué? ¿Qué hago yo?...

—Tener demasiada paciencia... y ser demasiado buena... Si tú siguieras al pie de la letra mis consejos... Igual que tu marido era mi Juan, y ya ves si lo he vuelto al revés.

María, vestida con suprema sencillez e insuperable elegancia, llamaba la atención de todos los transeuntes; algunos se avisaban mutuamente, y después de mirarla con insistencia, se comunicaban secretas impresiones.

—Vamos un poco hacia arriba...

—Vamos al Retiro.

El andar de María era distinguido, rápido y firme; el porte de su airosa figura, atrayente. La conversación con D.ª Rosa no le impedía escuchar los requiebros, las flores que muchos sembraban a su paso, y que ella recogía con íntimo orgullo.

En la conversación, llevaba la voz cantante la tía, que charlaba incesantemente para hacer comprender a su sobrina lo ridículo de su preocupación por Alberto, con no ser ésta mucha. En la vida, todo es cuestión de costumbres..., y él se acostumbraría. Sin temor alguno se podían poner las manos en el fuego a que, en la temporada siguiente, era un marido modelo. Todo tiene su aprendizaje. Lo que no aplaudía era la conducta de ella. ¡Echarse a llorar la noche que Alberto encontró el sobre, fué una ligereza, una inocentada; acusarse de un pecado no cometido! Así estaba el niño en aquella forma, que no se le podía aguantar. Siempre tan fúnebre... tan huraño y áspero, sin pensar en lo triste y desagradable que resulta, para una mujer, el vivir al lado de un hombre que *raspa*... Alberto había nacido para Gran Turco y no para cristiano: su deseo era tener a la mujer bajo siete llaves y catorce cerrojos, para que no la mire ni el aire... ¡Vaya un modo de querer! Amar a una mujer es proporcionarle todo lo que pida y aplaudir todo cuanto haga..., y si no,

que se lo preguntaran a la que quisiesen. ¡Pues se podía quejar el señorito! ¿Cuándo soñó él con vivir en una casa igual a la que tenía..., llena de comodidades, y en comer como un príncipe? Porque si él no probaba la mayoría de los ricos platos que se ponían en la mesa, culpa era de la ordinariez de su gusto, que prefería los manjares modestos, que nadie se lo prohibía. Tanto repulgo, tanto miramiento, y luego, si a mano viene, puede que ella tuviera que pararle los pies, para que no se comiese *lo suyo.* No se la daba, no; era perro viejo. ¿A quién se le ocurría venirse con aquellos celos tontos e infundados? ¿Había algún motivo? ¿No es sabido que una artista se debe a todo el mundo? ¡Señor... qué ranciedades más estúpidas!

—¿No soy, acaso, la misma de antes?—intercaló la sobrina.

—Mejor, mucho mejor: antes eras una de tantas, una desconocida; ahora eres una artista, que para sí quisieran muchas el nombre que tienes.

El inagotable palabreo de la taimada señora habíales dado lugar para llegar al paseo de coches. Numerosos eran en él los paseantes a pie y en carruaje.

El perfumado ambiente que se respiraba hizo exclamar a María:

—¡Qué bien se respira aquí; cómo se ensancha el pecho!

—¡Pobrecita; desde el día de tu début, lo tienes oprimido!

Un profundo suspiro fué la contestación de la hermosa joven.

Calló también D.ª Rosa, cosa esta de muy mal

agüero, porque el callar era en ella señal de enfermedad grave o de falta de dinero, y sin duda que este segundo mal era el que entonces le aquejaba, por cuanto, después de toser dos o tres veces, acercándose más a su sobrina, díjole de este modo:

—Por cierto, María, que no me atrevo a molestarte... ¡tantas veces van ya!... Pero, si vieras... Es el caso que al majadero de tu tío le pidió anoche el contador del teatro que le prestase diez duros hasta que llegue la nómina..., y el muy simple le dió los únicos que teníamos; así es que si tú quisieras hacer el favor de prestármelos hasta la misma época... ¡No sabes qué disgusto tuvimos anoche!... Poco me faltó para pegarle...

—¿Qué iba a hacer el pobrecillo, tratándose de un compañero?

—Si me los llevaras esta noche...

—No es menester—replicó la tiple, abriendo un portamonedas y entregando a la tía un billete de cincuenta pesetas, muy doblado.

Cuando ésta se disponía a pronunciar un largo discurso en acción de gracias por la generosidad de su sobrina, el sonido de una voz amiga lo dejó en suspenso.

—Dos horas llevo haciéndome esta pregunta: ¿qué pasa hoy en el Retiro, para que su ambiente esté tan perfumado y su luz tan poética? Al fin, he aquí que puedo responderme: ¡porque la mujer más bonita del mundo lo embellece con su presencia! —dijo Luis, estrechando las manos de ambas señoras.

—¡Qué sorpresa!—dijo María.

—¡Viene usted que ni llovido del cielo!—agregó la tía.

—¿Pues?

—Esta criatura... que siempre está a vueltas con sus penas...

—¿Penas? ¿Y qué es eso?

—¿Usted no sabe lo que son penas?

—Espere usted, María; déjeme recordar... Penas... penas... ¡Ah, sí, ahora recuerdo: una vez se me murió una perrita, y lo sentí mucho! ¡Son tan fieles los perros!

—¡Luis! lo dice usted de un modo, que no parece sino que las personas somos menos que los perros... Eso es ofender, y claro está que, siendo hombre, su censura tiene que ir contra las mujeres.

—¡Bah!... Aunque así sea, usted no puede darse por ofendida.

Doña Rosa tosió, para no enterarse de la singularidad de la excepción que hacía Luis.

—Y eso, ¿por qué?—preguntó la joven.

—Porque usted no es mujer; es una divinidad, una diosa..., un ángel hecho carne.

—Y hueso.

—Y hueso... ¡claro está!

—Sin embargo, hay quien, más que divinidad, me juzga demonio.

—Puede que sea usted las dos cosas; es un caso que suele darse en la vida con relativa frecuencia. Por lo pronto, su mirada tiene algo de satánica. Cuando mira, parece que dentro de su ser hay otro que, al asomarse a los ojos, fascina.

—Es curioso: divinidad, diosa, ángel por fuera, demonio por dentro... ¿no es eso? Lo de ángel me gusta; lo otro, no.

—Tan agradable es lo primero como lo segundo.

Al llegar frente a la estufa, torcieron hacia

aquel lugar, abandonando el paseo principal, que empezaba a llenarse de gente, lo cual causaba cierto azoramiento, por la curiosidad que despertaba, a la bella tiple. D.ª Rosa, separándose discretamente, hacía todo lo posible para no enterarse de lo que ambos jóvenes hablaban, y éstos, por su parte, bajaban de tal manera el tono de la conversación, que la tía llegó realmente a no oirles. Luis ponía gran calor en sus palabras; pero es el caso que, para pronunciarlas, se acercaba tanto a María, que ésta hubo de llamarle la atención:

—Recuerde usted que... soy casada... y que puede causarme un disgusto grande...

Hubo una pequeña pausa.

—Es un recuerdo tan desagradable... que no debe sorprenderle mi falta de memoria. Casada... casada... ¡Yo no la he mandado casarse a usted!

—¡Ya! Ni nadie.

—Entonces, ¿por qué se ha casado? Las artistas debían conservar siempre la libertad.

—¿Para qué?

—Para estar en condiciones de perderla.

—Es un consejo que debe usted guardar para aquellas que puedan aprovecharlo; a mí no me sirve para nada, y, por lo tanto, vuelvo a repetirle que me puede causar un disgusto serio, y que ya basta con el que me proporcionó anoche su tarjetita...

—¿Mi tarjeta? ¡Imposible! Yo sé muy bien que cuando se recibe un recado por escrito, al abrir el sobre, es corriente tirarlo al suelo, y, como usted vería, tuve la precaución de mandarlo en blanco.

—Pero un sobre en blanco, lo mismo que uno escrito, puede encontrarlo un marido celoso, y... ¿a

qué viene mandar ese recado de que no podía ir anoche?

—Vea usted; yo que pensaba haberle dado una prueba de mi leal amistad, al comunicarle mi sentimiento por no verla...

—Ese sentimiento de no verme a mí sería gusto de ver a otra... Quizás a la González... Cuando menos se piensa, el amor renace, y...

—Esa historia que de mí corre por Madrid carece de fundamento.

—¡Pobrecito, cómo le calumnian!...

—Hasta ahora no he amado nunca...

—Me da usted lástima... ¡Qué corazón tan duro debe tener!

—No tiene la culpa mi corazón; es la desgracia de no haber encontrado nunca a quien amar.

—Pues busque, busque bien; pero, por Dios, no vaya usted a dar con una mujer que, siendo ángel por fuera, lleve un demonio oculto. Tan bueno, tan inocente, tan infeliz como es, necesita un angelito sin mezcla alguna de demonio.

—No me asustan los demonios; antes al contrario, me agradan. La mujer demonio y ángel a la par, da por resultado una mezcla deliciosa... cuando se sabe sacar partido de ella.

—Resulta usted un poco presumido.

—Soy sincero.

La calma de su acompañante desconcertaba a María, que se mordió los labios con despecho, sin atreverse a formular una pregunta. Temía continuar aquella conversación, y lo deseaba. El aplomo de que Luis alardease, la atraía, a pesar suyo; sentíase débil junto a él, y experimentaba sobre sí

cierta misteriosa sensación de dominio. Al fin se resolvió a aventurar la pregunta, bien que sin darle importancia ninguna.

—¿Sería mucha indiscreción preguntar cuál es el procedimiento para sacar ese partido?

—En usted, hasta la indiscreción es discreta; y como el procedimiento no es un misterio, ¡puede que le cause risa, por su poca novedad!, voy a decírselo al momento. Se adora, se venera, se piensa en la conquista de los cielos para la mujer ángel; se sujeta, se domina, se encadena a la mujer demonio cuando esta parte aparece, hasta hacerle comprender su impotencia para luchar con una voluntad férrea; y cuando, tras de la lucha, la mitad demonio comprende su debilidad; cuando el desfallecimiento de sus energías le demuestra que su derrota es inevitable, porque hay un ser más fuerte... la mezcla se efectúa y resulta maravillosa... El hombre que no se sienta con arrestos para sojuzgar a la mitad demonio de una mujer, debe huir de ella...

—¿Y si la voluntad no vence?—dijo María con cierta sorna.

—Entonces hay otro procedimiento, al que no resiste ningún diablillo: las cadenas... las doradas cadenas—arguyó Luis, recalcando mucho sus palabras.

—Ese es el amor del hombre: de un modo o de otro, esclavizar a la mujer.

—El sentimiento de esclavitud es innato en la mujer, cuando ama. El verdadero amor se manifiesta siempre en ustedes por la abnegación, por el desinterés y el sacrificio. Cuando estas manifestaciones faltan, no hay amor.

La fina saeta disparada por Luis penetró profundamente en el corazón de la artista. Durante un largo rato caminaron sin hablar. Él encendía un cigarro; ella, al pasar, arrancaba hojas de los arbustos y las mordisqueaba con saña... Después empezó a ponderar las bellezas del paseo en que se encontraban, la magnificencia de los árboles pródigamente copados.

Luis interrumpió la descripción.

—Veo que mis ideas no le parecen bien...

—¿Sus ideas? ¡Ah, sí... no pensaba... en ellas!

—Tan equivocado me cree...

—Expuesto a un desengaño... Pero... ¿qué hora es?—dijo bruscamente, al darse cuenta de que anochecía.—Vamos, tía, vamos... ¡Pudo haberme advertido!...

Encamináronse con paso rápido hacia la puerta de Alfonso XII.

—Siento haber absorbido su pensamiento hasta el punto de...

—¡Oh, no se preocupe...! ¡Estaba pensando en otras cosas!... ¿Irá usted esta noche al teatro? —dijo María con volubilidad, que daba a entender el azoramiento que la embargaba.

—Es muy sensible que un mensaje, leído con la mayor indiferencia, cause un disgusto...

—Ahora recuerdo que esta noche tampoco puede usted ir.

—Cosa que a usted le es indiferente...

—¡No, no! Pero como comprendo que alguna mujer, mitad ángel, mitad demonio, le espera para que continúe usted sus prácticas de domador... me resigno a la ausencia de un buen amigo... y le

aconsejo la puntualidad. Los hombres son ustedes tan poco merecedores del amor de una mujer, que cuando consiguen el de alguna, deben serle fieles. Ya ve que, dentro de la amistad... yo también sé sacrificarme: una de las tres condiciones que usted pide al amor. Vaya... y no haga esperar. Es mucho más agradable ir a ver a la mujer que se ama, que aburrirse en el cuarto de una artista casada.

—¡No pienso yo así!

—¿No? Pues creo que esta noche no debe usted faltar a la cita de su amada...

—¡Quién sabe!... ¡Yo creo que sí!...

Parados en la calle de Alfonso XII, daban lugar a que un coche que se divisaba a lo lejos llegase hasta ellos.

Doña Rosa hizo señas al cochero para que se detuviera, y ambas mujeres subieron al destartalado simón.

Luis, entregando algunas monedas al auriga, dióle las señas del domicilio de María.

—¿No va usted a su casa?

—¡Sí!



IX

En el que se inicia la pendiente.

Rodaba el coche pesadamente hacia la calle de Atocha. La tiple veíase acosada de un profundo desasosiego, que, a verse compelida a ello, no hubiera podido explicar. La imagen de Alberto y la de Luis asociábanse en su pensamiento de una manera extraña. No pensaba en la conversación que momentos antes sostuviera con el último, y la mente se la reproducía íntegra, sin que ella prestase la menor atención a la voz de Luis, que, con porfiada obstinación, aun resonaba en sus oídos, tranquila, segura, sin revelar la menor emoción; pero insinuante, sutil... traidora. Meditaba en lo que Alberto le diría al saber que había ido de paseo... y se encogía de hombros ante la lluvia de reproches que esperaba por no haberle aguardado... Al mismo tiempo, resolvía, por parecerle prudente, no decir nada de su encuentro con el diputado. Consultaba con su tía lo acertado de la idea, y no atendía a la respuesta, para fijarse en el abrigo, en el sombrero o en el vestido que llevaba alguna señora. A una pre-

gunta de D.ª Rosa contestaba con otra, como si no la hubiese oído.

Su cuerpo se estremecía frecuentemente, como si un frío intenso lo penetrara.

Al ver el estado de nerviosidad de la artista, cualquiera hubiese supuesto que era la consecuencia de una contrariedad importante... No podemos decir si los mantenedores de tal supuesto tendrían razón; pero, desde luego, aseguramos que la nerviosa joven se habría reído estrepitosamente de tal idea.

Luis no era para ella otra cosa que un amigo, un simple amigo, cuyo carácter alegre y exquisito trato le hacían agradable en todas partes.

Su actitud de aquella tarde era lo que más había sorprendido a la joven. Él, siempre tan suave y condescendiente con las damas, pretender subyugarlas, encadenarlas a su voluntad por la imposición de ésta; esclavizarlas por el brillo de sus riquezas... ¿Cómo suponer semejantes ideas en un hombre como él? Sin embargo, ¿podía esto contrariarla? ¿Había pensado nunca en otras relaciones que no fuesen las de la amistad? ¿Le importaban un bledo aquellas ideas, ni podían contrariarla en lo más mínimo, no siendo parte interesada en ellas? Todo lo más que tan insensatos pensamientos podían causarle, siendo mujer, era la rabia de no poder demostrar el error en que vivía quien los sustentaba; la contrariedad de no poder convertirse en roca donde se estrellase su necio orgullo. Siendo libre, quizás sintiera la necesidad de entablar la lucha para ver quién era el más fuerte; pero siendo casada... ¿qué le importaba de las necias teorías de Luis?

Advertir a María que su malestar era el propio reproche que todo el que se sale de la legalidad por vez primera se dirige a sí mismo, hubiera sido exponerse a su desprecio más profundo; y hacerle ver que la extralegalidad primera es el arranque de una pendiente muy peligrosa, no hubiese merecido otro premio que su desdén.

Al descender del coche, en la puerta de su casa, la imaginación de la joven se reconcentró por entero en el recibimiento que esperaba de su marido. De nada tenía que arrepentirse, y, sin embargo, deseaba no hallarse a solas con él. Esto lo solucionó en el acto, haciendo que D.ª Rosa se quedara a cenar con ellos. Anhelaba el apoyo, la presencia de alguien que impidiese el frente a frente.

El marido de D.ª Rosa estaba tan habituado a tales ausencias, que no se juzgó necesario enviarle recado. Víctima de su débil carácter, no diremos que deseaba aquellos momentos de soledad; pero sí que no le causaban mucho sentimiento.

La comida, en casa de la tiple, fué silenciosa. Alberto cada vez era más parco de palabras. María, una vez referido el paseo, no deseaba, ni mucho menos, que la conversación siguiese por aquel camino... ni por ningún otro. Pasado el peligro, sin contratiempo alguno, la joven recayó en su anterior desasosiego nervioso. Alberto se percató, en el acto, de aquel estado de ánimo de su mujer; pero ni dijo una palabra, ni expresó con el gesto la menor extrañeza. Su comportamiento mesurado, correcto y tranquilo, era el de un hombre exento de preocupaciones.

Comía D.ª Rosa, en abundancia, de todo cuanto

pusieran en la mesa, con un apetito que hacía resaltar la inapetencia del joven matrimonio, y observaba de hito en hito a su sobrino, tratando de penetrar en su pensamiento; mas las dotes analíticas de la ex corista, siendo muy limitadas, pronto se estrellaron contra la imperturbabilidad de la cara del violinista. En cuanto a María, cuya excesiva frivolidad jamás le permitió conocer la vida por otra cosa que por sus signos exteriores, ni aun pensó siquiera en hacer tal estudio. Para ella, el que no hablaba era porque no tenía ganas o porque no tenía nada que decir.

Sin esperar a que los demás terminasen, se levantó de la mesa y fué a su gabinete a prepararse para ir al teatro.

Al llegar a éste, y ya en su cuarto, se dejó caer en una butaca con actitud disgustada. La tía y la doncella miráronse temerosas y sorprendidas. ¿Qué le sucedía a su sobrina? ¿Qué le pasaba a la señorita?—se preguntaron.

—¿Te sucede algo?—se aventuró a decir doña Rosa.

—Nada, no me sucede nada. Están ustedes acostumbradas a que yo sea la que hable, la que ría... y no comprenden que llegue un momento en que no tenga gana de hablar, ni de reír, ni de nada...

—Yo lo decía... por si estabas enferma...

—Pues ya lo sabe usted: no tengo absolutamente nada. ¿Lo ha oído usted bien?

Y al hablar así, María, quitándose los guantes, el sombrero y el abrigo, arrojábalos indistintamente sobre una u otra silla. Manolita, sintiendo avivarse su celo ante el mal humor de la señorita, acu-

día prestamente a recogerlos. Entretanto, doña Rosa preparaba el traje que había de vestir la tiple. Ésta, con brusquedad desusada, se levantó y entró en el cuarto tocador. Manolita echó el portier. La operación de vestir a la artista fué difícil para las tres mujeres: nada estaba bien aquella noche.

En aquel momento entró Quílez, el gran Quílez..., que, habiendo perdido todas las esperanzas de estrenar en el beneficio de la Quer, iba preparando ya su desaparición. Con voz desmayada, propia del hombre sin ilusiones, dió las buenas noches, sin obtener respuesta. Las tres mujeres hablaban a la vez, y, sin duda, debido a esto, no le oyeron... En su consecuencia, el periodista repitió el saludo en voz más fuerte, acercándose al portier hasta pegar a él la cara.

— Buenas noches... buenas noches —contestó entonces María. — Ya lo había oído...; pero no tengo más que una boca... Parece que todos se ponen ustedes de acuerdo...

Quílez no paró mientes en la admonición disimulada que se le dirigía. Por un pequeño intersticio que portier y pared dejaban entre sí, contemplaba embelesado la bella y un tanto desnuda figura de la tiple. El ruido de unos pasos que se acercaban le hizo retirarse, con harto dolor suyo, de aquel delicioso observatorio.

La nerviosidad de la artista, lejos de calmarse, fué en aumento durante la noche. Los asiduos contertulios mirábanse unos a otros significativamente; en el pensamiento de todos se agitaba la misma idea: — «Un disgusto con el marido». Quílez tuvo que callar en absoluto, al ver que sus chistes de

aquella noche no hacían reir a María, y claro está que, no riendo ella, nadie los celebraba. Sánchez, al *recalar* por allí a las once y media... y darse cuenta de aquel mar de fondo, no echó el ancla y viró en redondo hacia el cuarto de Peñasco. El oficinista y el de profesión desconocida tuvieron que echar mano de la política para llenar alguno de los largos silencios que sufría la conversación. Todos esperaban como agua de mayo a Luis; éste, por el lugar preeminente que ocupaba entre las amistades de la tiple, era el único que podía disipar las nubes que flotaban en el cuarto. Su presencia provocó una manifestación de entusiasmo. ¡Al fin iba a reinar allí la alegría!

La conversación se animó por breves momentos; pero no tardaron en advertir que María, lejos de recobrar el contento, se puso más indiferente que antes. Cuando Luis se dirigía a ella, le contestaba por monosílabos; cuando refería algún cuento o episodio, limitábase a decir, con gesto de aburrimiento:

—¡Qué soserías cuenta usted esta noche!

A cada uno de estos desprecios correspondía él con una lluvia de flores y alabanzas a la persona de la artista. Sin desconcertarse en lo más mínimo, sin perder un palmo de terreno, gozábase en desconcertarla, recibiendo con amable sonrisa sus desaires.

En una ocasión, el iracundo mirar de María clavóse terrible sobre Luis; los ojos de éste la miraron dulcemente, blandos..., acariciadores. Sus arañazos resbalaban, sin poder profundizar, sobre la piel del galán. La tiple, levantándose de la butaca

en que se hallaba, sin dar explicaciones, salió del cuarto.

Luis, haciéndose el desentendido, siguió la conversación con los demás.

Cuando ella regresó, al encontrarle en el uso de la palabra, como le había dejado, exclamó con enfado:

—¡Qué atrocidad!... ¡Habla usted más que una cotorra, hijo mío!

—Ya que usted nos priva del goce de su palabra, alguien tiene que reemplazarla...

—¡Hum!... ¡Y que no es usted presumido para todo!

—Está bien: callaré, haré examen de conciencia.

—No le hace poca falta... A estas horas está usted en pecado de ingratitud...

—Callo y examino, y después de meditar, digo: señores: nuestro ídolo, nuestra dueña, nuestra tirana está disgustada, sufre..., y nosotros, respetando su dolor, debemos sufrir con ella.

—No faltaba más que la burla—gimió María, dejando ver que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Aquella fué la señal para que todos, a una, rodeasen a la joven preguntándole por las causas de su disgusto. El oficinista hizo entonces patente su extrañeza de no haber visto al marido en toda la noche. Al oírle, rehízose prontamente la tiple, pensando que su actitud podría dar lugar a falsas interpretaciones.

Agrupáronse los hombres en el pasillo para dar lugar a que la atmósfera del cuarto, muy cargada de humo, se despejara un poco. Luis, acercándose un momento a María, díjole en voz baja:

—Si yo hubiera sabido lo hermosa que está usted con los ojos llenos de lágrimas, hubiese procurado hacerla llorar antes...

—Eso es lo que usted sabrá hacer...

Alberto no había subido en toda la noche al cuarto de su mujer, era cierto. Al llegar al teatro, la dejó en la puerta del escenario, según costumbre, dirigiéndose él a la orquesta. Como todas las noches, sacó del estuche el violín y se puso a limpiarlo cuidadosa y esmeradamente con un paño blanco. Los compañeros llegaban poco a poco. El violinista que tenía su sitio junto al de Alberto, haciendo la misma operación que éste, hubo de preguntarle:

—¿Has ido esta tarde con tu mujer al Retiro?

Ocultando la sorpresa que tal pregunta le causaba, Alberto respondió:

—No. ¿La has visto?

—La vi desde lejos con su tía y un señor que supuse serías tú; no pude distinguirle bien—respondió el compañero con aire distraído.

Un clarinete, llamando al interlocutor de Alberto, cortó el diálogo.

Nuestro amigo estaba lívido como un cadáver. Nada de particular tenía que su mujer hubiese encontrado a algún amigo en el paseo; pero ¿por qué su reserva sobre este detalle?

El sobre en blanco que guardaba en la cartera apareció de pronto ante sus ojos. ¿Tendría alguna relación?... ¡Bah!... Era demasiada suspicacia la suya... Pero ¿quién era el que acompañó a su esposa? ¿Y por qué acompañarla?

Durante toda la noche sufrió un verdadero mar-

tirio, causado por la duda. En vano procuraba convencerse de que el episodio no tenía importancia. En cuanto llegase el primer entreacto, pondría en claro el asunto; pero el primer entreacto llegó, y Alberto siguió en su sitio, y llegó el segundo, y ocurrió lo mismo. Cuando su mujer salía a escena, y la gente, admirándola, se hablaba en voz baja, poníase al rojo vivo, pues, para él, era cosa indudable que se decían haberla visto en el Retiro acompañada de uno que no era su marido, y luego le miraban a él y se reían. En una butaca distinguió a D. Sebastián, su antiguo vecino, que sonreía despreciativamente. En sus oídos zumbaban las carcajadas de los espectadores, que aquella noche no se reían de la obra, sino de él. Mil sombras confusas bailaban ante sus ojos, sin que pudiera cogerlas..., condensarlas... Se escapaban de entre sus manos, huían, tornaban adquiriendo mil formas diversas y ninguna concreta, definida, para que pudiese basar el trastorno moral que sufría en algo sólido e irrebatible. No podía fundar una acusación en un hecho incontrastable, y, sin embargo, acusaba...

Vehementes deseos de abandonar el teatro le asaltaron. Aquella atmósfera se le hacía irrespirable, se ahogaba. Sintió rabia, despecho, deseos de estrangular a un ser imaginario que le zahería con sus burlas. La figura de D.ª Rosa cruzó malvada ante él, arrastrando a su sobrina, que resistía débilmente.

Poco a poco, su cerebro fué calmándose. Su extraviado mirar parecía sorprendido de todo cuanto abarcaba. La interna hoguera que le consumía se extinguió lentamente, y al fuego sucedieron las

cenizas. Temía el momento de ir a buscar a su esposa, y, más que nada, el martirio de la reunión en el café. Ésta fué aumentando, desde su fundación, al agregársele nuevos elementos, según el conocimiento de su existencia se había ido extendiendo entre la gente de letras y devotos del arte. En la actualidad era punto de cita de un gran número de autores, periodistas y actores.

Tal horror le causaba la idea de ir al café, que pronto tomó una resolución. Al entrar en el cuarto de María, dejó consternados a los concurrentes, al anunciar que él y su mujer iban a tomar un coche para ir casa, porque se encontraba enfermo. La palidez de su semblante y el calenturiento brillo de sus ojos le apoyaban tan a las claras, que nadie se atrevió a protestar.

María causó su asombro al ver que, lejos de oponerse, como él suponía, con grandes muestras de cariño y palabras tiernas mostró ante todos el gran pesar que le causaba su indisposición... ¡Cuánto tiempo que no la viera tan amante!

Aquella mental exclamación le hizo sonreir irónicamente: estaba seguro de que aquel sentimiento ocultaba su falsía.



X

La realización de un ensueño.

Había pasado un mes. En el pasillo de los palcos plateas, Luis paseaba con su amigo, fumando y charlando animadamente, en tanto que en la sala se representaba el segundo acto de la función de beneficio de la María Quer.

Deteníanse a veces en su paseo para fijar más la atención en algún punto del diálogo, y continuaban después.

—Es una infamia, lo sé; pero es una infamia relativa, porque si no la cometo yo, no faltará quien me sustituya—decía Luis.

—La fruta está muy madura.

—A punto. El golpe de esta noche pondrá cera en la pendiente por donde resbala María.

—Es una mujer especial.

—No lo creas; es un tipo muy corriente. Es una de esas mujeres para quienes la vida es el goce, y la sociedad, un medio de alcanzarlo. Por regla general, no se dan cuenta de la caída hasta que reciben el golpe, y entonces se limitan a encogerse de hombros ante la realidad de los hechos consuma-

dos. Ella supera este tipo de mujer en esa atracción personal que tiene: en la picardía de carácter, con la que suple su falta de sensatez...

—¿Le has mandado ya el regalo?

—No. Los solitarios están todavía aquí, en mi bolsillo—contestó Luis, sacando un estuche que volvió a guardar.

—¿A qué esperas?

—A que vayan llegando todos los demás. Cada obsequio que reciba borrará en su pensamiento el recuerdo del anterior.

—El tuyo no es fácil de olvidar. ¡Quince mil pesetas!

Veinte veces más hubiera dado con gusto. Satisfacer este deseo suyo, mil veces manifestado, es precipitarla en una montaña rusa... Verdaderamente es canallesco; el marido no lo merece; es una bella persona, un caballero...; mas, ¿no sería una simpleza dejar que el dulce se lo coma otro?

—¡Y con lo goloso que tú eres!

Los dos amigos soltaron la carcajada y penetraron en el palco, llevando consigo los brillantes y la canallería...

El saloncito de la María Quer estaba abarrotado de cestas y ramos de flores, de porcelanas, bronces, abanicos antiguos, sombrillas y otros mil objetos de arte y de fantasía, que llenaban rincones, butacas, sillas y mesas. En una de éstas había varias alhajas de distinto valor y gusto: un reloj de oro, de Sequilla; unos broquelillos de brillantes, de Alberto; un centro de plata, de Bermúdez..., etc. Todos tenían la consabida tarjeta del donante.

El cuarto había sido tapizado y amueblado de

nuevo, por cuenta de la tiple. Los varios matices de las infinitas flores que allí había resaltaban sobre el azul claro de los muebles y paredes. D.ª Rosa vigilaba todo y en todo estaba. María no podía atender a tantísimas personas como entraban a saludarla. Estaba hermosa como nunca, y radiante de felicidad. Jamás hubiese creído reunir tantos admiradores. El cuarto, convertido en lujoso bazar, embriagaba sus sentidos. A cada nuevo regalo, prorrumpía en exclamaciones de sorpresa y de júbilo. Nada más bello, nada de tanto gusto y valor como aquello último que llegaba a sus lindas manos. En seguida se buscaba sitio para el nuevo objeto, y sólo entonces, al pasar revista a los que ya estaban colocados, caía en la cuenta de que éste era también muy bonito, y el otro no desmerecía en valor del último. Los broquelillos de Alberto, pequeñitos, parecían avergonzados y procuraban ocultarse tras de un gran estuche que contenía cubiertos de plata, regalo éste muy socorrido en tales casos: artistas conocemos que, en su larga carrera, ha reunido los suficientes para una fonda.

Los apretones de manos y los saludos a la refulgente estrella menudeaban sin interrupción. Los más íntimos, poseídos del mayor entusiasmo ante el éxito del ídolo, *iniciaban* un abrazo. Noche de beneficio, no es noche de protestar de nada... y ¡qué caramba!... a nadie le amarga un dulce.

En un momento de relativa calma, D.ª Rosa hizo observar a su sobrina el caso extraño de que Luis no hubiese mandado todavía regalo ninguno. La tiple, suspendiendo sus risas y pasando la mirada sobre todos los recibidos, con tono de sorpresa, dijo:

—¡Pues es verdad!

Alberto, desde una butaca, miraba a su mujer sin despegar los labios. Su aspecto era tranquilo y hasta sonriente. Para complacer a María, aquella noche no ocupó su puesto en la orquesta. Marido de una estrella, ¿quién iba a negarle nada? No pocas fueron las murmuraciones que tal ausencia causó entre sus compañeros; pero Alberto estaba tan hecho a suponerlas, que no paró mientes en el asunto.

Cuando María, requerida por las incesantes muestras de afecto, renunciaba a formar juicio sobre el proceder de Luis, un acomodador le hizo entrega de un estuche y una tarjeta de aquél. Al abrirlo, un murmullo de admiración se extendió por el cuarto. Las manos de ella temblaron ligeramente. El fulgor de aquellas piedras, que parecían dos gotas de agua, la dejaron muda de asombro.

Al fin veía realizado su ensueño..., al fin era poseedora de unos solitarios. ¿Qué mujer no abrigó alguna vez ese deseo? ¡Unos solitarios! ¡Cuántos suspiros ahogados no arrancan un par de brillantes engarzados para pender de las orejas de una mujer, en el escaparate de una joyería! ¡Unos solitarios! Alhaja alguna como ésa fué tan codiciada por una beldad. Por lograrlos, vendieron muchas su hermosura y su alma; por sentirlos colgar de sus orejas, seguirán vendiéndolas otras tantas. Piedras traidoras, que con vuestros destellos alucináis el espíritu femenino..., ¿cuanto llanto tenéis a vuestro cargo? ¿No sois, acaso, cristalizadas lágrimas de mujer?

Recobrándose del estupor que le produjo la vista de aquellas piedras, el ensueño hecho realidad, que

le permitiría sentirse menos envidiosa de las joyas de la Concha Bermúdez, María corrió hacia su marido con infantil alegría:

—¡Mira qué hermosos!

La cara de Alberto se contrajo horriblemente; sus ojos adquirieron un mirar sombrío. Desde el principio de la noche estaba esperando cuál fuese el regalo de aquel hombre que se permitía acompañar a su mujer en el paseo; compañía que ella no encontraba causa alguna para rechazar, según le dijo la noche en que Alberto fingió ponerse malo para ir a casa cuanto antes. Aun recordaba el tono contrariado con que María contestara a sus reproches por la tal compañía.

Procurando dominarse y devolver a su rostro el aspecto plácido que hasta entonces había ostentado, cogió el estuche y contempló los pendientes con recóndita ira y repugnancia. Sus irisados destellos, sus mútiples cambiantes, eran para él finísimos puñales... ¡Piedras malditas ocultas en las entrañas de la tierra y arrancadas a su seno por el conjuro del oro de Luis... y no por el de su amor a María...! ¡De su amor!... ¡No, ya no la amaba... no podía amarla!

—¿Has visto qué cosa más linda?—preguntó la artista.

—Muy bellos... muy hermosos... ¡Dignos de ti...!

Las voces de los que demandaban los solitarios para admirarlos impidió a María escuchar las palabras de su marido. Él, por su parte, sintió que los ojos de los circunstantes se clavaban en su persona, aunque es lo cierto que nadie le miraba; escuchó risas irónicas y cuchicheos insultantes, aunque,

a decir verdad, nadie reía en aquel momento, como no fuera de los chistes que algunos hacían sobre el magnífico empeño de los pendientes, ni nadie cuchicheaba, por la sencilla razón de que todos hablaban a voz en grito. Del cuarto de la Bermúdez llegaron hasta sus oídos palabras mordaces, y también en esto se equivocaba, porque la tiple, una vez concluído su trabajo y felicitada *efusivamente* la beneficiada, se había ausentado del teatro.

Luis tuvo un recibimiento epopéyico al presentarse en el cuarto. Todos le felicitaron por su esplendidez. María no encontraba palabras con que expresar su gratitud. Su amigo Rogelio declamó con voz antisonante los célebres versos de *Don Juan Tenorio:*

Siempre vivió con grandeza
quien hecho a grandeza está.

Luis se mordió los labios al oirlos; a la verdad, no eran muy oportunos: encontraba que su grandeza, en tales momentos, estaba a la altura de la de un rufián. Aprovechando la primer ocasión que se le presentó, dijo a María:

—Conocía este ardiente deseo de usted, y he aguardado una ocasión propicia para satisfacerlo. Por mi gusto, los hubiese usted tenido la primera vez que escuché su capricho, pero no habrían faltado lenguas maldicientes que...

La tiple quedó encantada de aquella delicadeza... ¡Qué hombre!...

El amigo de Luis, acercándose, le expuso esta opinión:

—Creo que si esta noche te declarases...

—Si me declarase esta noche, me arrojaría los pendientes a la cara con la mayor indignación. A mujeres como ésta, no hay que pedirles que caigan; hay que empujarlas sin que lo adviertan, y esperar al final de la pendiente, con los brazos abiertos, a que ellas mismas lleguen. Es cuestión de paciencia. Los solitarios colmarán por esta noche sus deseos; pero mañana, al ponérselos, notará que las sortijas que tiene no guardan relación con ellos; que sus pulseras son muy modestas..., y que un *pendentif* brillaría, soberbio y deslumbrador, sobre su pecho escultural. ¡Eres un principiante en materias de amor, y un psicólogo detestable, queriendo!

—Salud, maestro... El dinero hace... hasta sabios.

Terminada la función, y quedando en el cuarto los íntimos solamente, se procedió con toda calma a comentar y recoger los regalos. Unos se guardaron, para que al día siguiente fueran llevados a casa; otros los llevaría aquella noche Manolita, y, por último, las alhajas se pusieron en un pequeño maletín, de que se incautó D.ª Rosa.

Aquella noche, la reunión en el café fué más numerosa que nunca, y se prolongó más de lo acostumbrado.

La beneficiada padecía fiebre de hablar. Sus atenciones para con Luis se salieron de la regla. Tenía mucho apetito, y cenó. Animada por el aspecto alegre de su marido, llegó a ofrecerle a Luis, con el tenedor, un pedazo de jamón en dulce.

Al recibir un fuerte pisotón de su tía, que estaba sentada a su lado, se apresuró a ofrecer otro a su marido, llevando el tenedor a su boca, y otro a

Sánchez, y otro a D. Ramón, y a no levantarse una protesta general contra semejante liberalidad, hubiera seguido ofreciendo a todos, en el ansia de disimular su torpeza.

Al final de la cena, Luis pidió *champagne*... ¿Quién se negaba?... María bebió dos, tres copas... Su vista empezó a nublarse...; estaba mareada. El peligro era inminente, y Luis fué el primero en proponer la partida.

La casa del matrimonio estaba muy cerca. Todos fueron hasta allí... María se acostó en seguida. El joven matrimonio, al tomar la nueva casa, y con el pretexto de que él, al madrugar, la despertaba a ella, puso camas separadas en la misma alcoba.

Cuando Alberto quedó solo con su mujer, la contempló durante largo momento... ¡Qué hermosa estaba en el lecho!... Ella no se daba cuenta de nada, al procurar conciliar el sueño reparador. Quedó dormida. Entonces, inclinándose pausadamente, la besó en los rojos labios; acarició los cabellos, los brazos desnudos... En sus ojos brillaron dos lágrimas... Su emoción era la del que contempla moribundo a un ser muy querido... Aun la miró unos instantes..., y después, salió de la alcoba... ¡María, para él, había muerto!

Se dirigió a su despacho, que estaba situado en una habitación interior, y constituído por su vieja y antigua mesa, rodeada de cajas, baúles, cestas y todo cuanto en las casas se guarda en el *cuarto de los leones*. Allí tenía su despacho el violinista. Sobre la mesa había una carpeta, un tintero y una pluma, que, con suma frecuencia, tenía que buscar

entre las cajas de botas, que, a modo de libros, la bordeaban.

El verdadero despacho, elegante y rico, nunca quiso usarlo.

Abriendo el cajón del centro, empezó a revisar papeles, haciendo varias separaciones. Todos los objetos que allí guardaba sufrieron una minuciosa inspección. Terminada la requisa en aquel cajón, los otros dos corrieron la misma suerte.

Muchos papeles fueron rotos; algunos objetos, tirados al suelo.

Despuntaba el día cuando Alberto, dando por terminada su ocupación, retiróse a la alcoba, y, sin mirar a María, se acostó, conciliando a poco el sueño, que fué muy breve.



XI

Camino de Astorga.

Alberto salió de casa del notario, en la plaza del Progreso, después de haber convenido con él en volver a los pocos días. Eran las once de la mañana. Con reposado andar se encaminó a la Puerta del Sol, donde, en un comercio, compró algunos objetos fácilmente transportables, toda vez que los llevaba en los bolsillos. De allí se dirigió hacia su casa. María estaba en el tocador. Manolita la peinaba. Alberto, después de saludar, cogió un periódico de la mañana y se fué al comedor, para esperar, leyendo, la hora del almuerzo.

La una sonaba en el reloj de dicha habitación. María, vestida ya de calle, se presentó para almorzar. Manolita sirvió la mesa.

Hablaba ella, sin tasa, de los incidentes de la noche anterior, y, sobre todo, de los regalos. De sus orejas colgaban los solitarios de Luis.

—¿Te gustan?—preguntó la joven.

—Son bellísimos — respondió él, encogiéndose de hombros, cual si a la par se respondiese a otro pensamiento suyo.

—No te ofenderás porque no me haya puesto los tuyos, ¿verdad? Contigo tengo confianza..., y no ponerme éstos parecería un desaire.

—Has hecho muy bien... ¿Vas a salir?

—Tengo que comprar algunas cosillas, y luego ir al teatro para que traigan los regalos que dejamos anoche. No tardará en llegar la tía... ¿Por qué no vienes tú?

—Tengo que hacer—respondió Alberto, levantándose de la mesa.

Cuando tía y sobrina hubieron salido, cosa que no se hizo esperar mucho, el violinista, llamando a Manolita, dióle el encargo de conducir la ropa que él le daría al despacho, o sea al cuarto de los leones. Hecho el traslado, Alberto arrastró al centro de la habitación un viejo baúl, y se puso a preparar el equipaje.

La doncella, que miraba todos aquellos preparativos sin saber a qué se debían, preguntó tímidamente:

—¿Va usted de viaje, señorito?

—Sí.

—Pero..., ¿no hay que disponer nada? La señorita no ha dado orden ninguna.

—La señorita no sabe que me voy. Tú me harás el favor de decírselo cuando venga.

—¡Yo! ¿Pero no se despide usted?

—Ni es preciso, ni tengo tiempo... Cuando vuelva, ya no estaré aquí.

Mientras hablaban, Manolita iba entregándole las prendas que pedía, dando pruebas del gran azoramiento que la embargaba. Manolita tenía mucho cariño a su señorito, y todo aquello que

estaba pasando no le anunciaba nada bueno para él.

Listo ya el equipaje, antes de cerrar el baúl, Alberto procedió a la colocación de los diversos paquetes de papeles y objetos que hiciese la noche anterior. Unos fueron al baúl; otros, a uno de los bolsillos interiores de la americana; los menos, a la cartera que con tal objeto comprara aquella mañana en la Puerta del Sol. Repasó unos momentos en la memoria si olvidaba algo, y convencido de que todo estaba hecho, cerró el baúl y lió la manta, junto con dos bastones y un paraguas, en las correas.

Manolita, que, como ya hemos dicho, tenía mucho apego a su amo, sintió grandes comezones de preguntar, de inquirir las causas, las razones de aquel viaje tan raro, tan incomprensible para ella; pero no se atrevió. Su zozobra, que hubiese querido disipar con varias preguntas, tradújose en la mayor oficiosidad y vehemente deseo de servir a su señorito... ¡Era tan bueno!

A las cuatro próximamente, Alberto le mandó ir a buscar un mozo.

La pobre muchacha, verdaderamente emocionada, como si todo lo sucedido hasta entonces hubiera sido una broma, no pudo por menos de exclamar:

—¿De veras se va usted?

—¿No lo sabes?

—¿Y qué le voy a decir a la señora?

—Estas palabras no más: el señorito se ha ido de viaje.

Poco tardó la diligente muchacha en volver con el mozo, que pronto salió con el baúl y la manta.

Alberto, listo ya para seguirle, encarándose con Manolita, y dándole un cariñoso golpe en la mejilla, le dijo:

—Haz lo que te he dicho, y no te apures, mujer, no te apures... Eres una buena muchacha, y mereces que se te quiera... Toma estos cinco duros...

Manolita, sintiendo que las cariñosas palabras de Alberto daban al traste con su entereza, rechazó el billete con ahinco, sintiéndose a punto de llorar.

—Tómalos, y cómprate lo que quieras; te lo regalo yo... Adiós, Manolita.

Y mientras él bajaba las escaleras, ella se echaba a llorar, sin saber por qué...

La cocinera, que con un cuchillo en una mano y un besugo en la otra, se disponía a quitar a éste las escamas, al saber por su compañera lo ocurrido, manifestó su opinión de que el tal viaje le *olía mal.* A ella le gustaban los hombres muy hombres. Eso de que todo el que llamaba a la puerta era preguntando por la señora... Si ella se casara con uno que tolerase cosa semejante, le llamaría bragazas, y le mandaría a paseo. Si tanto le tiraba el Arte a la señora, *¿pa* qué se había *casao? ¿Pa* hacer el mismo caso de su marido que del gato? En una casa como Dios manda, el hombre ha de ser el hombre, y la mujer..., la mujer...

Dos mozos, llevando en grandes cestos los regalos que se dejaron en el teatro la noche antes, llegaron muy a punto de cortar el discurso. Poco después, el timbre de la escalera, sonando prolongadamente, hizo temblar a la doncella; aquel modo de llamar era el de la señora.

Ajena a cuanto pasaba, María, con gran conten-

to, ocupóse en distribuir los objetos llevados, dando a cada uno su lugar. Manolita, que no sabía por dónde entrarle al recado que debía dar a su señora, resolvióse al fin a ponerlo en su conocimiento.

Al pronto, la tiple se quedó como si no comprendiera lo que su doncella le comunicaba.

—Pero explícate, mujer. ¿Qué ha dicho, qué te ha encargado que me digas, qué recado te dió?—exclamó después súbitamente.

—Nada más, señorita; lo que acabo de decirle, y nada más... Cuando las señoras salieron, me llamó para que le ayudase a preparar el equipaje, y a cosa de las cuatro se marchó.

—¿Oye usted esto, tía?

La interpelada, haciendo dudosos movimientos de cabeza, dió la callada por respuesta.

El asombro que se dibujaba en el rostro de María denotaba el embrollo mental en que se hallaba.

«Se había ido; pero se había ido accidentalmente, para volver en plazo breve, porque otra clase de viaje, ¿por qué, ni para qué? ¿Era posible que Alberto se hubiese ido para siempre? Esa era una idea inadmisible: no había motivo para ello. ¡Si, precisamente desde el día anterior, estaba contento y amable como nunca! ¿Qué carácter, en fin, era el de aquel viaje, emprendido de un modo tan extraño, tan repentino..., sin dejar un recado explicativo, una carta...?»

Ante aquel pensamiento, con la mayor precipitación, dióse a recorrer el tocador, el gabinete y el despacho; pero buscó inútilmente: no encontró

nada. Una idea iluminó de pronto su pensamiento; en la vieja mesa de Alberto era, sin duda, donde encontraría la clave. Al entrar en el cuarto de los leones sufrió viva impresión: los tres cajones de la mesa estaban a medio cerrar; dentro de ellos, algunos papeles y objetos sin valor. En el central, una pequeña caja, y en ella, varios recuerdos insignificantes que Alberto guardaba de su época de noviazgo con María... La joven, entonces, al ver el abandono en que los había dejado, sintió una dolorosa sensación.

Cuando, verdaderamente afligida, se lamentó de ello a D.ª Rosa, ésta, con tono despectivo, respondió:

—¡Qué grosero!... ¡Cualquiera diría que en vez de mujer tiene un gato en casa!

Los tiernos sentimientos de María viéronse cortados de raíz por aquellas infames palabras.

Verdaderamente, aquella conducta no era un modelo de corrección. Ella, después de todo, de nada tenía que reprocharse, y, por lo tanto, era un deber tratarla con un poco más de miramiento. Podía levantar la cabeza sin rubor; era una mujer honrada, y el proceder de su marido era el que se seguía con una cualquiera. Lo menos que pudo hacer era decir adónde se iba..., y el porqué.

Los impulsos de su corazón hiciéronle aún reaccionar de la impresión que le causó el chorro de agua fría en que se convirtiera D.ª Rosa, y pensando que Astorga era el punto a que se había dirigido Alberto, manifestó su deseo de ir allá; pero la tía, dando al chorro de sus palabras un volumen alarmante, trató de disuadirla, pintando con los más

vivos colores la incalificable grosería del infeliz violinista. Además, era preciso meditar muy seriamente las consecuencias de aquel paso. Ir a buscarle, equivalía a echar por tierra todo lo conseguido hasta entonces; representaba la abdicación, la renuncia al teatro; era despedirse de la fortuna, del bienestar, de la nombradía, y volver a la penuria, a los vestidos antiguos, al mal comer y peor vivir, a la obscuridad.

El ardimiento de la tiple con tan horripilante descripción enfriábase de tal manera, que concluyó por dar la razón a su tía. Demostrar cariño alguno a su marido en tales circunstancias era error manifiesto. Lo cuerdo, lo prudente, lo digno, era esperar, tranquila, serenamente, el resultado de tan incalificable conducta.

Entretanto, Alberto, recostado en un ángulo del departamento de primera en que viajaba, sumíase en la más honda melancolía.

El pensamiento, febril, corría de uno a otro accidente de su vida, y con volubilidad insana, enfangábase, a lo mejor, en recuerdos completamente ajenos a su situación. Del cuarto de María, donde ésta, radiante de felicidad, se hallaba con los solitarios en la mano, absorta en su contemplación, pasaba al coro de San Ginés, y se sonreía al recordar la rechoncha figura del padre Golz, cantando una antífona. Al parar el tren y oir vocear una estación, recordaba que allí bebió agua, en uno de sus viajes a la corte, por cierto, en un vaso desportillado.

En Valladolid se apeó para ir a la fonda. La voz de «Señores viajeros, al tren», le restituyó a su de-

partamento, en el que, por fortuna, iba solo. Al través de los cristales, se obstinaba en mirar el paisaje, que las sombras de la noche envolvían sañudamente.

A veces, el pensamiento, rebelándose contra la tiranía de la voluntad, intentaba volar a ciertos lugares, para inquirir actitudes de personas antes muy queridas... ¿Qué habría hecho *ella*? ¿Fué al teatro? ¿Hizo su vida acostumbrada, o la conmoción sufrida por los acontecimientos habíala desconcertado? Pero la voluntad, excitada vigorosamente, imponíase de una manera brutal, y el pensamiento se recogía, temeroso, sobre sí mismo.

Recordó a sus amigos Pedro y Susana; a los padres, que también lo fueron suyos... Nada sabían de sus proyectos...; pero la ausencia era cuestión de días, y al regreso les pondría al corriente de todo. Ellos formaban su familia, sus afectos..., sus amores.

Los puertos de Manzanal y Fuencebadón le anunciaron la llegada a su ciudad natal..., haciéndole sentir una viva angustia. Al cabo, se hallaba en Astorga, donde reposaban los huesos de sus padres, donde rió de niño, donde lloraría de hombre. Sus ojos contemplaron, humedecidos, a la muy amada ciudad; a la que fué conquistada por Almanzor; a la que por dos veces sitiaron los franceses, tomándola, no por desfallecimiento de sus bravos defensores, que sintieron flotar sobre sí el espíritu de los numantinos, sino por falta de municiones. Allí, ante sus ojos, estaba la ciudad reconquistada por el coronel Santocildes, el mismo que antes tuviera

que pasar por la amargura de rendirla. Recordó que en el escudo de la ciudad campea una rama de roble, símbolo de la voluntad, de la energía de los moradores; recordó que por sus venas corría sangre maragata..., y lloró, pensando que había sido débil..., aunque lo fué por amor.



XII

A martillazo limpio.

El taller de D. Teodoro estaba instalado en lo que el arquitecto pensó que fuera sala del piso: una hermosa habitación con dos rejas a la calle. En uno de los testeros había adosado un banco de carpintero; entre las dos ventanas, y clavado en la pared, con la firmeza que Pedro clavaba las cosas, un cajón-armario, conteniendo toda clase de herramental adecuado a la profesión. En los ángulos del taller, tablones para clavijeros y otros oficios. Sobre uno de aquéllos, colocados horizontalmente a lo largo de uno de los lienzos de la sala, a modo de estante, veíanse fieltros y paños de todas clases y colores, para el forrado de macillos y demás piezas de los pianos. Dos había en el taller: uno, reparado ya, sólo aguardaba que lo barnizasen, para ser entregado; el otro, tendido en el centro de la habitación sobre dos pies de madera, semejaba a un enfermo que, sobre la cama de operaciones, aguardase al cirujano. Este, o sea Pedro, sentado sobre él, disponíase a empezar el acto. Vistiendo un viejo pantalón y una camisa sin cuello ni puños, reman-

gábase pausadamente las mangas. A su lado tenía un pesado martillo y un afilado formón.

Don Teodoro, sentado ante un banco, apomazaba concienzudamente los macillos de una máquina, que se alineaban frente a él.

Junto a una de las ventanas, D.ª Teresa y Susana cosían. Las dos mujeres, fuera por querencia al taller, o por no abrir el gabinete contiguo, limpio y aseado desde muy temprano, tenían por costumbre llevar a cabo aquella tarea en el lugar indicado.

Embebidos en sus respectivas ocupaciones, todos callaban. Pedro, el gramático, el humorista, el filósofo, parecía meditar sobre algún arduo problema sociológico. Cuando terminó de recoger las mangas de la camisa, requirió formón y martillo y se puso en pie.

El padre, que, de un momento a otro, esperaba el ruido de los martillazos, extrañado de que no empezara, volvióse preguntando:

—¿A qué aguardas?

—Ya voy, papá; ya voy... ¡Qué prisa de que empiece la obra de destrucción!

Madre e hija, acostumbradas a los pujos filosóficos del joven, miráronse sonrientes y cambiaron algunas palabras, en voz baja.

—¿Ya te acometió la filosofía? Siempre que tienes trabajo, te pasa lo mismo—dijo D. Teodoro, reanudando el suyo.

—¡Ya salió la filosofía! ¿Qué tendrá que ver la filosofía con la destrucción de un piano? Lo que yo digo es que tus palabras, papá, simbolizan el anhelo de destruir que siente la Humanidad.

—Yo no sé qué es lo que siente la Humanidad,

hijo; pero lo que sí te puedo decir es que si los pianos no se destruyesen, nos moriríamos de hambre tú, yo... y la familia entera.

—El materialismo, señor; siempre el materialismo... ¡Qué más dará un piano que un hombre!

—Por eso los hombres se destruyen unos a otros... Esto no hace falta ser filósofo para saberlo.

—Porque los hombres no conocen las doctrinas *panteístas*, y, de entre ellas, el *emanantismo*. Si las conocieran, sabrían que todo emana de Dios, y que, por lo tanto, todo debe respetarse.

—Eso es, de emanar... *emanantismo*. ¿Ves qué bien tomo tus lecciones de Gramática?—dijo Susanita.

—Si lo toman ustedes a broma, ¿para qué voy a seguir?

—Sí, no sigas, hijo, no sigas..., y empieza con el clavijero...

Apoyando el filo del formón sobre el canto superior de la pieza de madera, Pedro asestó un formidable martillazo, y una astilla saltó por el aire.

—Así es la vida—dijo viéndola volar—: está uno tan descuidado, viene cualquiera por detrás, le pone el filo de un formón en los riñones, atiza un martillazo, y lo parte por la mitad...

Viendo que sus filosóficas reflexiones no obtenían respuesta alguna, hizo un gesto de resignación y continuó la obra empezada.

Durante un buen rato, sólo se escuchó en el taller el ruido del martillo golpeando sobre el mango del formón. Los golpes cesaron de pronto. D.ª Teresa acudió presurosa al ver que su hijo se soplaba un dedo con gesto de dolor. La cosa no era de im-

portancia: el martillo había rozado el dedo índice de la mano izquierda.

—No es nada, no es nada—dijo él, empuñando nuevamente las herramientas.

—¡Qué representa un martillazo para un filósofo!—añadió Susana.

La madre detuvo a Pedro, que se disponía a propinarle a la muchacha una zarabanda filosófica de las que acostumbraba.

—Deja en paz a tu hermana...

La interesada, que ya había dejado a un lado la costura para ponerse a salvo, volvió a cogerla en cuanto vió que su hermano se preparaba a continuar el trabajo.

Enardecido por el golpe, Pedro la emprendió a martillazo limpio con el clavijero. El formón entraba en él como un ariete, y la obra de destrucción avanzó rápidamente. De tal modo golpeaba, que madre e hija, de una manera disimulada, fueron corriendo sus sillas a la mayor distancia posible, y el padre tuvo que recordarle que no estaba solo en el taller.

La campanilla de la puerta de la escalera suspendió el trabajo de todos, con su sonido. Susana, dejando prestamente la costura, acudió a su llamada. En previsión de que la fámula no tomase bien los avisos para las afinaciones, ella era, casi siempre, la encargada de abrir la puerta. A poco tornó al taller, llevando una carta que había recibido de manos de un chico del Continental, para Pedro.

—Es de Alberto—dijo, haciendo entrega de ella a su destinatario.

Sentándose sobre el piano, Pedro abrió la carta

y se puso a leerla. La misiva no pasaba de la primera carilla, y, sin embargo, ni apartaba la vista de ella, ni decía palabra. Mirábanle todos, esperando noticias del contenido; pero él seguía callado. Por fin, echando los pies por alto para apoyarlos en el piano, de modo que las piernas formaran un ángulo muy agudo, y descansando ambos brazos sobre las rodillas, habló:

—¡No lo entiendo!

—¿Hay algún dativo mal puesto?—preguntó Susana.

La madre, con un expresivo gesto, le indicó que se callara, y, a su vez, preguntó:

—¿Qué te dice Alberto?

—¿Qué dice? Pues dice lo siguiente:

«Querido Pedro: Acabo de llegar a Madrid, y estoy alojado en la Fonda Palentina, calle de la Montera, donde te espero cuanto antes. Te abraza, *Alberto*.»

Eso es todo lo que dice. ¿Lo entendéis vosotros? ¿No? ¡Pues yo tampoco!

Los cuatro personajes callaron, cual si meditasen buscando una interpretación a la concisa carta.

Todos convinieron en que algo grave debía pasarle al chico, según le llamaban, conservando la costumbre de cuando era niño, D. Teodoro y doña Teresa. Desde que no le veían, tiempo sobrado había para ello. Ni los padres ni Susana frecuentaban desde largo tiempo la casa de Alberto, por la sencilla razón de que a María, con su nueva vida, no se la encontraba nunca en ella; Pedro, por su parte, dejaba, discretamente, a su amigo en libertad de

verle cuando quería..., y Alberto, desde el début de su mujer, era bastante huraño y retraído. No era posible formar juicio sobre el contenido de la misiva. No obstante, en el pensamiento de los cuatro rebullía la misma idea:—«¿Se habrían separado?» Hacía tiempo que esperaban este suceso, y si alguna duda abrigaban sobre su realización, era recordando el mucho amor de Alberto por María.

Don Teodoro puso fin a las dudas y vacilaciones de la familia. Lo procedente, por el pronto, era que Pedro se vistiese en el acto y fuera en busca de Alberto, y, a ser posible, que se lo trajera para almorzar con ellos...

Un cuarto de hora después, el simpático muchacho echábase a la calle, en demanda de la Fonda Palentina, cuyo emplazamiento creía recordar...

Alberto, efectivamente, acababa de llegar a Madrid cuando escribió la carta recibida por su amigo.

Quince días le bastaron para evacuar sus asuntos en Astorga: la venta de la casa y las tierras heredadas de sus padres. El nombre de Alberto Galván fué borrado en el Registro de la Propiedad de Astorga. Gran disgusto le habían causado las susodichas ventas, pero no le quedaba otro recurso. Viviendo en Madrid, el cobro de las rentas era muy difícil. Si no hubiese estado hecho al sufrimiento, la firma de las escrituras de venta le habría costado una enfermedad. Su intensa amargura, reconcentrada en el corazón, iba, con todo, produciendo en el violinista una tensión nerviosa muy alar mante.

Terminado el asunto de las ventas, y encargada una vieja señora, gran amiga de la familia, de cuidar

las sepulturas de D.ª Guadalupe y su marido, mediante un modesto estipendio que le sería enviado mensualmente, Alberto salió de Astorga transido de dolor.

Al llegar a Madrid, ordenó al cochero que, desde la estación, le llevara a casa del notario, en la plaza del Progreso. El anciano funcionario, saludándole afablemente, calóse las áureas antiparras, y cogiendo un pliego de papel sellado que sobre su mesa estaba, con voz gruesa y reposada leyó el poder que Alberto otorgaba a favor de María, para que pudiera contratar y administrarse, sin necesidad de su marido. El documento era tan amplio como precisaba.

—Creo que hace usted lo que debe—dijo el notario, al terminar la lectura, entregando el pliego a su cliente.

Éste, sorprendido por aquella afirmación del viejo señor, interrogóle con la mirada. El notario, cogiendo un diario de la mañana, buscó unos instantes en sus columnas, y después, doblándolo convenientemente, a la par que apuntaba con un dedo el sitio donde leer debía, se lo alargó al poderdante.

Los ojos de Alberto devoraron ávidamente la siguiente escueta noticia:

Se asegura que una hermosa artista, cuyos primeros y ruidosos triunfos están aún muy recientes, sufre, desde hace algunos días, la terrible amargura de verse abandonada por una persona muy allegada a ella. ¿Es drama? ¿Es sainete? ¿Hay celos de por medio, o es sólo una simple consecuencia de la vida? Nada podemos

afirmar por hoy, limitándonos a compadecer a la eminente artista.

—¡Cuántas infamias se dicen!

—Son más las que se callan. Puede usted creerme, a fe de notario.

Alberto bajó las escaleras, poseído de la mayor cólera. Él y su mujer andaban ya en boca de las gentes. Sus asuntos eran del dominio público. Todo el mundo tenía derecho a inmiscuirse en su vida privada. Cada cual formularía su juicio sobre el caso... Ella resultaría una víctima... «¡El marido, seguramente, era un sinvergüenza, que pretendía vivir a su costa!...»

Alberto supo reprimir su iracundia. Venía haciéndolo de muy antiguo, y no era cosa de echarlo todo a rodar, cuando tan próximo se encontraba al fin.

El coche le llevó al Continental. Allí escribió a Pedro, primero, y después a María. Uno de los párrafos de la segunda carta decía así:

«Las leyes me dan medios de imponerte mi voluntad; pero ya sabes que mi carácter es enemigo de la violencia. En ti busqué el amor de una mujer, no la pasividad de una esclava. Nuestra unión fué un error, y los errores deben subsanarse, en lo posible. Por fortuna, uno de los lazos que podían dificultarlo no existe. Dios, infinitamente más sabio que nosotros, no quiso darnos hijos... ¡Bendito sea por ello! Convencido de que nunca me tuviste amor, con el adjunto documento te devuelvo toda la libertad que los hombres, no sé si sabios o torpes, me permiten. No quiero ser obstáculo a tu fortuna y a

tus ensueños. Sé feliz. El único y último ruego que he de hacerte es que olvides que fuí tu marido, como yo olvido que fuiste mi mujer.—*Alberto.*»

La mano del violinista tembló ligeramente al firmar la carta. Vaciló un momento, pero, al fin, con ademán resuelto, la metió con el poder en un sobre, y junta con la de Pedro, la entregó en la ventanilla correspondiente.

Momentos después se apeaba del coche en la puerta de la fonda.

Apenas instalado en la habitación que le fué destinada, transportado a ella el equipaje y cerrada la puerta al salir el mozo, Alberto se dejó caer sobre una butaca, llorando como un niño. ¡Si sus padres le hubieran podido ver! La brutal sensación de soledad que recibiese al penetrar en aquel cuarto frío, mudo, falto del calor femenino, sin vida ni expresión, determinó la sacudida que sembró la anarquía en sus nervios tanto tiempo contenidos. La rebelión fué brutal. Acometido de un temblor convulsivo, se sintió abrasado por la fiebre. Quiso levantarse, y las piernas se negaron a sostenerle. La tremenda vibración de sus nervios, cual si tomaran venganza de la opresión sufrida durante largo tiempo, le aniquilaba por momentos. Una angustia infinita, subiéndole del pecho a la garganta, le ahogaba... Se sintió morir...



XIII

Susana.

Entreabriendo con suma precaución la puerta de la alcoba, Susana escuchó atentamente durante unos segundos. Volvió a cerrar con idénticos cuidados y se alejó pausadamente, yendo a encontrar a su madre, que con la mirada interrogó.

—Sigue durmiendo—dijo la joven.

Doña Teresa, sentada ante la mesa del comedor, repasaba ropa blanca. Junto a su madre tomó asiento Susanita, continuando la labor suspendida para ir a ver si Alberto descansaba. El elemento varonil de la casa aun no había llegado a cenar. Las dos mujeres permanecían silenciosas. Sus rostros reflejaban preocupación, disgusto.

El violinista había sido trasladado a la casa aquella misma mañana. Cuando Pedro, al llegar a la Fonda Palentina, se encontró con su amigo en la forma que nosotros le dejamos, no vaciló un momento en tomar aquella resolución. Estaba seguro de interpretar fielmente el deseo de sus padres, y, en su consecuencia, mandando a un criado de la fonda a buscar un coche, quieras que no, se llevó a su amigo.

Por nada del mundo lo hubiese dejado en aquel tétrico cuarto.

El genio organizador de Susana se encargó de lo demás. Faltaba habitación, mas ella supo encontrarla. Una bien estudiada mudanza de muebles y personas dió por resultado la aparición, en la parte interior de la casa, de una pequeña alcoba con una ventana, por donde entraba el sol hasta una cama de hierro limpiamente aderezada. Una mesita de noche, un aguamanil, una percha y dos sillas completaban el ajuar. Allí fué instalado Alberto, que se acostó inmediatamente después de su llegada.

La calentura que sufría era tan intensa, que en algunos momentos se inició el delirio. Violentas sacudidas agitaban su cuerpo, y en su extraviado mirar no se advertía el menor vestigio de inteligencia.

El médico llegó a calmar la viva inquietud de aquella familia. Todo se reducía a una crisis nerviosa muy aguda, que con un poco de cuidado confiaba dominar pronto. Era indudable que el joven había sufrido conmociones intensísimas, graves disgustos, que le causaron aquella violenta excitación.

Susana se hizo cargo de la receta formulada por el galeno, y cuidó de suministrar al enfermo las cucharadas prescritas.

Todo se hizo en aquella casa sin trastornos, sin azoramientos, sin grandes dificultades, gracias a la propiedad de aquella niña, de hacer las cosas sin que, al parecer, hiciese nada. La dulzura y suavidad de su carácter se reflejaban en sus actos. Sin embargo, dentro de aquellas cualidades que parecieran propias de un ser tímido y medroso, se ocultaba una energía que nadie, a no conocerla a fondo, podría

sospechar. No se enfadaba nunca, y sus enfados eran terribles: éstos se traducían en un mutismo obstinado. A nada decía que no, y sus «síes» tenían significados muy distintos, según eran alegres y espontáneos, o largos y meditados. Pedro decía de su hermana, que de puro buena, *daba rabia*. Pero es lo cierto que, de este modo, Susana era el tirano de la familia y de todos hacía lo que quería. La dulzura siempre fué dueña y señora de las voluntades.

Por los cuidados, D.ª Teresa ignoraba que tuviese un hijo: Susanita, que adoraba a su hermano, cuidaba de él como de un niño pequeño. Y no se crea que la cosa era sencilla, ni mucho menos, porque Pedro descuidaba su persona de una manera tan filosófica, que jamás se le ocurrió pedir que le cosieran un botón cuando se le caía.

La quietud y reposo del cuerpo contrastaban con la vivacidad del espíritu: éste iba de un quehacer a otro con rapidez suma; con frecuencia se la veía dejar un menester para atender a otro más urgente, volviendo en seguida al primero.

También tenía sus defectillos, si es que defectos puede llamarse a lo que no eran sino bellos complementos de su persona. Gustaba de vestir bien; no le hacía ascos al teatro, ni desdeñaba un paseo; no hacía repulgos a un buen concierto, ni rechazaba un peseíto en coche; tampoco ponía mala cara cuando D. Teodoro, con las manos en los bolsillos del pantalón, la cabeza entre los hombros y aire de calavera, se expresaba de este modo:

—Vaya, hoy no se enciende lumbre en esta casa; el cuerpo me pide juerga, y ahora mismo nos vamos todos a cenar al café.

El calavera, las más de las veces, hacía esto por complacer a su mujer y a su hija. Puesto que el trabajo daba para ello, ¿por qué no?

Hay que hacer constar que la carencia de alguno de estos *vicios* no le causaba pesadumbre ni contrariedad.

Muchas veces, cuando al solicitar de Pedro un caprichito, aquél alegaba su falta de numerario, ella, abriendo su alcancía, le acordaba un empréstito. Estas operaciones bursátiles, por lo mismo que eran sin interés, se lo producían enorme. Muchas veces, al repasar su caudal, ella misma se asombraba de su acrecentamiento, debido a los misteriosos depósitos de Pedro y de sus padres.

A cosa de las nueve y media llegaron D. Teodoro y su hijo. Por parte de ambos hubo preguntas y consultas sobre el estado de Alberto, que, a juzgar por las trazas, mejoraba visiblemente.

Sentáronse a cenar. Hablaron poco, procurando no meter ruido, toda vez que el cuarto del enfermo estaba muy próximo. La desgana era general, y el disgusto, también. Susana apenas probó la cena y no era la que menos preocupación demostraba.

Al terminar, fueron todos al cuarto de Alberto. Éste seguía amodorrado. D.ª Teresa, poniéndole una mano sobre la frente, hizo saber que la calentura era menor. D. Teodoro, haciendo la misma operación, asintió con la cabeza.

Aunque era la hora del caldo, se convino en que el descanso le alimentaría mucho más, y que, por lo tanto, era conveniente dejarle reposar. Ya en el comedor, se habló con más libertad del estado de

Alberto. Era indudable que se hallaba mucho más tranquilo.

Don Teodoro se quedó en el comedor leyendo *La Correspondencia;* D.ª Teresa fué en derechura a la cocina, y Pedro, que no salía aquella noche, encaminóse al taller para acabar el arreglo de los macillos que su padre empezó por la mañana. Corría prisa entregar aquella máquina, y su propósito era trabajar hasta hora muy avanzada. De este modo velaría también al amigo, y los demás se podrían acostar. Su hermana, sentada de media anqueta en una silla del comedor, con una mano apoyada en el asiento y la otra sobre el regazo, parecía absorbida por alguna intrincada idea.

Por dos veces dejó el padre la lectura para mirarla; pero, atribuyendo aquel estado al disgusto que todos sufrían, nada le dijo.

Preocupada, y mucho, se hallaba Susanita. Desde aquella tarde que concibiese el propósito, éste no la dejaba sosegar. Su instinto no le ocultaba los muchos inconvenientes que presentaba su realización; pero ya hemos dicho que la voluntad de la joven era de una gran tenacidad; de esa tenacidad femenina que los obstáculos hacen crecer hasta llegar a la abnegación, al sacrificio. Por último, no hallándose con fuerzas suficientes para resolver por sí sola sobre la oportunidad de la idea, encaminóse al taller, en busca del apoyo y consejo de su hermano.

Sentado ante el banco, Pedro pasaba la piedra pómez por el fieltro de un macillo, suavizándolo hasta dejarlo perfectamente liso.

Arrastrando una silla, la joven fué a sentarse a

su lado; quitóle el mazo de entre las manos y lo dejó cuidadosamente sobre el banco.

Sorprendido por aquel misterioso proceder desu hermana, Pedro se quedó mirándola con curiosidad.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Vengo a consultarte una cosa.

—¡Hola! ¿Recurres a mi filosofía?

—Calla, tonto; no es tu filosofía lo que quiero, sino un consejo.

—¿Un consejo, tú que a todos los das?... Bien..., bien... ¿Y qué es ello?—dijo Pedro, arrellanándose en la silla con aires de suficiencia.

—Escúchame con seriedad.

—Habla, chiquilla, habla.

—¿No te ha causado gran impresión el estado de Alberto?

—¡Vaya una pregunta!

—¿No es verdad que la causa es el cariño tan grande que tiene a María?

—Indudablemente que ésa es la base; pero...

—¿Pero qué...?

—No sé qué decirte. Los disgustos que han tenido,.., el diferente modo de pensar..., la...

—Todo eso no es otra cosa que el cariño.

—Bien, sí; pero... ¿A qué viene ahora...?

—Pedro—dijo Susana con tono resuelto—, nosotros no querríamos a Alberto como a un hermano, si no hiciéramos algo por él.

—¿Qué podemos intentar?

—Hablar con María; tratar de volverla a la razón..., unirlos...

Pedro, rascándose la cabeza cual si comido de liendres se viera, tardó un buen rato en contestar.

—¿Tú crees que conseguiríamos algo?

—¡Quién sabe...!

—Yo creo que no; pero la idea es digna de ti..., y no me atrevo a rechazarla en absoluto. ¿Qué quieres? ¿Que vaya yo a verla?

—No, no—se apresuró a decir Susana—; vosotros, los hombres, no servís para estas cosas. Mira: mañana, a las once, he de salir con la chica a comprar una tela que necesita mamá; sin que papá ni ella sepan nada, puedo subir yo.

Aun puso algunos inconvenientes Pedro; mas, ante la insistencia de su hermana, concluyó por aplaudir la idea. Después de todo, no era ningún paso peligroso: una conversación entre dos amigas, y... nada más. ¿Qué se arriesgaba en ello? Y su hermana tenía razón; ella podría obtener mejores resultados de la entrevista. El carácter de la mujer es mucho más dúctil, más adaptable a ciertos medios, más susceptible de atemperarse a las circunstancias con una blandura que no es dable al carácter del hombre. A la menor intemperancia de María, él estaba seguro de echar a rodar la conferencia; y, dada su índole, era preciso que la persona encargada de celebrarla gozase del mayor dominio sobre su temperamento.

Quedó, pues, convenido entre los hermanos, que la visita se haría conforme a los deseos de Susana.

Contenta de haber obtenido la aprobación buscada, desde aquel momento empezó a torturar su imaginación para trazarse un camino en la conversación que había de sostener con su amiga.

A media noche, todos, menos Pedro, que trabajaba, dormían.

Susanita, alentando las mayores esperanzas, confiando en lo justo de la causa, se durmió segura de volver la paz y la calma a su amigo de la niñez, al que tantas veces participara de sus juegos, al que tan tiernamente amase...

Su hermano suspendía a veces el trabajo para meditar sobre el pro y el contra del proyecto de su hermana, y dudaba de su eficacia...



XIV

Susana y María.

Susana fué introducida por la doncella en el pequeño salón contiguo al gabinete de María, en tanto que su acompañante, la criada, quedó esperando en el recibimiento.

La tiple se bañaba en aquellos instantes y, por conducto de Manolita, rogó a Susana que la dispensara unos momentos.

Medio cerradas las maderas de los dos balcones del salón, sólo estaba iluminado por la luz que llegaba del gabinete. Manolita quiso abrirlas, pero la joven no lo consintió; en aquella penumbra se encontraba con más valor.

Salió la doncella, cerrando la puerta, y Susana quedó a solas con sus dudas sobre el recibimiento que le haría su amiga. La curiosidad, sobreponiéndose a sus temores, hízole entregarse a una investigación de todo cuanto la rodeaba; investigación superficial, a causa de la poca luz. Muebles caros y de relativo buen gusto; cuadros vistosos, pero de escaso valor y mérito; estatuillas, un magnífico tibor en el centro del salón y, pendiendo del te-

cho, sobre él, un lujoso aparato de luz eléctrica; tapices en el suelo y en las puertas; cortinas en los balcones; una sillería de seda amarilla, haciendo juego con las cortinas; una vitrina con algunos abanicos antiguos y objetos de arte; un piano con varias figuritas y un doble busto en bronce, de hombre y mujer dándose un beso. En suma: una habitación bien amueblada, pero sin particularidad alguna que atrajese la atención de Susana. En general, sobre aquellos muebles y adornos faltaba el ambiente del arte y del buen gusto.

Los ojos de la joven se fijaron en el gabinete. Era la segunda vez que entraba en aquella casa; lo conocía, pero ahora ya no era el gabinete de una señora particular, era el cuarto íntimo de una artista. ¿Qué variaciones habría sufrido? El misterioso encanto de lo desconocido ejerció su influjo sobre la joven, subyugando su atención. El tapiz estaba corrido. Desde su asiento pudo contemplar una parte de su recinto. Lo primero que atrajo sus miradas fué el tocador, primorosa obra de ebanistería, con gran luna biselada. Cubierto el tablero por blanco paño adornado de encajes, sobre éste se veía un pequeño espejo con marco de plata, artísticamente bocelado, y en torno, varios botes y tarros de cristal, con tapas también de plata. En la repisa del espejo, pomos de esencias, cajas de polvos, estuches y pequeños frascos y pulverizadores.

Aun temerosa de ser sorprendida, Susana se acercó a la puerta para examinar la habitación por entero. Su femenil curiosidad fué absorbida instantáneamente por el desorden allí reinante. Algunos trajes aparecían tirados sobre las sillas; un abrigo,

en el respaldo de una butaca; dos sombreros, varias prendas íntimas de gran riqueza; en el suelo, un par de botas de tafilete y otro de zapatos de charol... En la alcoba, la cama, no había más que una, y estaba sin hacer. María debió levantarse muy poco antes. En la cálida atmósfera, aun no renovada, de aquellas habitaciones, se respiraban los perfumes que se desprendían de las ropas esparcidas en el gabinete, junto con la fragancia de un cuerpo sano y joven admirablemente cuidado.

El rumor de unas voces que se aproximaban llegó a sacar a Susana de su absorta actitud. Rápidamente volvió a ocupar su asiento y se dispuso a la lucha.

Sujetando con ambas manos la desabrochada bata, María apareció en el salón por la puerta del gabinete. Se presentaba de aquel modo, por no hacerla esperar más tiempo...

Después de saludarse afectuosamente, la tiple quiso abrir las maderas de los balcones, pero, nuevamente, Susana lo impidió. María hubo de acceder, disculpando su condescendencia con el deseo de que no la viera *tan facha*.

La conversación se presentó difícil y premiosa, falta de espontaneidad. María no lograba adivinar la causa de la visita de su amiga, y ésta torturaba inútilmente su imaginación buscando palabras para entrar en materia.

Presintiendo que la visita de Susana estaba relacionada con Alberto, la tiple empezó a mostrarse menos franca y comunicativa.

Agotados los mil fútiles y triviales motivos que pueden servir, entre mujeres, para entablar conver-

sación, ésta decayó visiblemente, sufriendo intermisiones que causaban gran azoramiento a Susana. Uno de los más prolongados silencios se inició haciendo comprender a las dos amigas la precisión de terminar o, mejor aún, de empezar de una vez.

Resuelta a ello, María, con indiferente sonrisa y marcada intención, rompió el fuego:

—¿Y a qué debo el placer de tu visita..., después de tanto tiempo?

—Ya sabes el porqué de no venir... Tu nueva vida nos impedía encontrarte en casa.

—Y por eso has venido hoy por la mañana... Debe ser una causa que te interese mucho la que te ha hecho buscar hora de encontrarme.

—Mucho me interesa a mí, es cierto; pero creo que aun más debe interesarte a ti.

—¿Sí?... ¿De qué se trata?

—De tu marido... ¡Demasiado debes comprenderlo!

—¡Ah, de mi marido! ¡Es una noticia estupenda la que me das! ¡De mi marido!... Pero ¿tú no sabes que yo no tengo marido?, y, sin embargo, siendo su embajadora, deberías saberlo perfectamente.

Susana, sintiéndose invadida por una gran emoción, en aquel momento en que se daba cuenta de las verdaderas dificultades que presentaba su embajada por la actitud de María, volvióse rápidamente hacia ella, y cogiéndole ambas manos, con voz suplicante y cariñosa, dijo así:

—Es inútil que me hables en ese tono. Fuimos, somos amigas y como tales debemos tratarnos, no con las reservas y prevenciones de dos enemigas. Yo vengo a llamar a las puertas de tu corazón; ven-

go a suplicarte, a rogarte que pienses, que recapacites sobre la situación creada entre tú y Alberto...

—¡Creada por él!

—Bien, sí, creada por él; pero a consecuencia de tu proceder... No, no te enfades; escúchame con calma. Alberto te ama locamente, lo sabes mejor que yo; Alberto pensó en crear a tu lado un hogar feliz, orgulloso de tenerte por esposa, considerándose el hombre más feliz del mundo al ser tu dueño; celoso de tu hermosura, que estimaba, seguramente, más que todos los tesoros de la tierra. Todo le parecía poco para ti, y por tu amor accedió a tus deseos...

—Para luego amargar mi vida hasta lo infinito.

—¿Cómo querías que se resignara a la constante admiración y obsequiosidad de que eres objeto en el teatro? Amándole, ¿cómo puedes tú misma someterte a ella?

—Porque es menos costoso que someterse a las privaciones... ¡No he nacido para ellas!

—Podíais haber sido completamente felices, si...

—Si yo hubiese amado a mi marido, ¿no es cierto? Si no me importa que lo digas. Para vosotros, el amor es la resignación, y como yo no me resigno, sé que me juzgáis muy mala...

—No; tú no eres mala—dijo Susana tratando de eludir aquel terreno, en el que ella no podía contender—; tú eres buena, y por eso vengo a ti, no para discutir de lo que yo no entiendo, sino para decirte: Alberto está enfermo, ven a su lado, María... Tu presencia le hará mucho bien...

—No me equivocaba al suponer que estaría con

vosotros—respondió la tiple, sin que la declaración de Susana le causara zozobra.

—¿Y por qué no? ¿Ibamos a dejarle morir en el cuarto de una fonda? ¿Olvidas que pasó muchos años de su niñez a nuestro lado?

—No lo olvido, y por eso su enfermedad, de la que no creo me hagas responsable, me alarma poco. Con vosotros estará muy bien... y tú le cuidarás mejor que yo... ¿Verdad?

La ironía de aquellas palabras causó en Susana un estado de inquietud indefinible. Su rostro se puso encendido como un ascua y en el pecho sintió una angustia mortal.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque pienso que pones mucho calor en pro de la causa de tu amigo...

—¡De mi amigo! ¿Y por qué no dices de Alberto..., de tu marido?

—Es igual. ¿No lo sois? Lo que no comprendo es que, después de escribirme la carta de ayer, te envíe hoy de embajadora, y menos aún, que tú hayas aceptado ese papel de sacrificio...

Los ojos de María brillaron con el fatídico resplandor del odio. La mujer demonio se asomaba a ellos para desafiar a Susana. Ésta, poniéndose en pie, y separándose de ella cual si temiera algún ignorado peligro, respondió con voz temblorosa:

—No te comprendo, ni sé que en mi proceder haya sacrificio alguno... Sólo te diré que no es Alberto quien me envía; él no sabe nada.

—¡Ah, vamos; el sacrificio es voluntario! Es el sacrificio que permanece en el misterio... hasta que la Providencia lo descubre y causa la admiración y

la gratitud de quien lo inspiró... Es muy poético..., y siento ser un obstáculo para ti...

Al gustar el veneno que encerraban aquellas palabras, Susana sintió en su ser un vigoroso impulso que le daba fuerzas para erguirse noble, altiva y arrogante. La excelsitud de su alma, herida de lleno por la luz infernal que la perfidia de María arrojase sobre ella, sufrió una dolorosa sacudida. Misteriosos velos, rasgándose en su mente, permitiéronle contemplar los obscuros y múltiples entresijos del pensamiento humano. Aquella mujer, en un minuto, había hecho trizas el infantil candor de la joven, enseñándole de la vida mucho más que esta misma pudiera mostrarle en su transcurso.

Pasando del encendido rubor a la palidez más intensa, Susana, transformada hasta lo más hondo de su corazón, arrojando lejos de sí cuanto de inocencia pudiese quedar en su ser, con voz firme, con acento sereno, devolvió a María sus infames palabras:

—Alberto es demasiado caballero, y yo más honrada de lo que tú eres capaz de suponer, para que puedas ser un obstáculo... Ahora comprendo que te haya abandonado: no eres, como yo creía, mujer que merezca un hombre como él...

Y sin aguardar respuesta, salió al recibimiento, y de allí, con la criada, a la escalera.

María no se movió del sitio en que estaba. Las dignas palabras de Susana habíanla desconcertado. Largo rato permaneció reflexionando. Manolita entró a preguntar si se podían arreglar las habitaciones de la señora. La tiple, por toda respuesta, se encogió de hombros, y tomando los periódicos de la

mañana, que la doncella le alargaba, se puso a hojearlos con la mayor indolencia. Alguna vez, suspendiendo la lectura, quedaba pensativa.

Susana, seguida trabajosamente por la criada, corría hacia su casa. El llanto pugnaba por salir a sus ojos, y tenía que hacer esfuerzos inconcebibles para contenerlo. No era posible que la viesen en aquel estado. Al llegar a la Puerta del Sol, contuvo el rápido paso que llevaba y caminó con más calma, deteniéndose en varios escaparates, para dar lugar a que su rostro recobrase un poco el sosiego.

La asombrada sirvienta atrevíase a formular alguna que otra pregunta; mas ella no contestaba a ninguna. La confusión que la dominaba le impedía fijar los trazos de la pasada escena. Las perversas palabras de María, con machaqueo constante, sonaban en sus oídos, aturdiéndola e incapacitándola para discernir. En el fondo de su alma se arrepentía de haber dado aquel paso, atendiendo a los nobles y bellos impulsos de su corazón de niña. La transformación que su ser empezó a sufrir momentos antes sentíala aumentar progresivamente, haciendo de ella una mujer completamente distinta. Al pensar en Alberto, se avergonzaba. ¿No podría él mismo creer también que su cariño, que sus atenciones tuviesen otra base que la confianza y el fraternal cariño que desde niños les unían? Susana se apenó profundamente al caer en la cuenta de que ni ella ni Alberto lo eran ya; de que la maledicencia humana podría, como su amiga, pensar malvadamente.

Cerca ya de su casa, procuró componer lo más posible su atribulado semblante.

Al entrar en el portal, recordó que nada había

dicho a la criada del silencio que de la visita efectuada debía guardar, y subsanó el olvido. Entonces sí que estaba segura que sus padres reprobarían aquella ingerencia en asuntos que no le competían; entonces comprendió las dudas y vacilaciones de su hermano para aprobar el proyecto... ¡Cuánto hubiese dado ella por no haberlo realizado!

Abierta la puerta con el llavín que la criada llevaba, Susana sintió sobre sí la blanda caricia del puro ambiente de su casa.



XV

Las dudas de Susana.

El cansancio producido por la rapidez de su marcha fué la explicación que la joven dió del sofoco que aun conservaba en el rostro, y de su prisa en sentarse. La respiración fué normalizándose, y el matiz del semblante, adquiriendo la coloración acostumbrada.

Doña Teresa, mientras examinaba la tela adquirida por su hija antes de la visita, reprendíala por su inveterada aversión a usar los tranvías.

Al sentir a su hermana, salió Pedro del taller, esperando ocasión de poder informarse de los detalles de la entrevista, ya que del resultado final le diese cuenta con un negativo signo de cabeza y una expresiva mirada.

Terminados los comentarios sobre la bondad y el aprecio de la tela, Susana entró en el cuarto de Alberto, donde su padre se hallaba haciendo compañía al enfermo. Éste dejaba de serlo por momentos. La calentura había remitido casi por completo, y los nervios recobraban la quietud debida. Su aspecto era altamente satisfactorio. La impresión de

verse en aquella casa, donde pasara días muy felices de su niñez, entre personas que le consideraban como uno más de la familia, fué un sedante tan poderoso para sus nervios, que parecía nacer a una nueva vida. El recuerdo de tiempos pasados borraba de su memoria los muy amargos que tan recientemente pasara.

El quebrantamiento moral que dió lugar a la crisis sufrida habíale dejado rendido. Las sensaciones de su corazón carecían del vigor propio de la proximidad de los sucesos, y en vez de sentir el agudo y punzante dolor de las heridas recientes, sólo experimentaba la suave contracción que origina el recuerdo de angustias lejanas. La imagen de su mujer causábale una triste sonrisa, que pronto se esfumaba en sus labios. Alberto despertaba de una horrible pesadilla, de un angustioso sueño, y ante la realidad del nuevo estado, saboreaba un bienestar infinito. Condenado injustamente, no podía ocultar el gozo que le causaba su evasión de la cárcel, la libertad adquirida. Lo que no lograba explicarse era aquella regresión tan rápida de su amor hacia María. Él, que sólo con nombrarla evocaba la felicidad; él, que no comprendiese la vida sin ella, la recordaba ahora con dolorosa indiferencia, con manifiesta pasividad espiritual, habiendo momentos en que creía que su casamiento fué una pesadilla...

Con afán procuraba apartar de sí aquellas ideas que, eslabonadas unas a otras, podrían reavivar recuerdos funestos.

Al entrar Susana en el cuarto, la cara del que ya podremos llamar convaleciente demostró gran alegría.

—¡Aquí tienes a tu enfermera!—dijo D. Teodoro, acariciando a su hija.

Sorprendida por la afirmación del padre, la joven quedó mirándolos, sin comprender.

—Ya sé que durante el día ayer fuiste para mí una verdadera hermana de la caridad, y tenía muchos deseos de verte para darte las gracias.

—Vaya, y qué político has salido de tu dolencia... ¿Desde cuándo se usan entre nosotros tales cumplidos? ¡Ya se conoce que no somos los mismos para ti!

—Desde que te fuiste a comprar la tela, está preguntando por ti—interrumpió D.ª Teresa, que, con Pedro, entró en la habitación tras de su hija.

Pedro, sentándose familiarmente en la cama, dijo a su amigo:

—¡Vaya un susto que nos has dado!

La conversación se generalizó, hablándose de todo, excepto de aquello que pudiese disgustar al convaleciente, y quizás provocar un retroceso en su estado.

Se acordó, en contra de su deseo, que no se levantara hasta el día siguiente; ninguna ocupación le obligaba a ello. El médico no puso ningún reparo, cuando estuvo por la mañana, a que dejase el lecho; pero la medicina doméstica se opuso en absoluto.

La hora de comer se acerca, y éste fué otro punto que dió lugar a la más acalorada discusión.

La madre y la hija opinaron que Alberto no estaba limpio de fiebre, y que, por lo tanto, era una temeridad cargarle el estómago. Era cierto que el doctor le había autorizado para que comiese, según su apetito; pero sabido es que los médicos lo que

quieren es hacerse simpáticos al enfermo, accediendo a sus gustos.

Don Teodoro, creyendo que el mejor termómetro en estos casos es el enfermo mismo, consultaba con él; y era de ver el gesto de Alberto, sin saber qué decir para no contrariar a las señoras. Él tenía apetito, pero...

A juicio de las señoras, los enfermos no son parte a consultar en tales asuntos...—«¿A quién se le ocurre dar a un enfermo lo que pida, según había dicho el galeno?»

Pedro, que hasta entonces había permanecido callado, hizo saber que la peor enfermedad es la del hambre.—«Señor, la cosa estaba bien clara: no dar de comer a un hombre que tenía los nervios de punta era un disparate morrocotudo. Para calmarlos, no hay como darles bien de comer..., que es como se calman las grandes excitaciones. Si habían de hacerle caso a él, se le debía dar el siguiente *menu:* un plato grande de sopa, dos huevos fritos, un buen filete, con muchas patatas fritas, y una ración de riñones salteados, amén de una olorosa taza de café puro; lo demás era matarle de inanición.»

El *menu* de Pedro provocó la más estruendosa risa en D. Teodoro y Alberto, y la mayor indignación en la madre y la hija, que tomaron en serio las palabras del joven.

Excluídos por completo los hombres del asunto, ellas acordaron un sano y provechoso almuerzo: se le daría un platito de sopa muy clara y un par de huevos pasados por agua, una copita de Jerez..., y nada más. Pedro hizo un gesto despectivo y, con la mirada, compadeció a su amigo.

Acondicionado éste cómodamente con almohadas, le fué servido el sobrio almuerzo, condimentado con una lluvia de preguntas sobre su punto culinario. La sopa estaba exquisita; los huevos, en su punto; el jerez no lo había mejor...; ¡la amabilidad de las sirvientes, incomparable!

A pesar de su interés, bien se echaba de ver que Susana trataba a su amigo con menos efusión y familiaridad que antes. La pobre muchacha sentíase coercida por un temor desconocido, por un respeto que, hasta entonces, no sintió nunca hacia Alberto. Sufría por ello, pensando que éste iba a notarlo; pero no lograba vencer sus miramientos. ¿Debería esto subsistir? ¿Debería ajustar su conducta, en lo sucesivo, al influjo de aquellos secretos impulsos; debía, sobreponiéndose a ellos, y despreciando el maléfico recuerdo de las envenenadas palabras de María, ser para él lo que siempre fué: una verdadera hermana? En vano se torturaba para resolver aquellas dudas: su buen juicio no le señalaba, en definitiva, una línea de conducta.

Terminada la colación, D. Teodoro ofreció un cigarro al violinista: cigarro que fué encendido con verdadero deleite. Las señoras no tuvieron más remedio que ceder en este punto; aunque bien sabido era lo que perjudica el tabaco; pero ante la rotunda afirmación de Pedro, diciendo que de tanto cuidarle lo iban a poner verdaderamente enfermo, no tuvieron más remedio que bajar la cabeza.

Sentados en torno del lecho, procuraron distraer al violinista con un ratito de conversación. Susana, atendiendo, a la par, a la confección del almuerzo

de la familia, se ausentaba con frecuencia para ir a la cocina.

Se recordaron los tiempos en que Alberto estudiaba en el Conservatorio, y el cariño que los tres jóvenes se profesaban. Reíanse los padres recordando las asiduidades de la pequeña Susana para con el forastero; la participación que tomaba en los disgustos que sufría el violinista, cuando algún pasaje difícil de los estudios se le resistía... ¡Parecían novios!

Esta afirmación hizo protestar a Susana, que se puso roja como un ascua...

Sonreía Alberto, y recordaba que en una época lo fueron, efectivamente.

—Aun conservo aquel pañuelo que me bordaste en el colegio... ¿Te acuerdas?

—Vaya, que les ha dado a ustedes por hablar de tonterías.

La joven cada vez sentía mayor vergüenza de Alberto, y en su interior se rebelaba contra aquel sentimiento. ¿Por qué había de ser aquello?

Después de almorzar pudieron, por fin, los dos hermanos ponerse al habla, enterándose Pedro del resultado de la visita de Susana; bien que ésta calló el desastroso final.

«Alberto debía considerar, en absoluto, que no contaba con su mujer. Ella no le amaba. ¿Qué mayor prueba que la tranquila indiferencia con que la recibió? En su semblante no había el menor signo de sufrimiento. Y no sólo eso: cuando le dijo que Alberto estaba enfermo, ni se inmutó siquiera. ¡Qué mujer! Ni la menor muestra de agradecimiento hacia las personas que le atendían y le cuidaban, ha-

ciendo sus veces. Nada..., nada...»—repetía Susana con acento asombrado.

A Pedro no le cogió de susto lo que la joven le contaba. Conociendo perfectamente a María, aunque, por el alejamiento de los últimos tiempos, ignorase muchos episodios de la vida del matrimonio, siempre consideró que no profesaba gran cariño a su marido, y si se abstuvo de hablar con éste en tal sentido, fué porque, a la inversa, conocía el mucho amor de Alberto para ella... y... ¡cuando hay faldas por medio, toda reserva es poca!

—Por eso dudaba yo en aprobar tu plan. Además, después de todo, aun no sabemos lo ocurrido entre ellos; ayer, cuando me lo traje a casa, sólo me dijo que se había separado de su mujer. Pero... nada hemos perdido; ningún peligro se corría con que fueras a verla... Si hubiese sido yo, tal vez habría sido peor.

En el dulce mirar de Susana se reflejaba el dolor de su alma al oir a Pedro... «No había peligro ninguno...» ¡Cuánto diera ella por olvidar aquella entrevista!

Transcurrió la tarde sin incidente ninguno. Los hombres salieron a sus obligaciones; las mujeres cuidaron de Alberto, aunque bien poco les dió que hacer: toda la tarde se la llevó durmiendo... o simulándolo.

Por la noche, después de la cena, congregóse nuevamente la familia en el cuarto del convaleciente a pasar la velada. Pedro renunció a salir, en obsequio a su amigo... y a los macillos de la máquina, que deseaba terminar aquella noche.

Considerando el violinista que debía una explicación a sus amigos, y hallándose con tranquilidad para ello, hízolo así, en medio de la mayor atención de sus oyentes.

Empezó su relato por el hallazgo del sobre en blanco, y siguió con el paseo de su mujer con Luis, y el soberbio regalo de éste el día del beneficio. Analizó minuciosamente ante sus oyentes las múltiples variaciones del carácter de María para con él; variaciones que le llevaron a la triste consecuencia de que ella no le amaba. En vista de su falta de cariño, que era la falta de todo, y no aviniéndose a la vida de que su mujer gustaba, resolvió dejarla en libertad de seguir sus inclinaciones. No existiendo el amor, ¿por qué entorpecer su dicha? Ella podía ser una gran artista, lo era, y ganar mucho dinero... ¿Con qué derecho condenarla a una vida que repugnaba?

Relató después su viaje a Astorga, y la carta que a su regreso escribiera a su esposa, enviándole la libertad con el poder.

Un largo silencio acogió las últimas palabras de Alberto. Recapacitaba cada cual sobre lo escuchado, y, formando juicio, medía las palabras que hubiese de pronunciar.

Pedro fué el primero en romper el silencio:

—¡Has hecho lo que debías!—dijo.

—¡Jesús!... ¡Jesús!... ¿Y no habría algún medio de que llegaseis a un acuerdo?... Dios santo... ¡es eso tan grave!—lamentó D.ª Teresa.

Don Teodoro, después de larga meditación, dió a conocer su parecer:

—¡Es muy difícil opinar sobre este asunto!

Susana nada dijo; pero sus ojos estabán clavados en el violinista.

No había dificultad alguna, según Alberto: se consideraba viudo, y nada más. Su resolución era irrevocable... ¡Meditó mucho antes de tomarla!

El tono decidido de Alberto puso punto al tema.

Llegada que fué la hora de acostarse, Susanita, libre ya del cruel disimulo que tuviera que imponerse hasta entonces, dió rienda suelta a los sollozos que, desde por la mañana, pugnaban por salir del pecho. Sentada en una silla de su cuarto, recordó las palabras de Alberto, al relatar lo sucedido; las de María martilleaban en sus oídos con insistencia desoladora, dando fuerza a las del primero. Su retraimiento para con él asustábale aún más, porque daba la razón a la que fué su amiga. Escondió la cara entre las manos, horrorizada ante la idea de que su amor para Alberto pudiese tener otro significado que el de una pura y grande amistad. Se rebelaba, frenética, contra el pérfido influjo que aquellas palabras ejercían sobre ella... ¡Se odiaba a sí misma! ¿Qué tenebrosos abismos abriera ante su pensamiento el satánico hablar de María? ¿Por qué obstinarse en mirarlos, cuando los repugnaba? ¿Qué veneno era el que habían infiltrado en su alma?

Nada pudo responderse la desdichada; pero así como Eva cubrió sus carnes al sentir la vergüenza del pecado original, ella se afanó en cubrir, en ocultar su pensamiento, que se obstinaba en no aparecer virgen y candoroso, como siempre fuese...

Era ya muy avanzada la noche, cuando Susana, rendida y angustiada, se metió en el lecho y pudo conciliar el sueño...



XVI

Las amigas de los amigos.

En los primeros días de su nueva vida, de nada se ocupó Alberto, encaminado a trazarse nuevos rumbos. Huía de todos los sitios donde pudiera encontrar antiguos compañeros, que, con su presencia, le recordaran pasadas amarguras. Algunas noches salía con Pedro a tomar café, y entonces, ambos amigos daban rienda suelta a sus más íntimos pensamientos. Pedro era el que, generalmente, hacía el gasto en estos interesantes coloquios, ya que Alberto cada vez se volviera menos hablador. Sin estar triste, gustaba de reconcentrarse en sí mismo de tal modo, que el estado de introversión era en él casi constante. Sin embargo, la calma y el bienestar que disfrutaba al lado de sus amigos despejaban de negras nubes el cielo de su vida, augurando que la paz del olvido le volvería a su natural estado, afable y comunicativo.

Muchas tardes, Pedro le obligaba a ir con él a esperar a Berta, conocida ya de tiempo atrás, aunque de un modo superficial. Al entrar en relaciones con ella, lo primero que hizo fué presentársela a su

amigo, para que le diese parecer. Tan unidos estaban entonces, que si Alberto hubiese juzgado mal de la muchacha, Pedro, seguramente, habría sentido enfriarse su amor por ella.

Con su trabajo de modista, Berta ayudaba a su hermano, empleado en las oficinas de la Compañía de ferrocarriles del Norte, a mantener a la madre. Los tres vivían en un modesto piso de Chamberí.

Era bajita, llena de carnes, sin ser gruesa, con ojos muy alegres, que pintaban la viveza de su personita, altamente simpática. Amaba tiernamente a Pedro. Su mayor desesperación era la casa... «¡Jesús..., con lo que da que hacer una casa...!» Esta era una frase muy frecuente en su boca, cuando hablaba de lo que tenía que trajinar en la suya antes de salir para el taller.

Exceptuando las noches que salía con su amigo, Alberto se acostaba temprano, para madrugar y marcharse a dar un paseo por la Moncloa. Largas horas solía permanecer en este lugar; la soledad y la meditación fortalecían su ánimo. Las llamaradas de pasión que en los primeros días hiciera brotar en su pecho el recuerdo de María disminuían en frecuencia e intensidad. Los rugidos del deseo con que la rebelde imaginación sacudía todo su ser al representarle encantos para siempre perdidos, extinguíanse rápidamente, dando lugar a la indiferencia, cuna del olvido.

Suerte inapreciable era para el joven músico que las necesidades de la vida no le apremiasen. Entre el dinero que aun conservara al emprender el viaje a Astorga y el producto de la venta de casa y tierras, había reunido cerca de sesenta y cinco

mil pesetas. La tranquilidad material del vivir estaba, pues, asegurada; pero no siendo prudente mermar aquel pequeño tesoro, pronto puso a discusión consigo mismo lo que, tarde o temprano, tendría que discutir: un nuevo método de vida. No dejaba de presentar dificultades la resolución del problema, que tal era, porque en el teatro no quería ni pensar. Este medio de ganarse la vida estaba desde luego, descartado. Las funciones de iglesia eran escasas y ofrecían el peligro de un seguro encuentro con antiguos compañeros. Alberto quería variar totalmente de atmósfera, de mundo, de personas, y esto, dentro del Arte, resultaba harto difícil.

La casualidad llegó en su ayuda, proporcionándole un café para tocar el piano. Mucho tiempo hacía que no practicaba este instrumento, pero todo era cuestión de unas cuantas horas de hacer escalas. Aceptó gozoso. Aquella independencia que su nueva colocación le brindaba, y hasta el olvido del violín, le llenaron de alegría. Seis pesetas diarias en el café y la renta de su capital poníanle en las condiciones de un hombre acomodado. Otra circunstancia, en extremo halagadora, de su nuevo destino era que, siendo el café de barrio, tenía escaso público.

La primera noche tuvo que sufrir la curiosidad de la parroquia, que juzgaba de su persona, de sus modales, de su modo de ponerse la corbata..., y hasta de la manera de tomar el café, con la mayor severidad... ¡Ahí era nada el papel que tenía que llenar allí! A su cargo iba a tener el contentamiento y recreo de todas aquellas familias, grupos de amigos y parroquianos sueltos, que, contribuyendo con dos

reales diarios—las familias salían a cuarenta y cinco céntimos — al sostenimiento del café, considerábanse con pleno derecho para admitir o rechazar al músico, según fuera o no de su agrado. El pianista tenía la obligación de tocar todo cuanto le pidiesen, y, por lo tanto, de tener en su repertorio música con arreglo a los gustos de todas las tertulias; de lo contrario, le ponían la proa. Otra de sus obligaciones ineludibles era la de saludar con un gesto amable a unos y a otros. Cuando el músico era nuevo, como le sucedía a Alberto, esta fineza empezaba por parte de los parroquianos que más próximos se instalaban al piano.

Después de tocar la primera obra, Alberto fué a sentarse en un velador contiguo al piano y cercano a una fila de mesas. El camarero le sirvió el café a que tenía derecho. Este camarero fué el encargado de iniciarle en las costumbres antedichas de la parroquia, así como de algunas particularidades de muchos de los componentes.

—Aquí, a esta mesa—decía Blas—, vendrán dentro de media hora D.ª Águeda y sus hijas Filito y Monchita. Es una señora que parece muda. La hija mayor, Filito, habla, en cambio, más que una cotorra. Ya verá, ya verá: en cuanto se sienten, pegarán la hebra con usted. Les gusta sentarse cerca del piano para eso, para charlar con el pianista y sus amigos..., si los tiene.

Alberto le escuchaba atentamente, enterándose de las particularidades del cargo..., y sin sacar de dudas a Blas en lo referente al número de sus amigos, o lo que es lo mismo, al número de perras gordas que podía esperar de su reunión.

No tardó mucho en llegar Pedro.

Cuando Alberto, siguiendo los consejos de Blas, tocaba un trozo de una de las zarzuelas antiguas más renombradas, D.ª Águeda y sus hijas tomaron posesión de la mesa indicada por el camarero.

Allí se respetaban todas las mesas como cosa propia, y si algún descarriado transeunte tenía la desgracia de entrar y ocupar alguna de ellas, con palabras intencionadas y gestos hostiles le obligaban a marcharse. En las mesas que ocupaban las familias a diario, el camarero, para evitar tan terribles contingencias, colocaba, desde luego, el servicio, como cartel que dijera: «Se prohibe el paso».

Al sentarse nuevamente Alberto en el velador, recordando las instrucciones de Blas, saludó con un amable movimiento de cabeza a D.ª Águeda y sus hijas.

—Qué bonito es eso que ha tocado usted — dijo Filito, considerando que tan cortés saludo era más que suficiente para romper el fuego. Y después, sin aguardar contestación, añadió: — ¿Es usted nuevo, verdad?

Filo sabía esto perfectamente, puesto que no faltaba ninguna noche; pero de algún modo había de empezar la charla..., que ya no cesó en toda la noche. Un poco anémica, pero muy monilla, era graciosa en la conversación y un tanto humorista, con lo cual dicho se está que Pedro la reputó al instante mujer de claro juicio. Monchita, su hermana, más joven, era un poco parada, pero también muy agradable.

Desde el primer momento, Pedro tiró hacia la humorista, pero ésta tiraba hacia Alberto, y por lo

tanto, haciendo honor a sus doctrinas filosóficas, conformóse con el arrimo de Monchita.

—Ya ve usted—decía Filo—, nosotras nos pasamos aquí la vida. Estamos distraídas, más cómodas que en casa, tomamos el café... nos llevamos el azúcar, que sirve para el desayuno... y oímos música...

—¡Qué loca eres!—rezongaba su hermana.

—Porque soy franca. ¿Verdad, Alberto, que hago bien?

Como se ve, ya la joven conocía el nombre del pianista, y le llamaba Alberto, a secas.

Cosa rara: no era romántica, y por eso, cuando le hablaban de casarse, contestaba que para no salir de penas o acaso entrar en otras mayores, bien estaba con las que tenía. Si le mentaban el amor, replicaba: «¿El amor..., el amor..., el amor...?»—y con esta palabra hacía notas que formaban una escala ascendente, al final de la cual, después de un calderón o pausa, añadía—: «¡Bueno está el amor! ¡Valiente sinvergüenza está el niño ese...! ¿No hay más que ver el traje que gasta para andar por el mundo!»

La amistad de los cuatro jóvenes hacíase cada vez más franca, y era de ver la cortísima distancia a que solían ponerse Pedro y Monchita. Columpiándose en las sillas, cruzaban los cuerpos, y sus caras quedaban tan juntas, que nadie les entendía lo que hablaban.

Cierta noche que Berta fué con su hermano al café, Pedro, con anterioridad, tomó una mesa distante de la de Monchita; pero aun así, el despedirse desde lejos, al salir, le valió un regaño con su

novia, la cual, con razón, argumentaba que otras noches se saludarían más de cerca.

A la noche siguiente, Pedro dijo, con la mayor naturalidad, a Monchita, que Berta y su hermano eran recién casados, y como la niña respondiera que no lo parecían, por lo fríos que estaban, no tuvo inconveniente en agregar que no se llevaban muy bien.

—¡Casarse para eso!—dijo ella con desdén.

—¡Ya ve usted, para eso! —agregó él con gesto aún más despectivo.

Don Teodoro, ya varias veces había expresado su deseo de ir una noche, con la familia, a oir tocar a Alberto. —«¡Creerán allí que no tiene a nadie en el mundo!» —decía.

Todos convinieron en ello, mas la noche no llegaba. Susana siempre ponía algún impedimento.

El carácter de la joven cambiaba por instantes, sobre todo en su trato con Alberto. Era más callada que antes, más grave su continente, más reposado su hablar. Una gran palidez cubría de continuo su semblante y, con frecuencia, los claros ojos aparecían rodeados de ojeras. El infantil carácter transformábase, dando lugar al circunspecto proceder del que guarda ciertas reservas, aun con las personas más afectas. Esto le pasaba con Alberto. Ya no era con él la muchacha franca e ingenua que deja al descubierto su corazón con el mayor candor. La niña... era ya mujer. El constante recuerdo de su entrevista con María habíala transformado insensiblemente. De nada tenía que arrepentirse..., y estaba triste, cual si un pecado mortal pesara sobre su pura conciencia.

Siendo el más directamente herido por el cambio de Susana, el violinista fué el primero en preocuparse; pero, por más que observó a la joven, no logró descubrir la causa.

Un día no pudo por menos de preguntarle el motivo de aquella etiqueta que guardaba con él. Ella demostró gran sorpresa por la pregunta. ¿No era la misma de siempre? ¡Así lo pensaba! ¿Por qué iba a cambiar? Aquella suposición de Alberto no pasaba de ser una suspicacia o una mala inteligencia.

Desde aquel momento, su conducta se modificó un tanto, recobrando con él un poco de la confianza perdida. Aquella misma noche, Susana, con sus padres, se presentó en el café.

Por más que Pedro y Alberto insistieron en ocupar una mesa con diván, Susana se empeñó en sentarse en un velador cerca de D.ª Águeda y sus hijas. Éstas la hicieron objeto de su más impertinente curiosidad.

Susana estaba encantadora; su figura era interesante y atractiva. La palidez del rostro realzaba su belleza.

En el transcurso de la noche, y con el pretexto de pedir al pianista esta o la otra obra, Filo encontró el medio de cruzar algunas palabras con D.ª Teresa y su hija. Susana, parca de palabras, pudo entonces observar a su gusto a Filito y su hermana, no pareciendo muy satisfecha.

Procuraba Alberto evitar aquella ingerencia molesta de las vecinas, y, para ello, hacía lo posible por distraer a Susana; pero ésta, por el contrario, con su mutismo, daba lugar a que Filo metiese baza en la conversación, y la parlanchina muchacha,

muerta de curiosidad, hacíalo siempre que le daban ocasión.

Como nadie tuviese un marcado interés en evitarlo, a excepción de Alberto, y éste, por si salía a relucir algo de su pasado, con lo cual ofendía a sus discretos amigos, la ingerencia fué en aumento. Después de todo, como decía D.ª Teresa, eran simpáticas y graciosas.

Proyecto de la familia era permanecer en el café hasta que Alberto terminara; pero, a cosa de las once, tan violento dolor de cabeza hubo de entrarle repentinamente a Susana, que fué preciso retirarse en el acto, dejando allí a los chicos.

Sin saber por qué, Alberto estuvo altamente disgustado el resto de la noche.

Las doce y media sonaron en el reloj del café. El pianista tocó un pasadoble; D.ª Agueda y sus hijas se despidieron de sus amigos. Filo, sin que la oyesen los demás, al darle la mano a Alberto, le dijo con cierta tristeza:

—No esté usted preocupado por el dolor de cabeza de su amiguita...; no será nada...



XVII

El expreso de Hendaya.

Grandes novedades ocurrían en la calle de Atocha. Al quedarse sola la tiple, D.ª Rosa, en un elocuente discurso, hízole comprender que una mujer de sus condiciones no estaba bien de aquel modo. La maledicencia es muy atrevida, y, seguramente, de seguir así, más de una ocasión había de encontrar para cebarse en su persona. Por otra parte, la casa no podía estar en manos de criados desidiosos, faltos de interés por su buena y ordenada marcha, que sólo pensarían en robarle cuanto pudiesen. Allí era menester una persona que refrenara la anarquía; que, con mano fuerte y experimentada, empuñase las riendas del gobierno doméstico. Y una vez comprendida esta necesidad y resuelto el remediarla, ¿quién mejor que ella? ¿Para qué estaban sus tíos en el mundo, sino para desvelarse por sus intereses? ¿Quién podría infundir más respeto a los de fuera y a los de dentro?

En virtud de un tan convincente sermón, el traslado se llevó a efecto, y D.ª Rosa empuñó las deseadas riendas. La sobrina bastante tenía con su

trabajo, aparte de que éste era incompatible con ciertas ocupaciones caseras. El Arte no puede avenirse a tomarle la cuenta a la cocinera.

Doña Rosa demostró al instante una gran sindéresis, pues con poco que su sobrina aumentó en el diario de la casa..., logró el milagro de que nada faltara..., guardándose la tercera parte de la consignación. Esto daba lugar a un constante cambio de cocinera, pues ésta, como se comprenderá, no podía sufrir la acción fiscalizadora de aquella mujer, que por ningún estilo toleraba ni la más mínima defraudación. La competencia era imposible. Cuando la tiple, extrañada, pretendía saber la causa de aquel continuo cambio, D.ª Rosa, con voz campanuda, contestaba:

—¡Porque no las dejo robar! ¿No te decía yo que aquí estaba haciendo falta una persona que velara por tus intereses?

Don Juan extendía su sombra protectora sobre la familia, aunque es lo cierto que el pobre señor no se mezclaba en nada... ¡Y él que lo hiciese!

En casa de la artista reinaba gran actividad. Cerrada la temporada teatral, con gran contentamiento de María, *que ya necesitaba descansar,* y entrados los primeros días del mes de junio, la joven preparaba su equipaje, para emprender una muy deseada excursión: la de París.

Desde quince días antes, aquella casa era un maremágnum, por obra y gracia de modistas, sombrereras, zapateros y demás artífices encargados de suministrar a María todo cuanto le hiciera falta para presentarse de una manera decorosa en la capital de Francia.

Muchos quebraderos de cabeza costó a la joven llegar a la realización de tan ardiente deseo. Su sueldo de cuarenta pesetas, en aquella temporada —para la siguiente ya estaba contratada con sesenta—, era insuficiente para atender a los muchos gastos que tuvo durante el año y poder ahorrar. No había, pues, dinero para ir a París, ni a ningún otro lado, y esto no lo podía soportar ella... ¡Qué dirían!

Muchas rabietas le costó salir del atolladero... «*Alberto podía estar satisfecho de su obra.* A él le debía verse en aquel trance tan poco gracioso... Y encima, puede que echara pestes de ella...»

La Providencia, en forma de galante demonio, llegó a posarse junto a la contrariada joven, diciéndole al oído:

«¿Por qué te apuras? ¡Yo puedo facilitarte lo que necesites!... ¿Cuánto quieres? ¿Qué te hace falta? Pide: tu boca será medida... Y no solamente puedo adelantarte lo que necesites, sino que, para servirte de guía en París, para enseñarte sus maravillas, yo iré contigo. ¡Nada tienes que temer! ¿No hay entre nosotros la confianza de una amistad grande? ¿No me elegiste por confidente de tus cuitas y consejero de tus dudas? Para que nadie pueda murmurar, D.ª Rosa te acompañará; yo no seré sino un amigo cuyo viaje coincide con el tuyo y se presta a ser tu caballero... Luego, en París, nadie le conoce a uno, y, aunque nos conozcan, no se extrañan de que un hombre acompañe a la mujer... de otro. Ningún remordimiento debes abrigar, puesto que has sido abandonada; ningún reproche pueden dirigirte, ya que, mientras estuviste al lado de tu marido, le guardaste fidelidad. Piensa que él mismo te

hizo libre, y que el goce que tú dudas en coger, él lo tomará de otra, sin tantos escrúpulos ni miramientos. ¿Es que vas a renunciar a la dicha en plena juventud? ¿Es que las negras tocas de la viudez van a cubrir constantemente tu cabeza? El olvido es fuente de bienestar y seguro manantial de amor que continuamente se renueva... Ama y serás feliz... ¡lo demás es nada! La vida es muy corta, para perder un solo minuto en dudas ni vacilaciones.»

Y el tono insinuante y melifluo de aquel demonio subyugó la voluntad y venció los últimos escrúpulos de María, que aceptó la cuenta abierta, bien que a condición de reembolsarla. El trato fué hecho, firmado con unas manos que se estrecharon suavemente, y sellado con un dulcísimo beso... El demonio, penetrando en el espíritu de la joven, apoderóse cauta y pérfidamente de él...

Oyendo hablar a María, sólo llevaba en el equipaje lo indispensable para presentarse en París decentemente; lo demás pensaba comprarlo allí. Pero a fe que si hubiera pasado la vista por las facturas reunidas, tal vez habría caído en la cuenta de que su total pasaba, con mucho, de sus cálculos. El sentido apetitivo estaba desarrollado en ella de una manera alarmante.

Doña Rosa y la doncella no se daban punto de reposo para ir colocando todo en los tres baúles que habían de constituir el bagaje de las dos mujeres.

María estaba muy nerviosa, porque, aun faltando tres horas para la salida del tren, no llegarían a tiempo. Era una calma desesperante la de la tía y la doncella. Para que la operación avanzase más, tomaba sobre sí el arreglo de uno de los baúles;

arreglo que empezaba por deshacer lo hecho hasta entonces. Al ver la desesperación de D.ª Rosa, pasaba de un extremo a otro y se reía como una niña, gozando con los apuros de sus ayudantas.

Por fin quiso Dios que las tapas de los baúles cayeran sobre los abultados senos, y que fueran cerradas con doble llave. María procedió a encerrar alhajas y dinero en un elegante maletín de piel encarnada; en seguida se dirigió a sus habitaciones, con Manolita, para vestirse.

El seráfico D. Juan llegó en aquellos momentos con los mozos que habían de transportar el equipaje a la Central, para ser facturados.

Terminados todos los preparativos y vestidas las señoras, empezó el capítulo de recomendaciones a Manolita, que ofreció no salirse ni una línea de las instrucciones recibidas.

Cuando tía y sobrina, en un coche del Casino de Madrid, llegaron a la estación del Norte, aun faltaba más de media hora para la salida del expreso.

María examinó las dos salas de espera, y después fueron a colocarse junto al reloj que hay cerca de la puerta de entrada al andén.

—¡Para esto tanta prisa!—dijo con disgusto la tiple.

—Ya no tardará—replicó tímidamente D.ª Rosa.

—¡Debía estar aquí!

El acudimiento era rápido; la gente afluía presurosa e inquieta; el ruido de los coches que llegaban crecía incesantemente; el de las carretillas, llevando los equipajes, y los golpes de éstos al ser descargados, aumentaban la confusa algarabía produ-

cida por las voces y las carreras de los que pensaban llegar tarde para facturar...

Un caballero, avanzando precipitadamente por entre los grupos, fué a saludar a María y a D.ª Rosa con algunas palabras de disculpa, que aquélla escuchó con enfado, primero, y sonriente después.

Luis, que él era, conseguido esto último, encaminóse a la barandilla de facturación, perdiéndose entre la gente.

—¡Es preciso reconocer que es muy simpático!—masculló D.ª Rosa.

Muchos de los que en la sala esperaban empezaron a fijarse en María, haciéndola objeto de sus miradas y comentarios. Los que la conocían como artista, la señalaban a los que aun no la admiraron en el escenario.

La joven empezó a sentirse inquieta por aquella curiosidad que despertaba, y que, si en otra ocasión hubiera colmado su orgullo, entonces la contrariaba grandemente. Su deseo era pasar inadvertida. Con un movimiento brusco, demostratorio de su desagrado, volvióse de espaldas a los que insistentemente la contemplaban y se puso a mirar el andén por una vidriera. El tren pasó ante sus ojos, al ser formado. Las puertas fueron abiertas y la gente se precipitó al asalto del convoy, librando así a María de la impertinente inquisición. Sus ideas, sucediéndose atropelladamente en la imaginación, dejaron a la tiple pensativa. Luis llegó nuevamente.

—¿Qué tienes?—preguntóle cariñoso.

—¡Nada!

—¿No estás contenta al realizar tus deseos? ¿No vas a París?

—Sí...; si no tengo nada.

—¿No podré yo conseguir verte libre de ridículas preocupaciones?

—Ya se irán solas—respondió ella, de una manera distraída.

—Ya ve usted que mejor... no se pueden guardar las apariencias...

Don Juan compareció llevando los billetes y el talón del equipaje. Penetraron en el andén y fueron a instalarse en el coche-cama. Aun allí tuvo que recatarse la tiple de la curiosidad pública.

Algunos sólo sentían el deseo de verla... «¡era *tan buena mujer!*»; otros querían saber: «¿Iría sola? ¿Sería verdad lo que se murmuraba por Madrid, acerca de unos amores de la celebrada artista?» Los menos pronunciaban el nombre de Luis, agregando:—«¿Irá con ella?»

La celebridad de María creció de punto desde que los periódicos dieron la noticia de sus desavenencias conyugales. Una artista joven, hermosa y casada..., que tiene disgustos con su marido, inspira siempre una gran curiosidad; pero si esas desavenencias adquieren resonancia en la Prensa, y, sobre todo, si llega la separación de los cónyuges, entonces la curiosidad se transforma en avasallador deseo de saber hasta los más insignificantes detalles. Los que no pueden llegar a su conocimiento exacto, por moverse en una esfera de acción muy distante de la del Arte, se conforman con ir al teatro, pensando que sus miradas podrán adivinar los más recónditos pensamientos de la interesada.

Las señoras, sobre todo, sienten una simpatía irreductible por toda artista casada que tiene dis-

gustos con su marido. Su compasión la acompaña a todas partes. Para ellas no tiene duda que el marido es un ser de la peor especie, que la maltrata. La imaginación vuela en estos casos, poetizando a las más vulgares figuras. El misterio es siempre atrayente.

El jefe dió la señal de partida. Se oyó el silbido de la locomotora y los chorros de vapor sonaron violentos, cual si pretendieran imponer silencio a los que en el andén producían un sordo rumor con las voces de despedida y postreras recomendaciones.

El tren arrancó majestuoso, y adquiriendo pronto velocidad, fué a perderse, a lo lejos, entre un bosque de vagones y de coches, reunidos en compactas filas a lo largo de las vías.



XVIII

Otra vez el sobre en blanco.

Susana no volvió más al café. Su aversión a las distracciones hízose extensiva a todo cuanto antes constituyera su deleite. Era un triunfo hacerla salir de casa, y, lo que nunca había hecho, buscaba con frecuencia la soledad de su cuarto, en el que permanecía largos ratos. Por las noches se acostaba más temprano que de costumbre. Insensiblemente fué aumentando el sistema de cumplimientos establecido con Alberto, lo cual acrecía la preocupación de éste. Susana, dándose perfecta cuenta del cambio que, a despecho suyo, sufrían las relaciones entre ellos, veíase dominada por hondísima pena, vertiendo no pocas lágrimas al notar la cruel pesadumbre que experimentaba su amigo. Sin cesar se reprendía su injustificado proceder; hizo esfuerzos inauditos para corregirse; pero sólo consiguió destrozar su pobre corazón. ¿Acaso no le inspiraba Alberto el mismo cariño de antes? ¿No era bueno y atento, como siempre? ¿En qué consistía, pues, que, algunas veces, hasta le causara enojo su presencia? ¿Qué de particular era que hablase en el

café con aquellas muchachas, ni qué le importaba a ella? ¿Qué motivo tenía para ponerse disgustada y nerviosa al recordarlo? ¿Qué explicación podía dar al misterioso deseo que constantemente acuciaba a su corazón, queriendo recatar al violinista de las miradas de toda mujer, cual si temiese que otra que María le hiciera también desgraciado? ¿Era natural aquella dulce ternura que sentía hacia él y que, frecuentemente, al hallarse en su presencia, se trocaba en absurdo desvío e indiferencia?

Desde que la tristeza de Susana se manifestó, Alberto procuraba ser con la joven más atento y deferente que nunca. Con frecuencia le hacía pequeños y delicados obsequios, que ningún valor tenían, pero que revelaban su interés por ella; regalos que, las más de las veces, eran recibidos con marcado despego.

El músico llegó a preocuparse seriamente de aquel estado de cosas, y momentos hubo en que se encontró violento en aquella casa. Semejante actitud llegaron a empeorarla D. Teodoro y su mujer. La transformación que advertían en su hija empezó a sobresaltarlos. Interrogada la muchacha, contestó que no tenía nada, y cuantas veces sucedía esto, manifestaba el disgusto que semejantes preguntas le causaban.

Los padres celebraron varias consultas, sin lograr descifrar el enigma, ni aun sospechar el motivo. Susana casi nunca salía con la criada, como no fuese para alguna compra o recado perentorio; sola... ni pensarlo; siempre con ellos o con su hermano. La causa no estaba, pues, fuera de casa. Al haber novio de por medio, poco hubiera tardado en saberlo

D.ª Teresa. Enferma no lo estaba: hacía la vida de costumbre y nada anormal se advertía en su salud; porque la creciente palidez de la joven sólo podía achacarse al calor que ya se dejaba sentir en Madrid y a la desgana que todos los años, por aquella época, soliese padecer. ¿Cuál era, pues, la causa? ¿Qué tenía Susana?

En estas conferencias, D. Teodoro era el más elocuente; pero D.ª Teresa, con fino instinto de mujer, si en ellas pronunciaba pocas palabras, en el resto del día observaba mucho, segura de aclarar el misterio que encubría el cambio de su hija. La primera condición que se impusieron fué la del disimulo; pero tan mal lo hicieron, que Pedro, dándose cuenta de que en su familia pasaba algo raro, hubo de consultar con Alberto:

—¿Tú sabes qué sucede aquí, para que todo el mundo esté tan mustio?

—¡Esa misma pregunta pensaba yo hacerte, Pedro!

Éste, mirando con asombro a su amigo, exclamó cómicamente:

—¡Pero si tú eres el más preocupado de todos! Sepamos lo que te sucede a ti, y quizás logremos saber lo que les pasa a los demás.

—Me pasa que, desde hace algún tiempo, vengo notando un cambio muy grande en el modo de ser de tu hermana, para conmigo, y me pasa, que ese cambio empieza a preocupar a tus padres. Todo esto me hace pensar que yo debo ser la causa, aunque inconsciente, puesto que no recuerdo haber cometido falta ninguna.

Pedro se desató en cariñosos improperios contra

su amigo, por abrigar semejante suposición. Eso era ofender a sus padres, a Susana..., a él... ¡al Verbo Divino!

Largamente discutieron, y aunque, al decir de las gentes, de la discusión sale la luz, ellos no sacaron ninguna que alumbrara sus entendimientos; porque bueno que Alberto no fuese la causa de aquellas mudanzas; pero, ¿cuál era?

Forzoso fué esperar a que los acontecimientos aclarasen aquellas dudas, pues de las preguntas que Pedro hizo a su hermana nada sacó en limpio, y en cuanto a los padres, el respeto le cerró la boca. Echando mano de uno de sus sistemas filosóficos, díjose a sí mismo que el tiempo es una gran antorcha que todo lo ilumina, y, por el pronto, se conformó con esperar; lo que fuese no debía ser grave. Pero no le sucedió lo mismo a su amigo; éste sintió aumentar su disgusto. Turbada la tranquilidad que había recobrado en aquel hogar, el recuerdo, aunque débil, de sus desdichas pasadas fué a sumarse al malestar que le acosaba.

Transcurrió el tiempo, y la situación, lejos de aclararse, empeoraba de continuo.

Un día, D.ª Teresa, segura de haber encontrado el origen de los males que afligían a todos, encerrándose con su marido en el gabinete, le comunicó el resultado de sus desvelos.

La declaración fué solemne; la voz de la pobre señora temblaba cual si quisiera resistirse a pronunciar las terribles palabras; sus ojos estaban húmedos, y demudado el semblante: se trataba, no de un hijo, sino de dos. D. Teodoro, asustado ante la emoción de su esposa, abrazándola cariñosamente,

y haciéndole ver su sobresalto, el temor de que se tratara de algo que tuviese una gravedad irremediable, alentó a la dulce compañera a confesar su secreto.

Y la contristada madre, con palabra torpe y balbuciente, dijo:

—¡Susana está enamorada de Alberto!

«Susana está enamorada de Alberto»... D. Teodoro, repitiendo mentalmente aquellas palabras, hasta lo infinito, quedó mirando a su esposa con tal expresión de terror en su rostro, que ésta, asustada, se apresuró a decir:

—¡Oh, no pienses mal..., no pienses mal, ni de nuestra hija, ni de Alberto! Ella es una desgraciada, y él, tan digno como siempre de nuestro cariño... Lo sé muy bien... ¡Eso precisamente es lo terrible de la situación! Nuestra hija ignora ella misma el amor que siente por Alberto; éste sigue mirándola igual que antes, y sufre cruelmente pensando que nuestra preocupación y el proceder de Susana es debido a un algo que no puede adivinar, porque no existe. Estoy segura que no ha pasado ni un momento por su imaginación la idea de que Susana le quiere.

Calló la infeliz madre, para dejar salir los sollozos que la ahogaban.

La tremenda conmoción que sufrió D. Teodoro le impidió, en un buen rato, hacer uso de la palabra. Se levantó y se puso a recorrer el gabinete de un extremo a otro, a grandes pasos. «Susana está enamorada de Alberto»... Estas palabras le obsesionaban, le aturdían...

Conmovido por el inconsolable llanto de su es-

posa, hubo de detenerse, al fin, en sus paseos, y sentándose a su lado, trató de consolarla con amantes palabras y tiernas caricias... ¡Pero mal podía lograr su intento, cuando no lo conseguía de sí mismo, por más que se esforzaba!

La situación resultaba verdaderamente compleja e inesperada. Un delito, que no lo era; un delincuente, al que no se podía acusar... ¿Cabía algo más abrumador? ¿Cómo resolver el caso?.. ¿Cómo ponerle remedio?

Hablar con Susana, tratar de hacerla volver a la razón, era lo mismo que revelarle lo que ignoraba; y hacérselo conocer, decirle: «Sabemos que estás enamorada de Alberto», equivaldría a matarla de vergüenza. Poner el caso en conocimiento del violinista parecía algo más lógico y factible; pero, ¿no sería traicionar a Susana?... ¿Tenían derecho a descubrirla? ¿No era establecer entre ellos y Alberto una valla, un muro, que quizás los apartase para siempre? Sin embargo, la separación de ambos jóvenes se presentaba como cosa inaplazable, por lo necesaria... ¿Y cómo lograrla sin decirle a él «vete»; y cómo decirle «vete», sin darle explicaciones? ¿Sería posible que en la Casuística se previese semejante caso de conciencia?, porque caso de conciencia, y grande, era despedir a Alberto, al que consideraban como hijo, sin haber cometido la menor falta y sin haber dado lugar, por su parte, al nacimiento de aquel desdichado amor de Susana.

Las desgracias sufridas por él, su natural bondad y demás prendas personales, que tan simpático le hacían, unido al largo trato mantenido entre ellos desde la niñez, eran las solas causas de que en el

tierno corazón de la hija hubiera brotado un dulce sentimiento de compasión, que paulatinamente fué transformándose en amor.

Nada pudieron resolver en aquella primera conferencia; solamente acordaron no decir ni una palabra a su hijo, y cada uno, por su parte, ver de arbitrar una solución. Había que proceder con tiento. No podían echar sobre su conciencia la responsabilidad de una medida quizás funesta, por lo impremeditada. La calma y la reflexión llevaron siempre las decisiones humanas al acierto, al éxito, y en aquel caso precisaba mucho tener en cuenta que cualquier torpeza podría ocasionar una irremediable hecatombe.

....

Una tarde, Susana, al pasar por delante del cuarto de Alberto, pudo ver a éste por la entreabierta puerta, sentado, dándole la espalda y en actitud pensativa. Sin duda que en las manos debía tener algún objeto que ella no podía distinguir. Detúvose curiosa. Alberto no se movía. De pronto, sus manos, elevándose a la altura del pecho, estrujaron un pequeño sobre y volvieron a caer pesadamente sobre las rodillas.

—Es el sobre... ¡el maldito sobre en blanco! —murmuró Susana.—¡Cuánto la quería!... ¡Cuánto la quiere aún!

Inclinando tristemente la cabeza sobre el pecho, se dirigió a su cuarto, y arrojándose de bruces sobre el lecho, enterró su rostro entre las ropas, para ahogar los sollozos, para acallar los gritos de su conciencia, que le desgarraban los oídos y le trituraban el corazón. Su pensamiento ya no era puro,

como el de un ángel, no; su pensamiento ya no era honrado, porque con saña cruel se obstinaba en decirle que ella quería, que ella amaba con todas las energías de su alma excelsa y virginal a Alberto. El amor, latente en su pecho, había surgido poderoso al sentir la brutal sacudida, la flagelación de las palabras de María, y desde aquel momento fué dominándola, avasallando su voluntad, hasta esclavizarla. Le amaba, sí; le amaba con toda la ternura que despertase en su corazón la crueldad de la otra para con él. Sentía en su ser misteriosos anhelos de sacrificio, de abnegación para hacerle olvidar..., para hacerle feliz... La ponzoña que derramara en su corazón aquella mujer le había roído las entrañas, haciendo de ella un ser peligroso, malvado, que a su vez envenenaba la vida de los suyos, la del mismo Alberto, por quien diera su vida.



XIX

Filito prende fuego a la mecha.

Alberto ejecutaba al piano un vals muy de moda, con el cual hacía las delicias de Monchita, aficionada a la música sentimental. El vals se titulaba «La primera lágrima». Sólo el título hacía estremecer de emoción a la muchacha. Doña Águeda distribuía los seis terrones que correspondían a su servicio en la siguiente forma: dos en el café, dos en el vaso del agua, mediado de leche, que, con aquel líquido, había de formar la más sabrosa hidrogala, y dos en el bolsillo, juntamente con otros tantos de cada niña, tres que le daba Alberto y otros tres de Pedro. Éste no había llegado aún; pero poco tardó en presentarse.

Filito, cantando trozos del vals, llevaba el compás con la cabeza.

Saludó a las tres mujeres, y en cuanto el mozo le trajo el café, hizo entrega de la dulce contribución a D.ª Águeda.

Terminado el vals, y sentado Alberto entre el velador y la mesa, hablaron de cosas varias e indiferentes. Al empezar la noche, cada bando perma-

necía en su mesa; pero, a poco, reuníanse todos en la de D.ª Águeda.

El creciente disgusto de Alberto daba lugar a que muy a menudo le molestara semejante promiscuidad, tanto más cuanto que Filo le demostraba una inclinación que no veía con gusto. Además, ésta, desde que Susana estuvo en el café, no cesaba, siempre que hablaban a solas, de preguntarle por ella de una manera que le irritaba.

Muchas veces Alberto sentía ganas de mandarla a paseo, y para no hacerlo, se entregaba a la lectura del periódico; otras, comprendiendo que ella no tenía la culpa de lo que a él le sucediera, suavizábase un poco, y con bromas correspondía a las bromas de la muchacha.

Aquella noche, una de las muchas en que Alberto no tenía ganas de hablar, Filo, por el contrario, estaba locuaz como nunca. La inquieta joven, en pocos momentos, agotó cuantos temas de charla le sugiriese su vivaracho espíritu; pero ni Alberto ni Pedro daban juego, y resultaba difícil sostener conversación alguna. Filito, callando unos segundos, tarareaba un trozo del vals escuchado momentos antes; repentinamente, cortando una escala, daba su opinión sobre cualquier asunto, sin que nadie se la hubiese preguntado. Otras veces, observando que la mamá dormía, la despertaba haciendo chocar fuertemente un platillo de los del azúcar en la mesa.

—¡Eh, que aquí no se duerme!—gritaba.—Que van a creer que en casa no hay camas, y las hay, modestas, pero las hay... ¡Caramba!

Y vuelta al canto, y torna a las preguntas..., y

Alberto y Pedro..., ¡que si quieres!..., cada vez más callados.

—Pero, ¿es que ustedes también se van a dormir, como mi madre?—refunfuñó con tono enojado.— Para eso se va uno a la cama y no se viene aquí. Moncha y yo nos levantamos a las seis para ponernos a bordar todo el santo día, y aquí estamos como si tal cosa...

—Estoy pensando en uno de los sistemas filosóficas hoy más en boga en la India—respondió Pedro—, y cuando el pensamiento humano se sumerge en hondas meditaciones, de las cuales ¡quién sabe lo que puede salir!..., no se le debe turbar...

—¿Y usted piensa en otro sistema filosófico? —preguntó la joven a Alberto.—Pues sigan, sigan pensando hasta que se les caiga el pelo, que Filo se gasta esta noche cinco céntimos en el *Heraldo*, y se lo lee todo, para distraerse, sin necesidad de nadie—añadió llamando al fosforero para comprarle un número del citado periódico.—Por una vez, quién lo va a saber. Mamá, duérmete, que voy a sacarte *un perro* del bolso... ¡Hum!... ¡Cualquier día me casaba yo con un filósofo!... *¡Pa!* gato!

Y arrellanándose en el diván, empezó la lectura... por los sucesos, sección la más importante de un periódico para una mujer que se tenga en algo. No más de cinco minutos pudo permanecer callada. Sus ojos, al azar, habían tropezado con una noticia teatral en que se hablaba de la María Quer.

—¿Es verdad que esta María Quer es tan guapa como dicen?—preguntó, haciendo palidecer a Alberto y dar un respingo en la silla a Pedro.—Yo creo que hay mucha exageración, porque aunque yo

sólo la he visto en retrato, la verdad, es muy simpática, muy frescachona y atrayente; pero lo que se llama hermosa, no. Una cosa tiene que me gusta mucho: los ojos. Miran de una manera que parecen estar diciéndole a alguien: «¿Por qué no me comes?» Y creo que es casada..., y separada del marido... ¡Pobre marido! Yo, en su lugar, hubiese hecho lo mismo... Por más que, ¡vaya usted a saber!, puede que sea un pillo redomado... ¡Los hombres son ustedes tan... así...!

Alberto estaba lívido; Pedro, como sobre ascuas. Filo, sin darse cuenta de la violencia que causaba su desconsiderado despotricar, continuó:

—Oiga usted, Pedro: ¿es verdad eso que se cuenta sobre unos amores de esa mujer... ¡Ay!... Pero ¿qué les pasa a ustedes? ¡Parece que les clavan alfileres! ¡Jesús, cómo están esta noche!... ¡Ya no hablo más, ea!

Alberto, con un movimiento brusco, se levantó para tocar. Su amigo, comprendiendo que era preciso decir algo, sacó a relucir el sistema filosófico indio; lo que es lo mismo que decir: salió por los cerros de Úbeda.

—E s que yo, en cierta ocasión, tuve amores con una corista..., que me la pegó..., y...

—¿Y Alberto con otra?—dijo Monchita.

—¡Como es tan amigo mío!

—¡Ni que fuera él la corista!—interrumpió Filo. Pero, bueno, bueno; a mí qué me importa; no quiero saber nada... Déjeme leer, y haga el favor de no interrumpirme más.

No es para descrita la violencia que Alberto tuvo que hacerse para no llamar sobre sí la atención de

las niñas, ya que no de la mamá, por la sencilla razón de que a la buena señora no le chocaba nada, ni había conversación que despertase su interés. Doña Águeda dormía la mitad de la noche, y miraba estúpidamente a unos y otros durante la otra mitad, sin despegar los labios. Toda su intervención se reducía a sonreir cuando alguno le hablaba, como diciendo: «Ya ve usted qué sueño el mío...»

Monchita fué la encargada de llevar la conversación a otro terreno; pero... ¡válganos Dios, qué terreno! A la monita le dió por sacar a colación los recién casados, amigos de Pedro.

—Pues... ¡tan contentos como están!—dijo éste, renegando de su sombra, de la filosofía y de Monchita.

—¿Pero no decía usted que se llevaban muy mal?

—¡Ah, sí; pero eso era antes! Ahora han cambiado de idea... ¡Ya ve usted!... Si todos los que se casan se vuelven locos...

—¿Usted sigue tan cariñoso con ella?

—¡Más..., mucho más!

—¡Jesús! ¿Y el marido no tiene celos?

—¿Para qué? Está encantado de ver lo que yo quiero a su mujer.

—¡Hay maridos... para todo!

—¡Locos, todos locos! Pero qué afán de hablar de maridos y de cosas desagradables...

—Ya, ya...—dijo Filo, poniendo un morrito delicioso y dejando el *Heraldo*.—Cállate ya de esas cosas... ¡Cualquiera diría que tienes ganas de casarte!

La ocurrencia de Filo, haciendo brotar la risa en todos los labios, despejó un poco la situación.

—Mira que casarte y que te salga un marido filósofo, como Pedro, es para tomarse una caja de fósforos.

El aludido, agarrando la ocasión por los cabellos, llevó la charla al terreno humorístico, y al fin, se alejó el peligro y terminó en paz la noche.

Pero Alberto había ya tomado una resolución; al ir al mostrador para despedirse, como todas las noches, alegando razones que en el momento inventara, hizo presente al dueño la imposibilidad en que se hallaba de seguir desempeñando la plaza de pianista. Comprendía que su conducta, al no avisar con anticipación, era poco correcta, y por ello pedía mil perdones; mas no le quedaba otro remedio. Muy apreciado por el amo del café, tuvo el gusto de oirle halagüeñas frases de sentimiento por su marcha. Aunque el pianista quiso dejarlo para otro día, el dueño no consintió que saliera del café sin cobrar lo devengado.

De pie junto a la puerta esperaba Pedro, extrañado de lo que se prolongaba aquella noche la despedida, y más aún al ver el dinero que su amigo se embolsaba. No era día de cobra.

Cuando estuvieron en la calle y se enteró de lo hecho, no supo qué contestar.

Lo sucedido con Filito era para eso, sí, señor; pero es el caso que su amigo, más de una vez, se tendría que ver expuesto a escenas semejantes, y que de seguir aquella norma de conducta, o se convertía en el judío errante..., o se acostumbraba; pero...

En el pero se atascaron los razonamientos del buen muchacho.

Por el camino trató de hacerle olvidar el incidente, argumentando sobre la necesidad de revestirse de cierto estoicismo, que le defendiera de la maledicencia humana.

Harto comprendía Alberto las razones de su amigo. Era preciso irse preparando a escenas como la pasada..., o peores. En la calle, en el café, en el tranvía, dondequiera que hubiese gente, habría exposición de que el nombre de su mujer llegara a sus oídos envuelto en alabanzas o censuras, y siempre exornado de una crítica más o menos galante. Aquel nombre llevaría implícitamente envuelto el suyo, y ¿cómo evitar esto? La tela de araña le apresaría de continuo, a lo menos mientras viviese en Madrid; que siendo tan conocido el nombre de María Quer, no era muy aventurado presumir que en todas partes le habría de pasar lo mismo.

Encerrado en su cuarto, fumando un pitillo tras otro, hasta envenenar la atmósfera, permaneció largas horas sin acostarse. «Hablaran en buen hora de ella cuanto quisieran; juzgaran de su arte, de su hermosura, de su carácter, puesto que gustaba de exponerse a ello; pero dejáranle a él en el olvido. ¿No estaban separados? ¿No habían roto los más sagrados lazos morales? ¿Por qué, pues, llevarle a la rastra de una mujer que ya no era la suya? ¿Qué espantosa unión era aquella que le encadenaba a la que destrozó su vida por completo?

El horror a Madrid y el odio a las gentes empezó a germinar en el corazón de Alberto... A Filo la hubiese estrangulado con el mayor placer... y, sin embargo, su injusticia habría sido notoria; seguramente, pocos le profesaban un afecto tan sincero

como el que la joven le tenía. Su disgusto fué grande, y lo mismo el de Monchita, cuando a la noche siguiente vieron otro pianista en lugar de Alberto. «¡Qué proceder tan poco correcto; no haberse despedido siquiera...; pues siempre se habían portado bien..., siempre fueron atentas y cariñosas...! ¡No merecían aquel desprecio!»

—Este café me aburre, mamá—dijo Filo.

—Y a mí—añadió Monchita.

La madre sonrió estúpidamente. No volvieron más. Ellas, que habían visto desfilar veinte pianistas ante su mesa, al marcharse Alberto, cambiaron de café... En el nuevo no había música...

¡Qué ajena estaba Filito, la vivaracha bordadora, la complaciente y amable joven, de que a su cariño correspondía el pianista con el odio más feroz!

Con un encogimiento de hombros, Alberto dió fin a su penoso meditar, y empezó a desnudarse. Su pensamiento empezaba a dibujarle una idea, un deseo que por momentos crecía, echando en él profundas raíces.

El calor era grande. Abriendo la ventana para que se ventilase el cuarto, aun fumó otro pitillo antes de acostarse...



XX

El beso de Susana.

Ni en la segunda, ni en sucesivas conferencias, pudieron los padres de Susana resolver el terrible conflicto que trastornase la casa. Su perplejidad crecía proporcionalmente al tiempo que pasaba.

Fué una tarde, al regresar Alberto de la calle y entrar en el taller, donde toda la familia se hallaba reunida, cuando lo vieron repentinamente solucionado.

Con la luz encendida, D. Teodoro y su hijo daban fin a uno de los trabajos que por entonces tenian entre manos. Susana y su madre contemplaban la terminación de la obra, anunciando que la cena estaba dispuesta para en cuanto llegase Alberto. La presencia de éste coincidió con el remate del trabajo citado. Antes de sentarse a la mesa, se concedió cinco minutos a los hombres para fumar un cigarro y saborear la satisfacción del deber cumplido.

Alberto, aprovechando aquellos momentos de tranquilidad, hizo saber a sus amigos la resolución que había tomado de marcharse a Cuba.

La noticia fué una bomba que, estallando en me-

dio del taller, dejó a todos anonadados. Cuando recobraron el habla, las preguntas se sucedieron atropelladamente. Susana era la única que callaba, para escuchar a su corazón que le decía: «¡Tú tienes la culpa de esta decisión; tú eres la culpable de que, expatriándose, vaya adonde estará completamente solo, sin un afecto, sin un amor que cuide de él. Estará más abandonado que cuando vivía al lado de su mujer, de aquella que tú decías no quererle nada, y tú, que tanto blasonas, le quieres menos, porque de allí él se fué voluntariamente, y de aquí se va porque le echas con tu frialdad y despego, con tu proceder injusto.» Y la pobre joven, escuchando aquella voz acusadora, quería hablar, y sus labios se negaban, contrayéndose nerviosamente.

Pedro no encontró sistema filosófico alguno que sirviese para resistir a la sensación que tal noticia le causara, mucho más cuanto que su amigo nada le había dicho del asunto, ni aun como idea embrionaria que está en estudio.

Los padres, a la par que alegría por ver en salvo a su hija, sintieron pesar por la marcha de Alberto. No en balde era considerado por ellos como un hijo... Y luego, irse tan lejos... Si al menos fuera a un sitio próximo a Madrid..., ¡pero a Cuba!

Inmensa fué la gratitud de Alberto por el sentimiento que su determinación causó.

Apresuróse a dar explicaciones. Su situación en Madrid era un poco violenta. La música le inspiraba horror; su deseo era abandonarla. No teniendo otro medio de vida, y deseoso de no mermar el pequeño capital que le restaba, había pensado trasladarse a América, para emprender algún negocio y labrarse

una sólida posición. Por desgracia, conocía las infinitas amarguras que produce la escasez de dinero.

Con fijeza extraordinaria le miraba Susana, pendiente de sus palabras. Quizás sufría un tremendo desengaño al no oir que se iba por culpa suya; quizás sólo pensaba en su marcha; su rostro, que parecía de mármol, ningún síntoma daba de sus emociones: la inexpresión era absoluta.

Durante la cena, ya más sosegados, se siguió hablando del asunto. Daba cada uno su opinión, y reclamaba después el parecer de los demás. A todos dejó decir Alberto, y a todos dijo que nada le haría variar de su resolución. Tenía el pasaje en el bolsillo.

—¿Pero cuándo te vas?—dijo Pedro.

—Dentro de dos días salgo de Madrid; dentro de tres, de La Coruña.

El dolor que apareció en todas las caras al oir la proximidad de la fecha de partida fué tal, que Alberto llegó a recriminarse su precipitación; pero, reaccionando, se justificó ante todos, diciendo que por el disgusto que había de causar su marcha, era precisamente por lo que resolviese hacerlo con tanta rapidez.

La mitad de la cena quedó en los platos; la otra mitad cayó mal en los estómagos. Furtivamente miraban los padres a Susana; pero ésta, cosa rara para ellos, fué la que más razonable se mostró a última hora.

Pedro, humorísticamente, concluyó por decir:

—Creo que haces bien: la *vieja* Europa está agotándose; la *joven* América rebosa oro por todas partes... Haces bien en irte... Hazte millonario,

y te reirás del mundo... Yo, en tu lugar, haría lo propio.

Los dos amigos salieron a tomar café. Alberto no recordó para nada a Pedro el estado anómalo que reinaba en la casa, presentando como único justificante de su conducta el deseo de huir de Madrid, del ambiente en que vivía su mujer, a la que deseaba olvidar en absoluto, y esto no podría lograrlo sino alejándose, cuanto más, mejor.

Por algunos momentos trató Pedro de distraer a su amigo, burlándose de su aventura con Filo; pero Alberto no estaba para distraerse con nada, y como a Pedro le sucediera lo propio, regresaron a casa.

Quebrantado por los acontecimientos, poco tardó el expianista en dormirse.

Velaba Susana, en cambio. Su conciencia y su desesperación no le dejaban dormir. Alberto, el hombre a quien amaba tanto, que ya no se recataba de tal sentimiento, se iba..., y ella era la única culpable; lo sabía... Fué débil; no supo darse cuenta a tiempo de sus sentimientos, para ocultarlos... Quizás sus mismos padres los habían adivinado.

Susana lloró sin consuelo gran parte de la noche.

....

Muchas cosas había que comprar para el viaje. Alberto no se había ocupado en reponer las que dejara en su casa, y María tampoco se preocupó de mandárselas cuando supo donde vivía. Era conveniente llevar de Madrid todo lo más posible, porque sabido era lo carísimo que todo costaba en América.

Las señoras se encargaron de dichas compras. Al llegar a casa, muchas de ellas eran convertidas en obsequios. Los pañuelos se los regalaba D.ª Teresa; unas corbatas, Susana; aquel paraguas, don Teodoro; esta cartera, Pedro.

Susana era la actividad en persona: en todo estaba, todo lo precavía. Su anterior desvío se trocó en la más dulce y cariñosa solicitud. Momentos había en que la desgraciada joven, cuidando sólo de hacerse agradable, demostraba en sus atenciones para Alberto los tiernos sentimientos de una madre para su hijo; otros, la ardiente pasión de la mujer para su amante, el abnegado amor de la esposa para el marido. El heroísmo de sus ocultos sentimientos llegaba a lo sobrehumano. «Seguramente que en Cuba haría fortuna..., y el amor está en todas partes y en todas formas. Allí empezaría para él una nueva vida, y lo más seguro era que el tiempo le hiciese olvidar a España, donde todos le habían hecho sufrir; es decir, todos, no: ellos le amaban más que nunca...»

Susanita procuraba ocultar su congoja y hacer inolvidables a Alberto las últimas horas de su permanencia en aquella casa, donde tanto jugaron de niños... ¡Tiempos felices en que la maldad humana érale aún desconocida!



En el cuarto de Alberto todo estaba lleno de ropas y objetos diversos. La cama, las sillas, la mesa, y aun en el mismo suelo, todo estaba repleto. Adosado a la pared, un gran baúl esperaba con las fauces abiertas.

Eran las tres de la tarde; no se podía perder tiempo. Alberto se dispuso a empezar los preparativos... A poco, llegó Susana para ayudarle.

En el cuarto de Pedro también se hacían aprestos de viaje, pues, por acuerdo unánime de la familia, se dispuso que acompañara a su amigo hasta La Coruña, punto de embarque.

Doña Teresa, con la criada, preparaba la sabrosa merienda que llevarían para el camino. Pedro no quería comer en las fondas de las estaciones, porque era enemigo de las prisas. En la cocina se fiambraba un enorme trozo de ternera, y concluían de asarse dos hermosos pollos. Un trozo de jamón en dulce y otro de salchichón, con más unas pastas, algunas frutas y una botella de vino de Rioja, completarían las vituallas de los viajeros..., que, seguramente, no llegarían desmayados al término de su viaje.

En vista de la poca disposición que Alberto demostraba para acomodar la ropa en el baúl, Susana tuvo que echar sobre sí esta misión, quedando él de ayudante. La joven desplegó en su empresa un interés que él admiraba y agradecía de un modo inefable. Al dar y tomar los objetos que ella le iba pidiendo, sus manos se rozaban, y, algunas veces, al inclinarse a la vez, sus caras quedaban tan juntas, que los blondos cabellos de la joven le acariciaban suavemente.

—Cuando me vaya de aquí, ya no tendré quien me prepare el equipaje como tú lo haces.

—¿Y por qué te vas?

Difícil le era a Alberto explicar las causas de su viaje, y hubo de callar... ¡Eran tantas...!

—Te vas... porque te da la gana; porque echas de menos muchas cosas..., y en esta casa te aburres...—dijo ella contestándose a sí misma.

—Me voy, porque la desgracia me persigue.

La entrada de Pedro, para enterarse de cómo marchaban los asuntos en el cuarto de su amigo, suspendió el incipiente diálogo. En el suyo todo iba a pedir de boca. Sólo esperaba algunas prendas de ropa blanca, para coger todo junto, meterlo en la maleta y cerrar.

Salió Pedro... y llegó D.ª Teresa... Cuando otra vez quedaron solos, Susana, con voz trémula, preguntó:

—¿Verdad que yo no tengo la culpa de tu viaje?

Sorprendido en extremo por tal pregunta, quedó él un momento indeciso, sin saber qué contestar.

El baúl estaba listo. Susana, hasta entonces de rodillas, se puso en pie; el calor del trabajo, sofocando su rostro, embellecíalo en extremo. Sus ojos suplicantes se fijaban en Alberto, demandando una contestación.

—¿Por qué me preguntas eso, Susana?

—¿Es tan rara mi pregunta? ¿No puedes contestarme?

El encendido color del semblante de la joven desaparecía rápidamente, mientras el brillo de sus ojos aumentaba; éstos se fijaban más intensamente en Alberto.

—¿Qué tienes, Susana?—preguntó él con voz de alarma.

—¡Calla... que te pueden oir...! ¡Qué tengo...! ¡No lo sé...! Pero contesta, por Dios, a mi pregunta; te lo suplico.

Al ver que vacilaba, Alberto se apresuró a sostenerla en sus brazos, disponiéndose a llamar. Comprendiendo su intento, púsole una mano en la boca, para que callara.

—No llames—sollozó.—Contéstame a lo que te he preguntado... ¿Tengo yo la culpa de que te vayas?... ¿He sido mala?

—Susana... ¡tú eres un ángel!

—¡Te ha molestado mi cambio de actitud para ti...! ¡Has pensado cosas que no existen, te lo juro...! ¡Si tú supieras las causas de mi cambio...! No, no me las preguntes: nadie las sabrá...

—Susana, tú estás enferma... ¿Qué tienes, qué te sucede?... Déjame que llame a tu madre... Pueden venir, y si nos encontraran así...

—Espera... espera...; aún no...

Las manos de la joven abrasaban; el brillo de los ojos era febril; su cuerpo sufría estremecimientos nerviosos...

De pronto, irguiendo su esbelta figura, apoyó ambas manos en los hombros de Alberto, y haciéndolas resbalar hasta enlazarle el cuello con los brazos, acercó bruscamente su cara a la de él, y le dió un prolongado beso...

—Ahora... ¡llama si quieres!—dijo cayendo desfallecida sobre una silla.

Aterrado ante la magnitud de la revelación, y no sabiendo qué partido tomar, por la inminencia del peligro que corrían de ser sorprendidos, Alberto se acercó a ella, y cogiéndole las manos, exclamó conmovido:

—Susana... Susana bonita... ¡piensa en tus padres...!

Y transido de dolor, salió del cuarto.

. . . .

Pedro fué el primero en subir al departamento. D.ª Teresa, abrazando a Alberto, le besó con el amor de una madre, rogándole que no se olvidara de ellos... Abrazóle con fuerza D. Teodoro, y Susana, tranquila, reposada, le estrechó la mano largo rato, diciendo:

—Adiós, Alberto...

Al salir el tren, se agitaron nerviosamente los pañuelos.

«Adiós» — decía Susana con su pequeña mano.— «Adiós»... Y en su boca había una triste sonrisa, sublime reflejo de la ternura de su corazón..., y en sus ojos, dos lágrimas, símbolo excelso del martirio que sufría...

Al volverse, encontró los brazos de su madre, que la estrecharon con amor... ¡Las dos lloraban...!



XXI

La receta de Pedro.

Convencido Pedro de que ni él ni Cristo le sacaban a su compañero de viaje una palabra del cuerpo, como no fuese un «sí» o un «no», dicho con distracción y hasta con enojo, dicidió dejarlo sumido en sus meditaciones y entregarse de lleno a la contemplación del paisaje..., que nada tenía que contemplar, pues de todos es conocida su típica aridez, hasta que el tren se aleja de Madrid una buena cantidad de kilómetros.

En realidad, Alberto se hallaba aún bajo la impresión de la inesperada escena ocurrida poco antes entre él y Susana. Sentía vergüenza de Pedro, y aun de sí mismo, aunque su conciencia se hallase limpia de toda culpa. Bien sabía Dios que nunca miró a Susana con intenciones subversivas, y que si algo hizo en contra de la paz de su corazón, lo ignoraba por completo.

Al penetrar el misterio que envolviese hasta entonces la tristeza, la reserva y circunspección de la muchacha, sentíase desgraciado, porque, aun inocente, se consideraba un vil ladrón de su felicidad.

Sin embargo, una parte quedaba por descubrir. ¿Cuáles eran las ignotas determinantes del amor de Susana?... «Si tú supieras las causas de mi cambio»... —le había dicho ella... ¿Cuáles podían ser?... En este punto, su embrollo era tan grande, que renunció a dilucidarlo: no tenía ni un solo dato que pudiese llevarle a una conclusión razonable.

En sus labios notaba aún el cálido y húmedo contacto de los de Susana, la opresión de aquel beso que no hubiera esperado jamás, y que, en medio de su asombro, tan feliz le hizo. El recuerdo de la dulce y virginal caricia estremecía su cuerpo, haciendo que la gratitud y la admiración brotasen en su corazón para la joven. Gratitud, porque nunca en su desgracia pudo soñar con el amor de aquella criatura; admiración, porque comprendía el valor con que ella había soportado su martirio... ¿Cabía un amor más sublime que aquél? Susana, acongojada al considerarse causante de su partida, con sacrificio sublime, con abnegación de mártir, pisoteando sus virginales pudores, exponiendo su honor al menosprecio..., lo enlazaba apasionadamente por el cuello, y con un solo beso le decía mucho más que sus palabras hubiesen podido expresar...

La conocida receta del amor, que Pedro le repitiera tantas veces, acudió súbitamente a su memoria, causándole entonces gran sorpresa:

20 por 100 de gratitud o admiración.
15 por 100 de costumbre.
15 por 100 de compatibilidad de caracteres.

. . . .

De la existencia del primer componente, no cabía duda; el segundo era indudable: cuanto más

se alejaba de Madrid, más echaba de menos a Susana; el tercero no tenía discusión: sólo el demonio podía ser incompatible con ella...

El exviolinista llegó a formularse esta pregunta: «¿Amaba a Susana?» No: la receta estaba incompleta... porque no la deseaba... La más mínima insinuación del deseo, causábale horror... No podía ver en ella sino lo que siempre viera: una hermana. ¿A qué se debía, pues, la íntima satisfacción que experimentaba al recuerdo de aquel beso?

El fresco de la sierra acarició su frente, sirviéndole de consuelo. Pronto llegaría el tren a Segovia. Allí consiguió Pedro platicar un poco con su amigo. La visión que de la joven América tenía el hábil afinador sirvió de base al naciente diálogo. «Qué tabaco habano se iba a fumar Alberto...» Comprendía que todo español que se tuviese en algo se fuera a Cuba, sólo por reventar a la Tabacalera.

El simpático filósofo, queriendo evitar una recaída de Alberto en el pasado mutismo, no daba paz a la lengua, lo cual no quiere decir que, para lograr su locuacidad, no tuviera que hacerse alguna violencia. La marcha de su amigo teníale profundamente contrariado; pero, lo que él decía: «Si yo también me pongo mustio, al llegar a Coruña va a ser cosa de que nos tiremos de cabeza al mar.»

Hora y media antes de llegar a Valladolid, propuso *poner la mesa* y cenar, con el fin de tomar el oloroso moka en dicho punto. Colocada la cesta de las viandas sobre el asiento, y después de una bien pergeñada conferencia sobre lo importante de la nutrición para la vida, conferencia que mereció el aplauso de otros dos compañeros de viaje, Pedro

procedió a la ordenada colocación, sobre una servilleta, de los paquetes y envoltorios que contenían los manjares ya descritos.

La cena se animó poco a poco, aclarándose los horizontes. Pedro, cambiando de un sistema filosófico a otro con la mayor facilidad, hízose epicureista en aquel momento en que comía pollo, y exclamó con la boca llena:

—¡Chico, esto es riquísimo; no hay más remedio que comer, aunque no se tenga gana...! ¡Come, nútrete... y ríete del mundo... y de sus aledaños...!

Próximos ya a Valladolid, Pedro, palpando maquinalmente sus bolsillos, se quedó consternado.

—¿Qué te pasa?

—¡Que ni tú ni yo nos hemos acordado de comprar un par de esos habanos que tú te vas a fumar ahora como si fuesen pitillos de cuarenta!

Y al decir esto, con gesto de contrariedad cogió la cesta para levantarla en alto y dejarla con fuerza sobre el asiento.

Un pequeño envoltorio saltó de su interior y fué a caer sobre la servilleta. Los dos amigos quedaron sorprendidos al ver aquel paquete, del que no les habían dado cuenta.

—¡Son puros! —gritó Pedro lleno de entusiasmo, desenvolviendo dos soberbias águilas.— Esto es cosa de Susana...; sólo ella es capaz de comprender lo que significan dos habanos para nosotros... A esa chica la espachurro yo de un abrazo en cuanto vuelva a Madrid.

Ella había sido, en efecto, la misteriosa depositante de aquel *precioso* envoltorio. La criada los compró por orden suya, y después ella los introdujo

en el fondo de la cesta... Sabía lo que les gustaba un buen cigarro a los dos amigos.

Consumido el oloroso café—¡oh poder imaginativo!—y encendidos los habanos, dejaron la fonda y salieron al andén en espera de la señal de partida.

Husmeaba Pedro en todos los departamentos, y llamaba la atención de Alberto en cuanto atisbaba alguna cara bonita; pero éste se hallaba embargado por el más profundo éxtasis, y no le hacía caso. Aspiraba con deleite el humo de su cigarro, y veía con arrobamiento las mil caprichosas figuras que formaba al elevarse lentamente en la quietud de la atmósfera. A veces parecíale vislumbrar entre sus espirales la linda cabecita de Susana, sus bellos ojos tristes y suplicantes. Los labios de Alberto modulaban entonces secretamente el nombre de la joven. Jamás cigarro alguno tuvo para él tanto aroma.

Sonó la señal de partida. Subieron al departamento. El tren se puso en marcha. La luna iluminaba los campos.

Arrellanados en los asientos, tácitamente convinieron en suprimir la conversación, para no restar ni un minuto al placer del cigarro. Callados, pues, y fumando lentamente, entregáronse a la muda contemplación del iluminado paisaje.

Los ojos de Alberto se fueron entornando hasta quedar cerrados por completo. Abstraído de todo lo exterior, quedó embebido en la fervorosa contemplación de un ser bueno y bello que, en el fondo de su alma, dibujaba el pensamiento.

Consumidos los cigarros, se acomodaron para dormir. Cuatro eran en el departamento, y para todos hubo espacio.

Cuando el tren paró en Astorga, Alberto dormía profundamente; pero la voz ronca y cadenciosa de un mozo, pregonando el nombre de la estación, le despertó al instante. Se asomó a la ventanilla, queriendo descubrir su casa, donde nació..., y que ya no era suya. La primera luz del día acariciaba a la ciudad dormida... El tren salió muy despacio de la estación; corrió después...; la ciudad se borró, esfumándose entre la dudosa claridad del amanecer... Alberto secó sus ojos con el pañuelo, se envolvió en la manta y se echó de nuevo, ocultando la cabeza entre los pliegues de aquélla... Al volver a incorporarse, estaba ya muy lejos del amado lugar... El tren, con volubilidad femenina, iba de uno a otro pueblo, con la misma rapidez que la mujer va de uno a otro amor. Para ellas, los amores no son sino estaciones del camino de la vida.

El melancólico ambiente de la campiña gallega inundó su alma de tiernas sensaciones. Pedro, que desconocía esa hermosa región de España, no se daba punto de reposo en alabarla, aplaudiendo con entusiasmo los portentosos paisajes que se ofrecían prodigiosamente a su vista.

Llegaron a La Coruña. Era el 27 de agosto de 1904. El vapor no estaba en el puerto; arribaría en breve. Su salida estaba marcada para las seis de la tarde siguiente.

Limpios y aseados, echáronse a la calle en busca del telégrafo, para dar cuenta a la familia de su feliz llegada.

«Llegamos sin novedad» — escribió Pedro. — «La sorpresa, inolvidable» — añadió Alberto. Y firmaron.

Antes de cenar dieron un paseo por el Relleno y

los Cantones. La sirena del *Alfonso XII* les avisó de que éste llegaba, y acudieron al muelle de hierro para presenciar su majestuoso fondeo.

Aquella noche se acostaron muy temprano, para madrugar.

Embarcado el equipaje y tomada posesión del camarote, los amigos desembarcaron para dar un paseo.

Por la calle de Juana de Vega dieron en Riazor, y charlando sin cesar, fueron hasta la torre de Hércules. El cementerio, situado en alto, junto al mar, dió pie al macabro filosofismo de Pedro.

«De tener que morirse, y ya es una obligación poco agradable, al menos que lo entierren a uno en un cementerio tan *saludable y pintoresco* como éste.»

A medida que el tiempo avanzaba, la conversación decaía visiblemente... El almuerzo fué silencioso y sobrio... ¿Quién tenía ganas de comer? La inevitable hora de la separación llegó para los dos amigos, a bordo del navío.

—Cuando te cases, debes irte allá, conmigo —dijo Alberto, ya en el barco.

—Cuando seas rico... vendrás a dar una vuelta por aquí, ¿eh?

Un apretado y leal abrazo los unió por largo tiempo.

—¡Pijoteras mujeres! —gruñó Pedro.

Descendió éste al bote que le aguardaba, y dió orden al botero de llevarle hacia la salida del puerto.

La mar estaba un poco picada, y el neófito no tardó en sentir un gran vacío en su estómago. No obstante, se hizo fuerte y esperó a que el trasatlántico saliese. La sirena anunció que el barco se ponía

en marcha, y, a poco, altivo y gallardo, pasó ante Pedro, cortando airosamente el agua con la fina proa.

Alberto le saludó desde cubierta agitando la gorra; Pedro respondió con su sombrero hongo... El buque se alejaba velozmente... Los dos amigos aun se saludaban... Dejaron de verse... Pedro se puso el sombrero, pero olvidó encajárselo bien, creyendo que estaba en la Castellana, y un fuerte golpe de viento se lo arrebató, arrojándolo al mar.

Sorprendido por el brusco despojo, Pedro lo contempló unos instantes viéndole girar sobre el agua; después, con acento indignado, exclamó, haciendo reir al marinero:

—¡Lástima que no te pueda poner un palo y una vela, para que te fueras a Cuba tú también...!

—Eso es que le estaba a usted chico—dijo el botero riendo...

El sombrero, cual si se burlara de Pedro, negándose a ir a Cuba, hizo un último giro, y se hundió bajo una ola...

....

Era propósito de Pedro, una vez hecho el viaje, quedarse algunos días para conocer la población. Esto había pensado al salir de Madrid; pero al verse sin su amigo, le entraron tales deseos de volver a su casa, de estar entre los suyos, que al día siguiente salía de La Coruña para Madrid, jurando no volver a ponerse sombrero hongo para ir al mar. Para bromas, bastaba con una.



Segunda parte

I

En el que se da cuenta de algunas cartas que conviene conocer.

De Pedro, para Alberto.

Madrid, 20 de octubre de 1904.

Querido Alberto: Recibida la tuya, comprenderás que lo primero que he de hacerte constar, y de ello dan fe mis padres y mi hermana, es lo mucho que nos hemos alegrado de tu feliz arribo a esa bendita isla, un día nuestra... y otro día no nuestra, por obra y gracia de nuestros más ilustres gobernantes. ¡Pensar que fuimos los dueños del mejor tabaco del mundo y que ya no lo somos..., es cosa que parte el corazón! Tú podrás contemplar lo que perdimos, que yo, aunque no lo veo, me lo figuro..., y con esto basta.

Me pides en tu carta que te hable extensamente de mi familia, que, como dices muy bien, es la tuya; y yo, fiel cumplidor de tus deseos, paso, desde luego, al capítulo familiar, para satisfacerlos.

Tu partida fué en esta casa un jarro de agua fría, que a todos nos dejó helados. El disgusto que en ella reinaba, y del cual hablamos en una ocasión, a mi regreso de La Coruña lo encontré centiplicado. Si alguna duda pudieses tener del cariño de los míos, puedes disiparla por entero.

A Susana la encontré en la cama, y en ella estuvo más de ocho días, sin que nadie supiese su enfermedad, excepto yo, que pude figurármela por lo que te voy a referir, aunque traicione a mi hermana.

A día siguiente de traerte a casa desde la fonda Palentina, Susana me habló de su proyecto de visitar a María para tratar de reconciliaros. Yo, que, conociendo a tu mujer, me figuraba que no daría su brazo a torcer tan fácilmente, dudé en dar mi aprobación a semejante proyecto; pero tan decidida la vi, que hube de conformarme. El resultado de la entrevista fué negativo completamente. Lo que pasó en ella, nunca he logrado que mi hermana me lo confiese; mas por seguro tengo que algún disgusto debieron tener. Desde aquel día empezó a estar triste y a cambiar del modo que tú sabes. Aunque nada dije entonces, no por eso dejé de observarlo. Claro está que, siendo cosas de mujeres, no le di gran importancia, y por eso nunca quise obligar a mi hermana a que me lo comunicase, ni ella es tan maleable que se hubiera prestado, por fuerza, a enterarme de ello; pero, de todos modos, estoy seguro de que ésa fué la base de su enfermedad.

Los disgustos, a mi ver, no son otra cosa que tumores que le salen a la gente, y digo a la gente, porque a mí aun no me salió ninguno, en el corazón, en el alma o en el pensamiento; estos tumores necesitan tiempo para madurar, y una vez que están en sazón, revientan, echan la sangre podrida que contienen, y el paciente se pone tan bueno y tan sano. Esto es lo que le ha sucedido a Susana. Poco a poco la vemos recobrar su antigua idiosincrasia, un tanto modificada por la natural transformación de los años. Sabido es lo tontas y lo graves que se ponen las niñas al hacerse mujeres.

Efecto de la mejoría de Susana, vuelve a mis padres el contento, lo cual indica que lo perdieron por causa de ella. Mi casa, pues, recupera su aspecto normal.

En lo que a mí se refiere, te diré que cada vez me siento más filósofo. Las peripecias de tu vida me enseñan que es tonto afanarse por ella, y esta enseñanza aumenta mis pocas ganas de afinar y componer pianos. Me siento vago de tal manera, que hasta mis ideas son... vagas... Padezco una ignavia terrible.

Berta, a quien di cuenta de tu llegada, me encargó mucho que al contestar te saludara en su nombre, y me hizo una infinidad de chistes malos acerca de tu persona y de Cuba, chistes que no te transmito, porque no quiero que te dé la fiebre amarilla.

Nada más tengo que decirte de la *vieja* Europa, o, mejor dicho, de los que en ella vivimos.

Recibe un asfixiante abrazo de tu amigo *Pedro*.

De Alberto, para Pedro.

Habana, 1.º de enero de 1905.

Mala fama estarás echándome, y con razón; pero mis explicaciones te harán comprender la tardanza en contestar a tu carta del 20 de octubre.

Antes de justificarme, he de expresarte mi gratitud por vuestro noble intento de reconciliación entre María y yo. No me ha sorprendido el fracaso que me citas, ni pongo en duda que Susana tuviese por premio un gordo disgusto. De la que fué mi mujer, tú conoces la mitad; la décima parte, tu hermana.

Bien sabes que en mis últimos tiempos de permanencia en ésa, a causa de mi constante aburrimiento, de todos viví aislado, y por esa razón, no conocéis muchos de los detalles que precedieron al desastre. No creas que te los oculté por falta de confianza, no; bien sabes que a nadie mejor que a ti se los hubiese confiado; es que resulta tan duro tener que comunicar malas acciones de la mujer que se ama, de la mujer de quien sólo virtudes y bondades se hubiera querido referir, que, sin pensar, se huye de todos y de todo...

Conozco el temple de tu hermana, y no me sorprenden sus arrestos en tal ocasión... ¡Qué buena es Susana!... Es todo cuanto se me ocurre para ensalzarla... ¡Qué corazón tan hermoso el suyo!... Estas son las únicas palabras que acierta a trazar mi pluma en acción de gracias. Comprendo que ella sea en tu casa un tirano, dueño de vidas y haciendas; que viváis esclavizados a su voluntad y a su deseo.

El día que se case, será de luto para vosotros; para todos, pues yo, aun desde lejos, me siento cobijado bajo su égida. Díselo; hazle saber la gratitud que mi corazón guardará eternamente para ella. En estos días pasados he tenido ocasión de echarla de menos, por lo que luego verás.

Desde que llegué a este paraíso, y pensando en hallar un negocio para colocar mi pequeño capital de modo y manera que se haga mayor, he procurado aconsejarme de algunos compatriotas; y consejos, sabios y prudentes, no me han faltado. Efecto de ellos, he recorrido varias regiones de la isla para estudiar algunos de los asuntos que me proponen. Y aquí viene el echar de menos a tu hermana. Cada vez que he necesitado preparar el equipaje, no he tenido más remedio que recordar el arte y maestría con que ella me lo arregló al salir de Madrid... Y sigo mi relato.

A mi regreso a La Habana encontré en el hotel a dos compatriotas establecidos en la Argentina, donde tienen una gran fábrica de cigarros. La afinidad de los caracteres, nuestra edad aproximada y la casualidad de ser su padre de las proximidades de Astorga, ha dado lugar a que, en muy poco tiempo, nuestra amistad se haya hecho grande. No hay hombre sin hombre en la vida, y ellos son para mí seres providenciales que han de llevarme a puerto seguro.

Enterados de mis propósitos, tomaron el asunto como suyo, y dentro de unos días seré dueño de una plantación de tabaco, de *tabaco habano*. ¡Vaya unos puros que te vas a fumar de la marca Alberto Galván! De tal manera me han instruído en este ne-

gocio, que no parece sino que en mi vida haya hecho otra cosa.

Ahí te va, pues, explicada a grandes rasgos la marcha de mis asuntos, y la causa de que, habiéndome tenido que mover mucho, aun dentro de una Cuba (chiste malo que le brindo a tu Berta), haya demorado mi contestación hasta poder comunicarte algo satisfactorio.

Mucho he reído al leer lo de tu ignavia (yo también soy un poquito erudito, querido). Fortuna que tú, cuando más vago te sientes, aventajas en trabajo a cualquiera que presuma. ¡Quién sabe si el trabajo nos enriquecerá alguna vez! Yo, por mi parte, empiezo a tener esperanzas, como empiezo a tener ilusiones. En este ambiente, limpio de recuerdos, mi alma se siente libre de pesadumbres. El saber que tu casa vuelve a la normalidad complementa mi alegría.

Por hoy, nada más. Recibe un abrazo completamente filosófico de tu amigo *Alberto.*



II

En el que se sigue dando cuenta de algunas cartas que conviene conocer.

De Pedro, para Alberto.

Madrid, 10 de enero de 1907.

Por el contenido de tus anteriores esperaba, amigo Alberto, lo que en la última me comunicas: el soberbio resultado de tu balance, que te señala el camino de la fortuna. Esto me confirma en mi creencia de que, cuando las cosas vienen derechas..., no hace falta enderezarlas... Y tú, al conocer a los hermanos Piñerúa, conociste la suerte. Rico te veo; cargado de oro y pedrería; fletando barcos que te traigan a Europa, que te lleven a Oceanía... ¡Qué digo fletando barcos!... ¡Comprándolos! Ya veo por todas partes criados blancos, negros, amarillos... y de todos los colores. Coches, caballos, autos..., palacios de invierno y de verano... ¡Mareos me dan al ver todo esto! El cochino dinero es tan traidor, que hace perder la cabeza hasta a los amigos de quien lo tiene.

Lástima grande que esa fortuna, ya segura, no hubiese venido un poco antes para ahorrarte un sinfín de disgustos y contrariedades. Por más que, bien mirado, hay que reconocer la sabiduría de la Providencia; si esa fortuna se llega a presentar antes de separarte de María, seguramente te habrías muerto en la creencia de haber sido el hombre más amado de una mujer; mientras que así, has podido salir del engaño. Mas digo yo: ¿no es preferible, a veces, vivir engañado a saber ciertas cosas?

Mi filosofía no alcanza a desentrañar este problema psicológico; pero sí a decirme que me extiendo demasiado en el asunto. Si lo hago, es porque tengo presente lo que me dices de que te importa poco, ya que el recuerdo de la interfecta no turba tu paz en lo más mínimo. Sin embargo, hay asuntos que *lo peor es meneallos*... Solamente te preguntaré, para terminar, si has leído en la Prensa su contrata para América. Por si te importa, te lo advierto; por si te tiene sin cuidado, te lo digo.

Y ahora paso a comunicarte un asunto que me afecta directamente, y que me tiene sumamente perplejo, porque me demuestra la verdad de que nadie escarmienta en cabeza ajena, y de que no se cumple aquello de «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar...»; con lo cual viene como anillo al dedo, lo de «si adivinas lo que traigo en la cesta, te doy un racimo», porque no creo que dudes ya de lo que se trata.

No hay salvación para el hombre, Alberto amigo, no la hay... La mujer ha sido, es y será nuestro verdugo, unas veces por lo dulces, y otras por lo amargas. Aquellos amores míos que con Berta em-

pezaron en broma, ¡ay!, a punto están de acabar en serio... en trágico... ¡Por algo he sido siempre enemigo de las bromas!

Sabrás que yo, tu amigo del alma, el que debiera haber escarmentado con tus infortunios, en vez de huir del matrimonio como del diablo, voy a caer en sus garras, como el ser más cándido e inocente del mundo. A la hora en que leas esta carta, ya seré dueño de una blanca mano, y tendré unas pesetas menos, a causa de una estupenda pulsera que habré tenido que comprar para la muñeca de dicha mano. El caso es serio, porque una vez hecha la petición, una vez que te han dado la mano..., ya no queda más remedio que llevarse el cuerpo, y cuerpos como éste, que a lo mejor resultan cuerpos del delito, representan una responsabilidad que da al traste con todo mi humorismo y filosofía.

Consecuencia de este paso, malo, digan lo que quieran, ha sido el enterarme de una estupenda noticia. ¡Yo también soy rico!... ¡Chócala, Morgan! Al hablar de mis proyectos matrimoniales y de las espinosas sendas de trabajo que pensaba seguir para atender a la manutención de mi señora D.ª Berta... y de las Bertitas... y Bertitos que Dios se sirva enviar, que por mi parte no serán pocos, amén, mis padres me han hecho saber que, para cuando este caso llegara, me tenían guardado todo cuanto en mi vida gané; y esto es mucho... ¡Si yo llego a saberlo, hubiera trabajado menos! El trabajo ennoblece y enriquece..., pero cansa, y para cuatro días que va uno a vivir...

Al hablar de las citadas espinosas sendas con mi futura, ésta, que en lo tocante a combinar trapos,

encajes y cintas es una especie de Mme. Paquin chamberilera, me dijo que ella deseaba montar un taller de modista, porque tenía la seguridad de adquirir en seguida una gran clientela..., y de este modo, siendo los dos a ganar, viviríamos en el mejor de los mundos; pero yo, que pienso como tú, y sabiendo ya lo de mi riqueza, no he aceptado.

Mis propósitos consisten en montar un almacén de pianos, asociándome con mi padre, para que trabaje menos y pueda reunirle a Susana una dote decentita, y lanzarme a la pelea..., guardando mi mujer para mí solo. Si el tiempo lo hiciera preciso, aceptaría su ofrecimiento, cuya bondad y sabiduría hay que reconocer; mas por hoy, no es necesario.

Berta y yo te preguntamos: ¿Quieres ser nuestro padrino? Pero, no; esta pregunta es ofensiva para ti: tú serás nuestro padrino. Nuestro deseo sería que vinieses a presenciar la ceremonia; pero como comprendo que esto es mucho pedir, y que tal vez tus negocios no te lo consientan, mi padre te representará. Susana es la madrina.

En este momento se acerca a mí y me pide que te dé recuerdos de *tu comadre*. Ya ves que ella tampoco lo pone en duda.

Y hago punto final, que, a poco más, esta carta adquiere las dimensiones de una novela.

Muchos recuerdos de todos, y en especial de tu comadre, que sigue aquí, a mi lado..., comadreando...

De Berta y mío, un abrazo... Ya ves que empieza a serme infiel; pero así me lo encargó, y por lo menos ahora, hay que ser un futuro complaciente.—*Pedro*.

P. D. La boda se ha fijado para el 1.° de marzo. Susana y Berta se han hecho tan íntimas amigas, que, cuando se ven, siempre están de charla, sin que yo pueda enterarme de lo que tratan.

De Alberto, para Pedro.

Habana, 27 de enero de 1907.

Breve ha de ser mi carta para ti, ya que lo importante, en esta ocasión, he de escribírselo a Susana.

Me parece muy bien tu decisión de casarte, y creo que la perplejidad que te embarga debe cesar al momento.

En mi última etapa de permanencia en ésa, tuve ocasión, como tú sabes muy bien, de tratar con alguna confianza a tu novia, y, aleccionado por mi fracaso, hube de estudiar un poco su carácter, estudio que me permite asegurarte la felicidad. Te lo dice uno que fué desgraciado.

El ofrecimiento o petición que te ha hecho Berta de montar un taller tiene un valor inestimable, que revela el talento de esa muchacha. Tu caso es distinto al mío. En pocas palabras voy a exponerte la diferencia. Tu mujer quiere trabajar por amor a ti y a la casa; la mía, por amor a sí propia; y la mujer que se ama a sí misma está muy expuesta a dejarse amar de los que no debe... ¡Ya ves tú si hay diferencia!

He leído su contrata para América, y, sobre este punto, te diré, querido Pedro, que me tendría sin cuidado verla aquí mismo. Recuerdo mi matrimonio como un sueño, pero nada más.

Con el mayor placer iría a ejercer en persona mi honroso cargo, no sólo por tratarse de ti, sino porque ya siento deseos de ver mi patria. ¡Qué verdad que dentro de ella hablamos pestes y lejos la echamos de menos, como a cosa muy amada! La próspera marcha de mis negocios no me permite descuidarlos en esta época. ¡Apenas si es envidiable mi papel con una madrina como Susana! Ella vale la pena de hacer el viaje más largo del mundo.

Sobre lo referente a la letra que te envío, seguirás punto por punto lo que mande tu hermana. Te abraza, *Alberto*.

De Alberto, para Susana.

Habana, 27 de enero de 1907.

Susana bonita, bella comadre: Por las cartas que entre Pedro y yo se han cruzado, y por medio de postdatas, hemos sostenido una diminuta correspondencia, para mí muy agradable. Hoy, el motivo es tan importante, que requiere una carta entera, carta que yo escribo lleno de emoción a la santita, a la incomparable Susana.

Ante todo y sobre todo, permíteme que te exprese la alegría que tengo por nuestro próximo parentesco espiritual. Este parentesco parece que me da autoridad para quererte más aún de lo que te quiero, que es mucho; bien lo sabes. Al alejarme de vosotros por segunda vez, vuestros méritos han crecido de tal modo a mi vista, que hoy, más que nunca, puedo decir que sois todo cuanto amo en el mundo. Pero dejo este camino: sé lo modesta que

eres; los elogios te disgustan, y yo no quiero que mi carta te produzca ningún pesar.

Vamos, pues, Susana, al asunto que lo motiva, y que para mí es muy importante.

A tu hermano, como verás, le mando una letra de dos mil quinientas pesetas para los gastos que, como padrino de su boda, me correspondan. Ahora bien: como sé que si Pedro, o tus padres, manejan ese dinero, es posible que, por gastar poco, lo hagan mal, quiero que seas tú la que disponga en absoluto de él. Yo te conozco: en ciertas ocasiones te gusta que las cosas se hagan bien, y por eso me confío a ti. Si ese dinero no bastase, no dudes en pedir a tu padre un anticipo, que yo te remitiré en cuanto me lo comuniques.

Mis negocios marchan maravillosamente, y pudiendo hacer ese gasto, sería para mí un disgusto muy grande el que la boda de tu hermano no se hiciese como yo deseo. Tú ya me entiendes, Susanita; estoy seguro que interpretarás a maravilla mi pensamiento.

En cuanto al regalo que has de hacer a los novios, queda a tu elección.

Para ti, que en esto ya no me fío, sale un paquete postal conteniendo un corte de vestido. Para lo que tú mereces, nada vale; pero es el mejor que había en La Habana. Mira bien dentro del paquete, y en uno de sus rincones encontrarás dos objetos que, por su especie, podrás entregar acertadamente a tus padres. Para tu hermano saldrá en breve una remesa de tabaco.

¿Me prometes, me juras hacer todo cuanto te pido en esta carta?

Adiós, lindísima y gentil comadre. Tan ancho estoy con el parentesco, que no me cambio por nadie.—*Alberto.*

P. D. ¿Seré también el padrino de tu boda? ¿Cómo es que no tienes novio, siendo tan buena y tan bonita?

De Susana, para Alberto.

Madrid, 2 de marzo de 1907.

Alberto:

Mis hermanos salieron anoche para Sevilla. Yo he quedado encargada de comunicarte su feliz enlace, que se efectuó ayer, a las diez de la mañana. Antes de partir me encargaron mucho que te anunciase carta suya desde allí.

Tu envío de dos mil quinientas pesetas levantó en casa grandes protestas, por su cuantía, que todos juzgaron excesiva. La única que salió en tu defensa fuí yo. Mucha alegría me ha causado el que me hayas dado medio de ponerte a la altura que yo deseaba. Todo se ha hecho como tú querías; más bien con derroche que con escaseces.

En el capítulo de regalos figuraron los siguientes: un bastón y un reloj de oro y cadena, para Pedrín; reloj de oro y cadena, un vestido y un sombrero, haciendo juego, abanico y sombrilla, en la misma forma, para Berta. He gastado más dinero en ella, para que sepa quién es su padrino.

El vestido que me mandaste a mí es demasiado rico, te lo digo en serio. Aunque por serlo tanto no era propio para quien tan poco vale, pensando que cumplía tus deseos, lo llevé puesto en la boda; pero

ya no me servirá más... Es un vestido para una princesa, y yo no lo soy... Y ya que de mí me ocupo, te diré que, efectivamente, tus elogios me molestan, porque no los merezco. Desde que estás en Cuba, te has vuelto muy exagerado.

Yo también estoy muy contenta con nuestro parentesco espiritual, aunque, la verdad, ya podrían haberle dado otro nombre. En fin: hay que resignarse a ser comadre. ¿Y qué falta te hacía el parentesco para quererme cuanto debes? Yo, al menos, siempre he procurado ser merecedora de tu cariño.

Si tantos deseos tienes de que me case, mándame un novio de por ahí. En Madrid nadie me dice nada; lo cual te demuestra que ni soy tan buena, ni tan bonita como tú supones.

He de comunicarte que Pedro, desde algunos días antes de su matrimonio, se nos puso tan estirado y serio, que yo hube de bautizarle con el sobrenombre de «el Grande». Cuando yo me reía de la seriedad de Pedro el Grande, con mucho énfasis me arengaba, diciendo: «¿Es que te figuras que esto de casarse no es cosa grave?» Y sí que debe ser muy grave; ¿no es verdad, Alberto?

Los papás te escriben por separado, dándote las gracias de todo. Recibirás las cartas juntas.

Señor millonario: consérvese tan bueno como yo deseo, y reciba el cariño de su comadre, *Susana.*

De Berta, para Alberto.

Sevilla, 12 de marzo de 1907.

Sr. D. Alberto Galván... ¡Ya empiezo mal! Pedro dice que no debo tratar a usted con tanta etiqueta: que debo tratarle de tú...; pero a mí esto me da mucha vergüenza... ¡No puedo!... Además, dice que esta carta, aunque la escriba yo, porque él tiene la mano derecha lastimada, es como si fuese suya; y que esto no tiene vuelta de hoja, porque siendo yo quien la escribe, suya, suya ha de ser la carta, y suyo... ay... ay... ay... cuánto suyo y cuánta suya... No puedo seguir copiando todo lo que me dice.

Bueno; pues borre usted lo de D. Alberto Galván, y ponga usted: Querido padrino... Eso es. Querido padrino: Aquí estoy poco menos que frita, no tanto por el calor que disfrutamos como por las incesantes advertencias que mi señor esposo me hace, desde su silla, acerca del cuidado que debo poner en el empleo del *lo* y del *la*, y de qué sé yo los dativos y acusativos que suelen emplearse mal. ¿Usted tiene alguna noticia de eso? ¡Yo, no! Pedro se enfada conmigo, como si yo tuviese la culpa. Le digo que me compre algún tratado de Agricultura, o cosa así, para aprenderlo, y se pone furioso, porque dice que no sabiendo Gramática, no puedo ser una buena madre. Si usted fuese mujer, le preguntaría si es que esto sirve para criar a los chicos; por más que no debe servir, porque, según mi marido, el dativo es un alimento espiritual, y yo no les daré ese alimento a mis hijos: no quiero que se queden espirituados.

Le advierto a usted que todos los borrones y tropiezos que vayan en esta carta son por culpa de su amiguito, que está indignado con mi estilo epistolar. ¿Y qué le voy a hacer, si no tengo otro? ¡Ah! que se fije mucho si he puesto algún acusativo fuera de su sitio; si es así, hágame el favor de cogerlo y colocarlo bien, ¿eh?

Aquí llegamos el día 3, y si no le hemos escrito antes, no crea que fué olvido, sino que, a poco de llegar, Pedro se lastimó la mano; y esperando... esperando, se pasaron los días, hasta llegar al duro trance en que me veo, por culpa de mi maridito, que no quiere demorar por más tiempo el escribirle... por mi mano.

Escribir bajo la dirección de Pedro es un verdadero martirio: todo quiere que lo ponga a un tiempo... Y yo que escribo tan despacio...

Díle que estamos muy contentos; díle que estamos encantados de su esplendidez como padrino, y orgullosos de tener uno multimillonario; que *te se*... digo, que se te pasa decirle que los regalos que compró Susana fueron de nuestro mayor agrado; que no te acuerdas de acusarle recibo de las cajas de habanos... Ya *te se*... ya se te pasaba hacerle saber que de aquí nos iremos el 20 de este mes; que estaremos ocho días en Granada, y tal vez cuatro en Córdoba... para estar el 30 en Madrid.

Y con tantas cosas como quiere que le diga, y le cuente, y le pregunte, se me olvidaba lo de más interés; y esto no es sólo mi marido quien lo dice, sino los dos. Tenemos muchos deseos de verle por aquí. Siendo un hermano para Pedro, para mí sería una gran satisfacción que honrase nuestra casa. Si

cuando éramos novios aseguraba que yo le quería a usted más que a él, quisiera que me diese ocasión de demostrarle lo que yo quiero a los que son para mi marido lo que usted es.

A propósito: ya que tiene tanto ascendiente con él, ¿por qué no le sermonea para que me deje poner el taller? Yo sería así mucho más feliz, pensando que no le era gravosa.

¡Cuánto trabajo me ha costado defender estas líneas!... Y es que mi Pedro es el hombre más bueno del mundo. No se enfade y tenga en cuenta que es su mujer quien lo dice.

Y perdone, por Dios, hermano, que nunca, en la vida, escribí carta más larga que la presente, y mi mano se cansa.

Sepa, pues, que estamos casados, que somos felices, y que deseamos su presencia en Madrid. Véngase para acá, que hemos de tratarle a cuerpo de rey, y si quiere saber más cosas, espere a que Pedro pueda escribirle, que su ahijada no pone ya ni un renglón, como no sea el necesario para mandarle un abrazo.—*Pedro y Berta.*



III

Julio de 1908.

Transcurrían los primeros días del mes de julio de 1908.

En la cocina de su casa, D.ª Teresa, con blanco mandil que le cubría pecho y falda, inclinada sobre una gran tabla llena de amarillenta masa, hundía en ella sus pulcras manos, afinándola trabajosamente. Un poco más distante, Juana, la criada, disponía el relleno de las futuras empanadillas.

Solas estaban en la casa las dos mujeres. Don Teodoro, desde muy temprano, se iba al almacén de pianos, establecido en la calle de Hortaleza, y no regresaba hasta la hora de la comida.

Pedro, con su mujer y su hermana, había salido el día antes para San Sebastián.

Aquel año, satisfecho de la marcha de los asuntos, habíalas invitado a pasar una temporada en dicha estación veraniega. Berta se hallaba en el cuarto mes de su segundo embarazo. Esta circunstancia influyó mucho para que Pedro se decidiese a dejar a su padre con todo el trabajo, que, si en aquella época disminuía mucho, nunca faltaba. Pro-

metíase que aquellos aires saludables impedirían que su segundo intento de paternidad se malograra, como el primero.

Don Teodoro y su mujer, ilusionados con la idea de ver corretear por su casa a un pequeñuelo que les recordase los tiempos en que sus hijos lo eran, influyeron grandemente para que la idea se llevara a efecto.

Resuelto el llevar a Berta, ni ella ni su marido consintieron en dejar a Susana en Madrid.

Berta había caído de pie en la familia. Susana, sobre todo, de tal manera simpatizó con ella, que días enteros se los pasaba en el almacén con sus hermanos. Una y otra se contaban sus secretos, manteniendo largas y frecuentes conversaciones. Berta demostraba por su cuñada un verdadero cariño; había en sus maneras, en su modo de hablarle un imperceptible y misterioso aire de compasión, que nadie notaba.

Fué deseo del joven matrimonio que todos se fuesen a vivir al almacén, puesto que en el piso que le era anejo sobraba espacio; pero D. Teodoro se opuso, alegando que no era prudente dejar la vieja casa hasta que la clientela se habituase a ir a la tienda. No era conveniente perder afinaciones.

El antiguo taller fué trasladado, desde luego, a la nueva casa, y la habitación que tantos años ocupara volvió a recibir su empleo de sala.

Heñía con fuerza la masa D.ª Teresa, y descansaba a ratos, sacando las manos enguantadas de pasta, y poniéndolas en alto. Echaba un vistazo al relleno que preparaba Juana, corrigiendo los defectos que notaba, y con nuevo ardor volvía a su tarea.

Eran las once de la mañana. La campanilla de la escalera sonó viva y prolongadamente, asustando a las dos mujeres, que, mirándose sorprendidas, suspendieron sus ocupaciones.

Corrió la criada a la puerta, por imperioso mandato de la señora, que por seguro tenía ya ser algún recado que le llevaban del almacén, por haberse puesto malo D. Teodoro, y prestó ella atención, para salir a la primera voz de alarma que escuchase. Con las manos en alto, para que la masa no cayera al suelo, aguzó el oído, acercándose a la puerta de la cocina. Una voz de hombre llegó hasta ella, causando gran sobresalto a su corazón. La voz sonaba más próxima; avanzaba por el pasillo, formando animado diálogo con la criada, que, no conociendo al recién llegado, oponíase a su, al parecer, violenta irrupción dentro de la casa.

Alarmada D.ª Teresa, sin pararse a limpiar las manos, salió al encuentro del que así se colaba de rondón, segura de que no se trataba de ningún operario del almacén, y temerosa de quién pudiera ser.

Al doblar el ángulo del pasillo, dióse de bruces con un hombre, y se sintió cogida por unos robustos brazos, que la estrechaban con fuerza, sin reparar en el pegote de masa que las manos de D.ª Teresa dejaban en su ropa.

—¡Alberto, hijo mío!—dijo la buena señora, con voz que el susto y la sorpresa hacían temblar.—¡Tú, Alberto...!

—Yo, D.ª Teresa; yo mismo, que no me canso de abrazarla y de besarla—respondió éste, uniendo la acción a la palabra.—Yo, que me veo en esta bendita casa y no lo creo.

Jesuseó D.ª Teresa sin darse punto de reposo, en tanto que Alberto hablaba, hasta que, cayendo en la cuenta de que toda la pasta iba pasando de sus manos a la ropa del joven, hubo de advertírselo, para que la soltase de entre sus brazos.

—Ven por aquí..., ven por aquí, hijo...; ven—decía, guiándole hacia la sala, cuyas ventanas tenían las maderas entornadas. Fué su primera idea abrirlas; pensó luego ofrecer una silla al joven, y de uno a otro intento iba la buena señora sin poder realizar ninguno.

—Mira, Alberto; abre tú mismo, y siéntate; yo voy a lavarme, y vuelvo.

—¿Y D. Teodoro... y Susana?—preguntaba Alberto, siguiéndola hasta la puerta.

—No están... Pero aguarda..., que vengo en seguida.

Obedeciendo las instrucciones recibidas, Alberto abrió las ventanas, y la luz se precipitó a torrentes en la sala, iluminándolo todo. Al pronto quedó cegado por la viva claridad del sol, que a tales horas daba de lleno en la casa.

El antiguo taller aparecía ahora convertido en una linda sala, amueblada con gusto, y la bondad de los muebles daba a entender el bienestar de los dueños. En las paredes pudo ver algunos grabados y retratos. Fijó su atención en uno de éstos, y para mejor examinarlo, avanzó algunos pasos. Era un retrato de cuerpo entero, de Susana. Debía ser muy reciente, a juzgar por el cambio que en ella se notaba. Desprovista del carácter aniñado con que Alberto la dejase al partir, la expresión de su rostro era más seria, sin carecer de dulzura: la mirada,

menos inocente. Había engordado un poquito, adquiriendo una plenitud de formas asombrosa. Contando por los suyos, que eran treinta, sacó Alberto la cuenta de que eran veintiséis los años de ella. La imagen de Susana le atraía irresistiblemente. Contempló su rostro, su boca sonriente, aquellos labios, que cuatro años antes le besaran con tanto amor... El primer beso de pasión de aquella hermosa mujer fué para él... ¡Estaba seguro de ello! Mil confusas ideas se agitaron en su pensamiento... ¿Por qué Susana no se había casado? ¿Por qué no estaba en casa? ¿A dónde había ido? Aquel tierno amor que él la inspirase, ¿existía aún? ¿No estaba, quizás, en aquellos momentos con su novio?

El doloroso malestar de la incertidumbre se apoderó, violento, de su persona. No apartaba sus ojos del retrato, queriendo penetrar el secreto de la muda imagen.

Cual bandada de tímidas palomas, huyeron sus embarulladas ideas al sentir la voz de D.ª Teresa, que precipitadamente regresaba.

A su vez, le tocó el turno de estrechar entre sus brazos al forastero, en medio de una serie interminable de exclamaciones, encaminadas a manifestar su asombro, bien por lo gordo que se había puesto, bien por lo moreno y tostado del sol que le encontraba, amén de otra porción de circunstancias que en él se advertían.

Satisfechas las mil preguntas de D.ª Teresa, sufrida la filípica por haberse presentado sin avisar, aun cuando ello implicara el deseo de sorprenderlos agradabilísimamente, y calmada, en fin, la insa-

ciable curiosidad de la buena señora, pudo Alberto satisfacer la suya, que no era poca.

Al saber que el elemento joven había salido en masa para San Sebastián el día antes, sufrió una tremenda decepción. Venir desde tan lejos para dar una sorpresa, y resultar sorprendido, no era, ciertamente, muy agradable.

—¡Cuánto lo van a sentir! Pero tú vendrás para una temporada larga, ¿verdad? ¿Por qué no te vas allí?

Cosa era aquella que, *in pectore*, resuelta estaba por Alberto desde que supo la nueva.

La llegada de D. Teodoro dió lugar a nuevos abrazos y explicaciones: «¡A quién se le ocurría haber ido a un hotel, estando ellos allí!... ¡Bien se echaba de ver lo que disminuyese su cariño en aquellos cuatro años! Si hubiese escrito anunciando la llegada, los chicos habrían retrasado el viaje...»

Trabajo, y no poco, le costó a Alberto hacer comprender al ofendido D. Teodoro que su deseo era darles la más cabal sorpresa.

Por sabido, podría callarse que comió con el matrimonio, y que, mientras tanto, tuvo que dar cuenta minuciosa de la marcha de sus asuntos en Cuba.

La plantación de tabaco comprada al llegar había triplicado su extensión, y en dinero contante y sonante, tenía algo más del que llevó. Estos progresos, realizados en cuatro años, eran superiores a todo cálculo, y se debían, en su mayor parte, a la decidida protección de los hermanos Piñerúa.

—¡Qué hombres!...—interrumpía D.ª Teresa, en sentido admirativo.

Triplicada la plantación, con la próxima cosecha vería doblarse el capital, y, a partir de este momento, crecería como la espuma.

Terminado el relato por parte de Alberto, don Teodoro hizo el suyo, poniéndole al corriente de la excelente marcha del negocio de pianos. La entrada de Berta en la familia habíales colmado de alegría. ¡Era una buena muchacha!

—¡Pobrecito hijo!... ¡Cuánto nos hemos acordado de ti!—gimió D.ª Teresa.

—¡Bah! ¿A qué viene recordarle ahora...?

—No importa; me son indiferentes.

—¡Y haces bien!

Alberto, que no pensaba en otra cosa que en salir aquella misma tarde para San Sebastián, tuvo que hacer acopio de paciencia, en espera de la hora conveniente.

Cuando el tema de su marcha se puso a discusión, opinó el matrimonio que debía esperar a que se recibiera carta de los chicos con las señas de la fonda; pero Alberto, que no estaba dispuesto a dejarse convencer, opinó que allí se encontraba a la gente en seguida..., y que él tenía prisa de ver a sus amigos.

Terminada la comida, se encaminaron al almacén, elegantemente instalado. El taller de reparaciones, sobre todo, era soberbio. Diez operarios trabajaban en él a las órdenes de Pedro, que era el que llevaba el peso del negocio.

—Nos vais haciendo viejos—decía D. Teodoro, enseñando todas las dependencias al visitante.—Pedro reune tales condiciones para este asunto, que se hará el amo en Madrid—añadía con íntima satisfacción.

A las siete, Alberto consiguió separarse de don Teodoro, prohibiéndoles terminantemente bajar a despedirle. Solamente tuvo que prometer que los últimos días de permanencia en España los pasaría con ellos.

Cuando D. Teodoro regresó a su casa, él y su mujer se quedaron mirando, al hacerse la siguiente pregunta: «¿Correrá algún peligro la tranquilidad de Susana?» Uno y otro se dieron idéntica respuesta: «Susana está curada».

El expreso del Norte arrancó de la estación, dando tregua a la impaciencia de Alberto...



IV

En el Gran Casino.

Afortunadamente para el impaciente joven, el viaje en 1908 a San Sebastián era mucho más breve que en 1840. Entonces se tardaba dos días en hacer el camino en una pesada e incómoda diligencia, que cambiaba veinticinco veces de tiro, y en la que costaba novecientos reales ocupar un asiento de berlina, y setecientos veinte lograr acomodo dentro del armatoste. Entonces se llegaba a una ciudad encogida entre murallas, alumbrada por sesenta quinqués de petróleo, seis de los cuales disminuían las sombras de la plaza de la Constitución, según refiere mi querido amigo D. Ángel Pirala en su precioso libro *San Sebastián en el siglo XIX*, y ahora el viajero queda admirado de la que contemplan sus ojos. Esta población, la que se estremecía hasta sus cimientos con la visita del muy amado monarca Fernando VII, que se dignó llamarla «su ciudad», y en cuyo honor se hicieron toda clase de fiestas, que importaron más de ochenta mil reales; la que primero proclamó a Isabel II; la que sufrió honda pena al verla partir para la emi-

gración, el 29 de septiembre de 1868; la que supo guardar a la real persona, no sólo todos los respetos debidos, sino que aun quiso defender una causa completamente perdida; la que, como el ave Fénix, supo renacer de sus cenizas de 1813, es hoy una bella ciudad, linda y coquetona, propensa a todo lo que sea progreso y cultura, honrando a España con la fama tan justamente adquirida. Sus habitantes patentizan constantemente su proposito de seguir la marcha acompasada que emprendieron con el caminar de los tiempos. La hermosa ciudad, ni queda rezagada, ni se estaciona.

Cuando Alberto, instalado en el hotel de Londres, hubo concluído el aseo de su persona, lanzóse a la calle, ganoso de encontrar, cuanto antes, a sus amigos. El primer sitio donde ha de buscarse a unos veraneantes es la playa: allí se dirigió. Toda la mañana estuvo haciendo inútiles investigaciones en aquella parte de la población.

Almorzó malhumorado en el hotel, y volvió por segunda vez a la calle. La Zurriola, la Concha..., todo fué recorrido por él. Husmeó en cafés y establecimientos públicos; inquirió por la plaza de Guipúzcoa, el *boulevard,* la avenida de la Libertad, y, ya rendido, se dejó caer en una silla del café de Oteiza, para refrescar las fauces con un poco de cerveza. Por primera vez pensó que hubiera sido cuerdo esperar en Madrid a que su amigo escribiera... Pero ir a San Sebastián para estarse metido en casa, no se comprendía, y de no estarse en casa, lo natural, el primer día de estancia en un punto que no se conoce, es dar *un vistazo* a la población. Si sus amigos hubieran hecho esto, es seguro que

los habría encontrado. Pensando en cuál pudiera ser la causa de su retraimiento, creyó haber dado con ella al recordar el estado de Berta; era seguro que, por indisposición de ésta, no habían podido salir de la fonda.

Esa era la verdadera causa, a juicio de Alberto, que sólo guardaba ya una esperanza: encontrarlos aquella noche en el Casino, si no a todos, por lo menos a su amigo. Aunque alguna de las mujeres estuviese indispuesta, Pedro saldría a tomar café. Aferrado a esta idea, suspendió sus investigaciones, y permaneció en Oteiza hasta la hora de cenar.

Satisfecha esta necesidad, encaminóse al Casino, donde una vez depositado el gabán en el guardarropa, dióse a recorrer los salones, que casi le eran desconocidos. Penetró en la sala de juego, y por un momento, se olvidó de su principal misión en aquella noche. Fué de una a otra mesa; vió perder grandes cantidades y ganarlas; contempló a las damas arriesgando valientemente su dinero a las proezas de los caballitos. Él no había jugado nunca. Arrojó un billete de cien pesetas sobre el tapete. ¿Qué suerte tendría? El banquero le dijo que buena, entregándole doble cantidad. Dos veces más repitió, con las ganancias, y otras dos volvió a ganar. Encogiéndose de hombros, se dispuso a seguir buscando a sus amigos. Cansado de lo infructuoso de su tarea, fué a la terraza, con ánimo de tomar un refresco.

Eran las once próximamente. El sitio estaba muy concurrido. Distinguiendo en un rincón una mesa desocupada, por entre las demás encaminóse a ocuparla. De pronto, se sintió cogido de un brazo, y el sonido de una voz amiga le hizo volver la ca-

beza para ver quién le sujetaba. Alberto se vió, de pronto, en la situación más anómala y extraña que pudiese haber soñado. Lo inesperado le salía al paso resueltamente. El pasado, el presente y el futuro gravitaron, terribles, sobre él. En torno de un velador, sus ojos contemplaron cinco personas: los hermanos Piñerúa, Enrique y Carlos, que no cesaban en sus demostraciones de alegría por el encuentro con Alberto; la María Quer, otra señora desconocida y, un poco más separado, un caballero enjuto, rasurado completamente, vestido de frac, y como de unos cuarenta años. La mirada de las seis personas expresó en aquel momento muy diversas sensaciones. Los Piñerúa daban a entender con ella franco y leal contento; María, temor, duda, incertidumbre; Alberto, la más profunda sorpresa; curiosidad indiferente demostraba la de la señora; sobresalto..., intranquilidad, expectación, la del caballero de frac.

María y Alberto estaban como sugestionados: ansiosa ella de inquirir el pensamiento de su marido; privado de toda idea, él.

Viendo los hermanos Piñerúa que Alberto no contestaba a sus efusivas muestras de cariño sino con mudos apretones de manos, y notando el insistente y recíproco mirar entre él y la Quer, quedaron callados, sin saber qué explicación dar a la incomprensible escena.

María se sobrepuso instantáneamente. Comprendió que su marido no sabía qué rumbo tomar. El disimulo era necesario. Recobró, pues, su encantadora sonrisa, y, con resuelto atrevimiento, dijo:

—Siéntate aquí, Alberto—y a la par hacíale sitio a su lado, acercando una silla próxima.

—¿Se conocían ustedes?—dijo entonces uno de los hermanos.

—Mucho—respondió Alberto, recobrando el dominio sobre sí mismo.—Desde antes de empezar su vida artística.

—¡Ahora me explico su anterior embobamiento! — agregó humorísticamente el otro Piñerúa, haciendo al mismo tiempo una seña expresiva a su hermano.

El caballero afeitado no apartaba su vista de Alberto y María. Ésta, retirándose aún más del velador, acercó atrevidamente su silla a la de su marido. Recobrado por completo el aplomo y la serenidad, mirábala éste, dejando vagar por sus labios una sonrisa expectante. Diríase que los dos querían eludir la primera palabra.

—¿No me dices nada, Alberto?—preguntó al fin ella, con voz un tanto insegura.

Alberto, por toda respuesta, acentuó su sonrisa.

—¿Me odias..., te soy indiferente..., o me quieres aún un poquito?

—Una mujer que se encuentra en la vida casualmente no puede, por el pronto, inspirar ninguna de las tres cosas...

—Es decir, que para ti no hay sino una mujer que se encuentra en la vida...

—Ni tú ni yo... nos buscábamos...

—Tampoco la otra vez... Entonces te inspiré cariño; ahora..., ni odio siquiera.

—Si me inspirases odio, sería que recordaba haberte querido.

—¿Y no lo recuerdas?—murmuró ella, acercando su rostro al de Alberto y mirándole de un modo incitante.

—¡No!

—¿Es posible que un amor tan grande pueda concluir de esa manera?

—Las grandes pasiones tienen ese inconveniente: cuando quiebran, mueren.

María se reclinó en la silla, y tras de breve pausa, exclamó:

—¡Tienes razón!... ¡Tú no eres un hombre como los demás!...

—Tardío conocimiento el tuyo de mi persona.

—El tiempo me enseñó a conocer lo que vales... Es un poco tarde, ¿verdad...?—dijo, adelantando nuevamente su cara hacia Alberto.—He pensado mucho en ti. En la Argentina, esos amigos tuyos me hablaron varias veces de un amigo que tenían en Cuba... Te quieren mucho... Lo mereces...

—Extraño es que tú lo digas.

—¡Qué sabía yo entonces!... Tu amor tan grande para mí fué, tal vez, un mal para los dos... Tu excesiva susceptibilidad, tus exagerados miramientos... Sin duda que mi carácter necesitaba de una voluntad de hierro que... Pero me abandonaste...

—Al verme abandonado por ti... No hice más que darte la libertad que ambicionabas... ¿Por qué había de ser un obstáculo a tus ilusiones, que hoy, sin duda, ves realizadas? El amor calderoniano no es de mi cuerda. Gusto del amor dulce y apacible, no del que se impone por la fuerza. A seguir juntos, viviríamos, quizá, en un pisito de seis duros, como unos infelices...

—Pero amándonos.

—El amor en una buhardilla es ridículo; tú me lo enseñaste...

—Quién sabe si, a conocernos ahora, seríamos felices...

Los hermanos Piñerúa, en tanto que el matrimonio hablaba, habían acercado sus sillas a la del caballero rasurado y hablaban en una *discreta* alta voz, para dejar que Alberto y María, entre los cuales sospechaban algo más que amistad, charlasen a sus anchas; pero el tal caballero, sin dejar de responder a los hermanos, no quitaba su vista de la pareja. El mirar de aquel hombre tomaba por momentos una dureza extremada. Sus músculos se contraían violentamente. Los hermanos trataron de absorber la atención de su compañero, mas no lo consiguieron.

María, por su parte, advirtiendo la creciente inquietud del caballero, llamado sir James, volvióle la espalda, quedando de frente a su marido. La otra dama, que lo era de compañía, en sustitución de la insaciable D.ª Rosa, dejaba correr los acontecimientos, indiferente a ellos. Le pagaban por acompañar, no por preocuparse. Alberto tenía una de sus manos apoyada en el respaldo de la silla de su mujer. Buscaba el modo de terminar aquel inoportuno diálogo, comprendiendo que, de prolongarse demasiado, la extraña influencia que ella ejerciera sobre todos acabaría por pesar sobre él. Instintivamente, con la otra mano buscaba sobre la ropa el contacto de la cartera en que aun guardaba el sobre en blanco, cual arma defensiva.

María, consciente o inconscientemente, puso una

de sus manos sobre la que Alberto apoyaba en el respaldo de la silla. Al cálido y suave contacto, levantó él la inclinada cabeza. Sus miradas se encontraron. Quiso separarse. La mano de María, oprimiendo fuertemente la suya, le detuvo.

—Espera... Quiero pedirte un favor...

—Todo lo que la galantería de un hombre puede conceder... está a tu disposición...

—Ve a verme mañana al hotel...

Alberto hizo un gesto desdeñoso.

—¿No puede concederme eso tu galantería?

—Demos por terminado el encuentro... Era preciso disimular, y accedí a sentarme; pero tú comprenderás que nuestra conversación es innecesaria. Sigue el camino que te trazaste y déjame continuar por el que me trazó el Destino...

Con un pequeño esfuerzo separó su mano de la de María, y se puso en pie. Ella le imitó. Miráronse aún por última vez. En el rostro de ella notábase cierta emoción. El de Alberto permaneció frío e impasible.

—Espera. Si puedes concederme todo lo que la galantería de un hombre concede a una mujer, lleva en el ojal este clavel... hasta que se marchite, y acuérdate de mí..., siquiera sea como suele acordarse el hombre de la mujer que halló una vez en la vida... y no le fué desagradable...



V

Lo inesperado.

Nadie pudo darse cuenta de cómo ocurrió el suceso. Sir James se encontró de pronto frente a Alberto, y con ademán brusco, despidiendo llamas por los ojos, pálido como un cadáver, le arrancó el clavel del ojal y lo arrojó violentamente al suelo.

Antes de que nadie pudiera evitarlo, la mano del exviolinista había golpeado el rostro del caballero.

La escena fué tan rápida, que los hermanos Piñerúa sólo llegaron a tiempo de interponerse entre ambos, una vez realizada la agresión. Salieron a relucir las tarjetas. El público de la terraza se arremolinó prontamente en torno del grupo, y la noticia, corriendo veloz al interior del Casino, empezaba a echar fuera curiosos, ávidos de saber.

María, presa del mayor espanto, refugiábase en los brazos de su dama de compañía, sin poder articular palabra. Sir James se alejó con unos amigos, y Enrique, puesto de acuerdo con su hermano Carlos, se llevó a Alberto. El nombre de la artista corría de boca en boca como causante del lance. Carlos, para librarla de la creciente curiosidad que

despertaba, le ofreció el brazo y la sacó de la terraza, abriéndose paso entre la gente. La terrible escena la tenía anonadada. Reñida fué la contienda que, camino del alojamiento, hubo Carlos de sostener con ella, para convencerla de que su papel, en caso semejante, era estarse queda y dejar que los acontecimientos siguieran su curso inevitable. Cruel fué la tortura de la artista, por no atreverse a confesar a Carlos que Alberto era su marido; pero comprendía que revelarlo en aquellos momentos hubiera sido ponerle en ridículo, y el temor selló sus labios. A todo trance quería que su acompañante la llevara a ver a sir James, para negarle todo derecho a mezclarse en su vida. Por fin, Carlos pudo lograr que entrase en el hotel, con promesa formal de no cometer ninguna locura. Él iría a ponerla al corriente de todo.

Entretanto, Enrique y Alberto llegaban, por la avenida, hasta el puente de Santa Catalina, y volvían a desandar el camino, paseando lentamente. Alberto estaba, al parecer, tranquilo. El acto realizado por aquel hombre le demostraba claramente que se trataba de un pretendiente de su mujer. Esta idea, confirmada por su amigo, hízole sonreir despectivamente. ¿No se vería nunca libre de la sentencia matrimonial?

Aquel enamorado caballero, éralo de María desde que ésta fué a Buenos Aires. De nacimiento inglés, residía en la Argentina desde muy joven. Prendado locamente de la artista, le hizo regalos principescos, entre los cuales se citaba un soberbio collar de perlas. Nadie sabía que ella hubiese alentado aquel amor en modo alguno; mas el inglés juró

seguirla por todo el mundo hasta hacerse amar de la tiple. María se rebeló contra semejante persecución; pero, no teniendo modo de impedirla, tuvo que resignarse. El tesón del inglés corría parejas con su proceder respetuoso para con ella. Era un perro que, con la mayor sumisión, aguantaba los desaires y repulsas de la artista, cuando en algunos momentos ésta se enfadaba.

Enrique Piñerúa, hombre de un carácter encantador, de franca fisonomía, alto, fornido, de cabeza gruesa y cabello encrespado, ojos expresivos y voz llena, deteníase a cada paso para manifestar el convencimiento que tenían, él y su hermano, de que lo sucedido iba a ocurrir de un momento a otro. Hicieron todo lo posible por distraer al celoso Otelo; pero... ¡que si quieres!

—Yo suponía, y estoy seguro de que a mi hermano le pasaba igual, que tu conversación con la María Quer iba a ser breve; pero, ¡caramba!, por lo visto teníais muchas cosas de que tratar. Esperando siempre que, de un momento a otro, terminaseis, es como dejamos llegar las cosas al extremo que llegaron. ¡Qué más quiso él que verla ponerte el clavel en el ojal!... Bueno; pero tú, indudablemente, has tenido más que amistad con ella... ¡Tú no me la das!

Dejaba Alberto hablar a su amigo, eludiendo la respuesta a ciertas preguntas. Frecuentemente respondía con risas a las preocupaciones de su buen amigo.

—¿Te ríes, cuando estás a las puertas de un duelo?

—¿Y qué quieres que haga? Venir de Cuba para esto, ¿no es un caso de risa?

Carlos llegó a reunirse con ellos, y los tres se fueron al hotel de Londres, para que Alberto les diera instrucciones. Éstas fueron todo lo amplias que se pudiera desear. El ofendido era él, mas poco le importaba que sir James se creyese con derecho a la elección de armas. ¡Él no sabía manejar ninguna!

Los Piñerúa permanecieron con su apadrinado hasta muy avanzada la noche, retirándose después, para dormir algunas horas y visitar por la mañana temprano a sir James.

Cuando Alberto quedó solo, pensó en sus amigos de Madrid. Hubiera sido una gran cosa haber encontrado a Pedro aquella tarde. Sentado en una butaca, quedó abstraído en intrincadas ideas. Momentos tuvo en que, pensando muchas cosas, podría jurar que no pensaba en nada. Por lo visto, la historia de su casamiento no estaba terminada con la separación; necesitaba un epílogo... Aquel desdichado asunto no se resolvía de la manera tan sencilla como se resuelven tantos otros. ¿Qué le reservaba aún el Destino?

Dejando la butaca, las manos a la espalda, el habano en la boca y la cabeza baja, se puso a pasear por la habitación.

Amanecía. Rendido moralmente, Alberto se desnudó y se metió en la cama.

A las once de la mañana, fuertemente sacudido por Enrique y Carlos, uno a cada lado de la cama, salió de su profundo sueño.

—¡Duermes como el hombre más libre de preocupaciones!—dijo el uno.

—¡Como si hubieses pasado la noche en brazos de la María Quer!—añadió el otro.

—¿Qué hay... qué pasa...?—replicó Alberto, incorporándose, sacudido por aquellas palabras, que percibiese en medio de su somnolencia.

—Que ya hemos visto a los padrinos de tu adversario.

—Bueno, pues me alegro.

—Que veníamos a comunicarte las condiciones acordadas. Duelo a pistola, a veinticinco pasos... Seis disparos.

—Me parecen pocos; pero, en fin, es un programa magnífico para seguir durmiendo.

—El duelo se verificará mañana, a primera hora...

—Bueno.

—Es preciso que hoy te ejercites un poco en tirar al blanco...; sir James es un gran tirador.

—Podéis darle la enhorabuena.

—¡Pero hombre!

—¿Queréis dejarme dormir?

Salieron los dos hermanos, para cuidar de lo que el desafío había menester, y Alberto, volviéndose del otro lado, concilió nuevamente el sueño.

Aquella tarde estuvo con sus padrinos en la finca donde se celebraría el duelo, ejercitándose en el tiro. Su pulso era tranquilo, y no lo hacía del todo mal, según expresión suya. Allí tuvo ocasión de leer un periódico de la mañana, en el cual se daba noticia del suceso ocurrido la noche anterior en el Casino. Los nombres de los actores de la escena se daban con iniciales; sólo el de María se leía con todas sus letras. El hecho fué tan público, y ella tan renombrada, que no se cometía indiscreción alguna.

Del uno se indicaba en el suelto, ser un joven que

acababa de llegar de Cuba, y que se hospedaba en el hotel de Londres; del otro, que era un inglés locamente enamorado de la artista.

Al ver que nada se mentaba de su parentesco con María, respiró libremente. Entre todos los que presenciaron el hecho, no hubo ni uno que le conociese. Esto representaba un principio de olvido de su persona, que le causó un júbilo inmenso. El poco tiempo que permaneció al lado de su esposa, como tiple, dió lugar a que, habiendo conocido a muchos, fuesen pocos los que le conocían a él.

A la hora de cenar, Alberto, invitando a los hermanos, regresó con ellos al hotel, de donde no pensaba ya salir hasta el día siguiente a la hora del duelo. Al subir, un criado le dijo que unos señores le esperaban.

Pedro, con su mujer y Susana, esperaba, en efecto, desde hacía largo rato.

Aquella mañana habían recibido carta de los padres, anunciándoles el viaje de Alberto. Pocas horas después, sentados en un café, algunas palabras que oyeron acerca del lance, les pusieron sobre aviso; la lectura de un periódico les sacó de dudas... y allí estaban en el hotel esperando, decididos a no irse sin verle. No tenían nada que hacer.

Cambiados saludos, abrazos y apretones de manos, hechas las presentaciones de rúbrica, Pedro y Alberto, aparte, conversaron brevemente acerca de lo sucedido. El asombro de aquél no tenía límites. Verse desafiado porque su mujer le puso un clavel en el ojal, era la situación más estupendamente dramática o cómica que pudiera darse.

Subieron al cuarto de Alberto. Generalizada la

conversación, fué de notar la franca confianza que entre todos se estableciese a los pocos momentos. Alberto consideró deber suyo hacer honor a la amistad de los hermanos Piñerúa, poniéndoles al corriente de las circunstancias que concurrían en el lance, por su condición de marido de la causante. Los hermanos le habían dado pruebas incontrastables de su leal y verdadera amistad; ocultarles aquel episodio de su vida, hubiera sido ingratitud manifiesta.

Con suma atención y creciente curiosidad escucharon los Piñerúa el relato de su amigo, dando muestras de agrado al oir lo relativo al cariño que Pedro y su familia le tuvieron siempre.

La emoción se asomó varias veces al rostro de los hermanos al escuchar lo referente a los padres de Alberto. El acto de separarse de María mereció su aplauso, que hicieron patente con fraternales abrazos.

Cuando concluyó, todos coincidieron en la misma opinión: aquel duelo era improcedente. Improcedente era, en efecto, para ellos, que estaban en el secreto; pero no para los profanos.

Susana escuchaba, atenta, sin intervenir en esta discusión. Notado este detalle por Alberto, a la primera ocasión que tuvo, hubo de preguntarle aparte:

—¿Tú nada dices?

—Yo... no quiero que nadie tenga que hablar de ti.

Alberto la contempló en silencio unos instantes; después, reclamado por la conversación, intervino de nuevo en ésta.

Llegada la hora de la cena, los seis personajes

tomaron asiento ante una mesa preparada en el mismo cuarto, para estar con más libertad. Alberto procuró que la conversación girase sobre extremos completamente ajenos al lance, y aunque a costa de no pocos esfuerzos, lo consiguió haciéndola recaer sobre su vida en La Habana. Todos querían estar alegres, y ninguno podía lograrlo. Las atenciones de Alberto para con ambas jóvenes se multiplicaban, ocupación que secundaron con amabilidad exquisita los Piñerúa.

Sentado frente a Susana, Alberto la observaba, encontrando que el retrato no le había mentido en punto a su hermosura. Aquella gravedad sin afectación; aquella serenidad de ánimo hacíala verdaderamente interesante. Sus movimientos tranquilos, reposados, graciosos, contrastaban con la viveza de Berta, que no podía estarse quieta, y que hablaba por los codos. El callar era para ella un suplicio tan espantoso, que no lo aceptaba.

A las once, y teniendo en cuenta que Alberto y sus padrinos habían de madrugar, se dió por terminada la reunión. Pedro intentó que le permitiesen presenciar el duelo; pero no se creyó prudente acceder a su deseo. Convínose, pues, en que esperaría en el hotel el resultado. Las jóvenes, aunque nada se convino con ellas, en su fuero interno estaban resueltas a esperar con él. Para el caso de un grave accidente, que nadie admitía, Pedro y los hermanos recibieron algunas instrucciones. Al quedarse solo, Alberto reunió varios papeles, y con una carta para Pedro, los metió en un sobre. Después se acostó.

Los Piñerúa acompañaron a Pedro y su familia

hasta la puerta de la fonda, en el barrio de Gros, y luego dieron una vuelta por el Casino, antes de acostarse. Allí encontraron a los padrinos de sir James. Bebiendo cerveza, y con aire de la mayor indiferencia, deslizaron en la conversación la especie de que Alberto era un muy antiguo amigo de María, que jamás sintió amor por ella. Esperaban que si esto llegaba a oídos del formidable tirador, se amansaría un poco. El maldito inglés, tratándose de la tiple, se convertía en un chacal cuyos zarpazos eran de temer.



VI

¡Angustia de un alma!

Las señoras no hicieron esperar a Pedro... que ya es decir, tratándose de señoras. Diligentes, se levantaron a las cinco de la mañana, y a las seis y media estaban los tres en el hotel de Londres. Alberto y sus padrinos se disponían a salir. Un coche esperaba en la puerta. Cuando Berta supo que aquella caja tan grande que había sobre la mesa eran las pistolas, sufrió tal susto, que Pedro dió por fracasado su segundo intento de paternidad.

Sólo faltaba el médico, que no más de diez minutos se hizo esperar. Aquellos cuatro hombres vestidos de negro impresionaron grandemente a las jóvenes. Pedro las animaba, haciéndoles saber, al mismo tiempo, que maldita la falta que habían hecho allí... ¡Pero quién podía con ellas!

En el momento de salir, Berta fué a refugiarse en un rincón. Alberto y Susana, al estrecharse las manos, se dijeron con la mirada algo que ellos mismos no acertaron a comprender.

—¿Vamos?—dijo uno de los Piñerúa.

Pedro, abrazando a su amigo, le dijo:

—Ya que no hay más remedio, procura dejarlo seco.

Los cuatro subieron al coche, y Pedro quedó en la acera viendo cómo se alejaba por la avenida de la Libertad, en demanda del camino de Rentería. Mirando su reloj, hizo el cálculo de que a la hora y media podían estar de vuelta... muertos o vivos... ¿Qué hacer? ¿Acompañaba en el cuarto a las señoras? Suponíalas hipando... y la verdad era que no estaba para oir lloriqueos. ¿Esperaría paseando por la calle? Esto último era lo mejor. Mandó subir a un criado para que dijese a las señoras dónde estaba, en caso de necesidad, y hecho esto, dedicóse a pasear por la avenida.

Cuando el criado llegó a cumplir la orden, ya Berta había salido del rincón y empezaba a recobrar los ánimos. No era mujer cobarde, pero *ella no podía ver esas cosas*. Contradicción notoria era no poder verlas e ir a presenciarlas; mas sabido es que, para la mujer, contradecir es necesidad.

Sentada en una butaca, la cabeza inclinada sobre el pecho, Susana movía imperceptiblemente los labios, engendrando una oración. Berta fué a sentarse a su lado.

—Ten valor, Susana.

—¡Valor...! ¿Y si le ocurre algo?

Esta respuesta dejó perpleja a Berta. «¿Y si le ocurre algo?»—repetíase mentalmente.—«¿Y si le ocurre algo... ¿qué le sucederá a Susana?»—añadía después. Y luego, en voz alta:

—¡Dios mío! Los hombres no saben arreglar las cuestiones de otra manera... Los sables... las pistolas... los cañones... ¡Jesús, qué brutos son! Como

si no hubiera razones para decir:—Yo he cometido esta falta, por esto...—Pues yo le he pegado a usted, por lo otro...—Bueno, pues yo tengo la razón. —No, señor, la tengo yo...—Aquí tuvo que suspender sus razonamientos, al ver que ella misma *se iba a las manos*. Acercándose más a su cuñada, enlazó su talle, y acariciándola blandamente el rostro, dijo:

—Pobrecita.. Ten esperanza, ten fe... Pero Dios mío, ¿en qué?—se contestaba ella misma—; ¿en qué vas a tenerla? Tu situación es horrible. ¡Qué injusto es Dios!

—No le ofendas en estos momentos en que sólo Él puede salvarle. No le pido otra cosa, Berta. Tú, que conoces el martirio de mi corazón, sabes que vivo resignada y que toda mi dicha se cifra en saber que él es feliz.

—¡Cuánto le quieres!

—¡Cuánto...! Mil veces más que a mi vida. Con qué gozo sufriría por él martirios y torturas sin cuento. Ese es el orgullo de mi cariño. Le amo sin esperanza ninguna... ¿Quién podría negar la sinceridad de este amor? Desde que su mujer, con aquellas horribles palabras, despertó mi corazón a la luz de la verdad, haciéndome conocer la existencia de un sentimiento que yo no podía ni sospechar, mi vida es suya. Lo es de tal modo, que si me propusiera una infamia...

—¡Calla, por Dios!—replicó Berta sintiendo un escalofrío.

—No temas... Es demasiado bueno para hacerlo. ¡Qué digo...! ¿Acaso se ha dado cuenta de la intensidad de mi amor? Aquel beso que yo, impulsada

por una fuerza superior a mi voluntad, le di al marchar a Cuba... ¿le dijo todo lo que yo le quería, o sólo le expresó la tonta sensiblería de una niña...?

Calló Susana. Conmovida ante su dolor, Berta no encontraba palabras de consuelo. Conocía el secreto de su cuñada desde poco después del matrimonio. La atracción, el cariño que nació entre ambas, las llevó a la mayor intimidad espiritual. El contento de la joven, siempre que llegaba carta de Alberto; algunas de las postdatas que pusiera en las de Pedro; varias imprudentes palabras pronunciadas por ella, despertaron las sospechas de Berta. Viéndose descubierta, Susana se lo confesó todo... y no tuvo que arrepentirse. En su cuñada encontró el único consuelo posible para ella: tener una persona con quien poder hablar de *él*. Los consejos de Berta, su tierna participación en el sufrimiento de Susana, fué la válvula de seguridad que, dando escape a éste, impidió el estallido de su pobre corazón.

—¿Qué hora es? ¡Cuánto tiempo hace que se han marchado...! ¿Está muy lejos la finca a donde han ido?—preguntó Susana, al cabo de un rato.

Berta, que sabía tanto como ella acerca de semejante extremo, se limitó, por toda contestación, a exhortarla nuevamente a la resignación. Por lejos que estuviese, ya no podían tardar mucho. Eran cerca de las nueve. El rodar de un carruaje cualquiera hacía que las dos se asomaran atropelladamente al balcón... Susana estaba muy pálida; pero la expresión de su rostro era tranquila. La desolación que sufría sólo torturaba su alma.

A las nueve y media se oyó parar un coche ante el hotel.

—¡El es!—exclamaron a un tiempo, sin atreverse, ante la seguridad, a salir al balcón.

A los pocos minutos, Pedro entró precipitadamente en la estancia.

—¿Está herido?—le preguntaron con ansiedad.

—Sí... está herido; pero no hay que asustarse: no es cosa grave... Salid de aquí hasta que le hayamos acostado.

Las jóvenes obedecieron. El semblante de Pedro denotaba lo contrario de sus palabras; mas no se atrevieron a insistir... La verdad pronto iban a saberla.

Ya en el lecho Alberto, el médico levantó el apósito que provisionalmente colocara en el hombro derecho, sitio de la herida, y procedió a una cura minuciosa. A causa de la pérdida de sangre, el herido sufría un desvanecimiento que facilitaba la acción del doctor. Berta y Susana le prestaban su concurso, facilitándole agua, algodón y gasas, según lo iba habiendo menester. Los hermanos Piñerúa y Pedro miraban sin despegar los labios.

La herida tenía importancia, pero no extrema gravedad... No hubo fractura del hueso, por fortuna.

Al concluir la cura, Alberto abrió un momento los ojos; contempló con mirada apagada e inexpresiva a los presentes, y volvió a cerrarlos.

El doctor dió algunas instrucciones a las mujeres, relativas a los cuidados que habían de prodigarse al paciente, y mientras ellas quedaban al lado del lecho, fué a reunirse en el balcón con Pedro y los hermanos.

Fué una verdadera desgracia. El mismo sir James se lamentaba del mal causado, que no quiso

fuese tan grande. Desde el momento en que sus padrinos le hicieron saber lo que Carlos y Enrique les comunicaran la noche anterior, su odio hacia Alberto disminuyó considerablemente. De no mediar la tremenda bofetada, seguramente le habría dado explicaciones. La serenidad de Alberto fué admirable. Hasta en el momento de empuñar la pistola, estuvo bromeando con sus padrinos, aconsejándoles que se pusieran a distancia, por si acaso...

Al primer disparo cayó herido.

El doctor volvió a tranquilizarlos, asegurándoles que todo era cuestión de unos cuantos días de cama. La presencia de las jóvenes la consideraba como una suerte grande. El herido estaría bien cuidado, cosa esta esencialísima.

En vista del reposo en que se hallaba Alberto, los Piñerúa y el doctor se ausentaron, quedando los primeros en volver después de almorzar, y el doctor, en hacer una visita a última hora de la tarde. Si ocurría algo, no tenían más que llamarle.

Cuando el matrimonio y Susana quedaron solos, reunidos en un ángulo del cuarto, tuvieron una conferencia detenida, sobre el modo y manera de organizar una constante guardia.

Propuso Pedro que uno estuviese por la mañana; otro, por tarde, y por la noche el último, y claro es que este turno, como peor, se lo asignaba él. Berta opinó que los cuidados de un hombre eran inútiles; ellas alternarían, y él, en todo caso, podría acompañar un rato a la que estuviese de guardia por la noche.

Susana puso fin a las dudas. Lo que Pedro tenía que hacer era irse a la fonda, recoger el equi-

paje y mandarlo traer al hotel. Todo lo que fuese tener que ir y venir al barrio de Gros era una incomodidad y una pérdida de tiempo. ¿Que les costaría más caro? Bueno. ¿Es que iba a mirarse esto, tratándose de Alberto? Por esta misma razón, si bien era de agradecer el ofrecimiento de los Piñerúa, de prestar su concurso para el cuidado del herido, no debían aceptarlo. En buen hora que pasaran con el amigo cuantos ratos tuviesen a bien; pero sin que esto implicara la obligación de cuidarle.

Pedro no quiso escuchar más. Salió del cuarto, y a poco volvió, comunicando que ya tenían asignadas dos habitaciones en el piso tercero.

—Ahora es preciso que una de vosotras venga conmigo a recogerlo todo. Ya sabéis que yo no sirvo para esto.

Berta exclamó prontamente:

—Yo iré.

Susana quedó al lado de Alberto. Sentada a la cabecera de la cama, permanecía atenta al menor movimiento de éste... Largo rato estuvo así. De pronto, el herido, dando un débil quejido, abrió los ojos y miró a su enfermera. Ésta, con amorosa solicitud, inclinándose prestamente, preguntóle si quería algo. Alberto nada dijo. Una de sus manos descansaba sobre la ropa del lecho. Ella la acarició con ternura. Alberto, oprimiendo suavemente aquella mano que acariciaba la suya, volvió a quedar como dormido. Susana, apartada del lecho, y tirando de una fina cadena de oro que llevaba al cuello, sacó del pecho una medalla de la Virgen de los Dolores. Con mística unción la llevó a los labios, y se puso de rodillas para rezar.

El ruido de unos pasos que se acercaban la hizo salir de su éxtasis. Pedro, abriendo con cuidado la puerta, entró en el cuarto.

—Ya estamos de vuelta. Berta está arriba. Si quieres subir... ¿Y Alberto?

—Descansa.

—¿Habló algo?

Susana respondió con un movimiento negativo de cabeza.

Berta se presentó. Todo estaba corriente en las dos habitaciones. Como la *toilette* de las jóvenes había sido aquella mañana, por la hora, muy precipitada, Pedro les dijo que subiesen para descansar un poco y arreglarse; pero ninguna de las dos quiso hacerlo. Puesto que no habían de pisar la calle en todo el día bien estaban, y en cuanto al cansancio, no lo notaban.

Al disponerse a ir al comedor Pedro y Berta, en tanto que Susana quedaba al cuidado de Alberto, los hermanos Piñerúa hicieron acto de presencia.

Después de preguntar breve y concisamente por el amigo, y de saludar a las señoras, reunidos con Pedro junto al balcón, hablaron con aquél en voz tan baja, que ni Berta ni su cuñada lograron entenderles nada. Era notorio que los tres ponían empeño en que sucediese así. Aparentaban ellas no comprenderlo; mas no por eso dejaron de observarlos, pudiendo ver que la cara de Pedro cada vez expresaba mayor preocupación.

Cuando los Piñerúa se despidieron, Pedro salió del cuarto acompañándolos, y tardó bastante en regresar. Al reaparecer, las dos mujeres le interrogaron con curiosa inquietud; pero él se negó por el

momento a dar explicaciones, asegurándoles que lo haría más tarde.

El matrimonio fué al comedor. Una camarera sirvió a Susana, que no daba paz a su pensamiento, tratando de descifrar el enigma. ¿Era algo relacionado con la mujer de Alberto? ¿Trataría ésta de ver al herido? ¿de hacer valer sus derechos? Susana se estremeció de pavor ante la idea de verse frente a María...



VII

¡En sus divinos ojos!

La mejoría de Alberto progresaba de un modo notorio. El sabio doctor puso a contribución su ciencia; Berta y Susana, su cariño para el mayor celo en los cuidados; Pedro con nada pudo contribuir, ya que nada le dejaron hacer en obsequio de su amigo. Los Piñerúa pasaban grandes ratos acompañando al convaleciente, sobre todo desde que la notable mejoría experimentada por éste le permitió estar sentado en la cama conversando con ellos. Desde este instante, el elemento masculino prestó con gran placer el servicio de distraerle..., y de consumir de un modo alarmante sus existencias de habanos.

—Es todo cuanto podemos hacer en obsequio tuyo—decía Pedro, dando prolongadas chupadas a un formidable veguero.

A pesar de aquella obsequiosidad y del contento que todos demostraban por su mejoría, Alberto creyó notar cierto aire de preocupación en sus amigos, sobre todo en las mujeres. En cierta ocasión, que le creían dormido, pudo verlas conferenciar con misterioso aparato. Observó en Susana, que mientras su-

ponía ser vigilada por él, estaba alegre y sonriente; pero cuando no, su cara se cubría de un velo de tristeza, que no acertaba a comprender. Por el temor que inspirase su salud no podía ser, puesto que el médico aseguraba que el restablecimiento absoluto era ya cuestión de ocho días. ¿A qué era, pues, debida aquella actitud? ¿Tendría algo que ver su mujer en el asunto? ¡María! ¿Qué fué de ella? ¿Qué pensó del lance? ¿Había preguntado por él? ¿Estaba aún en San Sebastián? ¿Qué clase de mujer era la suya, que pudo hablarle como lo hace la coqueta que pretende despertar el amor de un hombre? ¡Extraña psicología! ¡Y estaba hermosa como nunca! Su belleza, alcanzando la plenitud, hacía de ella una mujer irresistible.

El sobre en blanco, aquel sobre de tarjeta que llevaba en la cartera, apareciendo en su pensamiento, le hizo recordar, con horror, el pasado. La imagen de Luis, los solitarios que tantas veces brillaron ante sus ojos con insultantes destellos, sir James..., y hasta la rechoncha figura de D.ª Rosa, asqueaban su pensamiento.

Una tarde, Pedro y Susana se presentaron en el cuarto, dispuestos para salir. Susana estaba malhumorada. Pedro hizo saber a su amigo que el tal enfado se debía a que no quería ir a paseo y que le diese un poco el aire.

Desde el día del desafío, la joven no pisaba la calle.

Alberto se mostró muy disgustado por aquel confinamiento. Pedro tenía razón al quererla llevar de paseo; y si ella, lo mismo que Berta, no modificaban su vida, dedicándose a disfrutar un poco del

veraneo, él tendría que darse el alta antes de tiempo, para no prolongar aquel trastorno.

El discurso de Alberto fué cortado de raíz por su amigo. Aquello ya era harina de otro costal. El se levantaría cuando le dejaran, y en cuanto a Berta y Susana, harían lo que él mandase.

—Aquí se hará lo que yo disponga..., y a callar todo el mundo..., y hasta luego..., que no tengo ganas de conversación.

Y cogiendo de un brazo a su hermana, a punto que ésta se echaba a reir por la cómica alocución, salió del cuarto con ella, dejando a su amigo al cuidado de Berta, que, junto al balcón, para no perder la costumbre, se puso a coser.

Alberto seguía con la mirada los movimientos de la mano de su enfermera, viendo brillar la aguja entre sus afilados dedos. Sorprendida del silencio de su padrino, levantó la ahijada la cabeza, sorprendiéndole en su contemplación.

—Es muy distraído esto, ¿verdad?

—Mucho—respondió Alberto—. La aguja, entre sus dedos, me parece la lanza de un diminuto guerrero persiguiendo a invisibles enemigos.

—Usted sí que se ha vuelto guerrero desde que se ha batido.

—Pero ya ve usted que soy un guerrero pacífico, que se distrae viendo coser. Soy un guerrero de buen corazón...

—Y, sin embargo, postrado en el lecho, hace usted más daño que este diminuto combatiente que llevo entre los dedos.

—No me remuerde la conciencia de haber hecho mal a nadie.

—Vaya usted a saber...

Alberto quedó sorprendido. Ella, sin detenerse en la costura, y mirándole con disimulo, añadió:

—¿Piensa usted, señor mío, que es buena acción amenazar con levantarse de la cama y echar a perder todos los cuidados que con usted ha tenido una mujer que se desveló por atenderle, estando pendiente de si se mueve, de si se queja, de si duerme..., de si quiere agua?...

—Pero, Berta, ¡por los clavos de Cristo!... Si tal hice, fué con el buen deseo de que no se negara a salir...

—Ya lo sabemos, señor; ya lo sabemos... Pero eso se hace con ruegos, con palabras cariñosas..., con mimo... ¡Es que los hombres son ustedes más ásperos!...

—Por evitar un disgusto a Susana, daría yo la vida.

Al decir esto, se incorporó bruscamente en la cama, accionando con tanta vehemencia, que hizo prorrumpir a Berta en exclamaciones de alarma:

—Pero, hombre de Dios, estése quieto, que va usted a descomponerse el hombro; y tápese..., que no tengo ganas de ver visiones en camisa...; tápese o me voy... ¿Cómo quiere que dé cuenta de su salud si hace esas locuras?

—Bien; ya me estoy quieto; ya me tapo, aunque me moleste un poco eso de que me llamen visión; pero tenga presente que lo hago para que explique un poco más esa acusación lanzada contra mi persona. Yo sé perfectamente que a los cuidados de ustedes dos debo la vida... y gratitud eterna...

—Yo soy casada, y no quiero alabanzas que no

vengan de mi marido; guárdelas todas para Susana, que por muchas que sean..., son pocas... No lo olvide usted.

—¡Que no lo olvide! ¿Es que yo puedo olvidar lo que le debo, de antes ni de ahora? Berta, sus palabras encierran un misterio; van a un fin que yo no comprendo... Dígamelo..., ¡o me destapo otra vez!

—¡¡No!!

—¿Qué se propone usted con ese afán de hacer resaltar ante mí las virtudes de Susana?...

—Que no las olvide usted... ¡Los hombres son ustedes muy olvidadizos!...

—Aunque yo las hubiese olvidado, ¿qué adelantaría con recordarlas, si nada puedo hacer para demostrarle mi admiración?

—Será porque usted no quiera —contestó Berta con viveza, imprimiendo mayor velocidad a la aguja.

Verdaderamente sorprendido, Alberto no supo qué responder. Que Berta quería ir a parar a un punto algo escabroso, no era posible dudarlo; mas, para que ese punto fuese el que su imaginación le sugería, era preciso, en primer lugar, que Susana le siguiera amando, y, en segundo, que hubiese tomado a su cuñada por confidente de su amor. Y aun siendo así, ¿es que Berta no sabía el obstáculo insuperable que los separaba? Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y la sensación, el presentimiento de algo insólito, sobrecogió su ánimo. Nuevamente se incorporó, queriendo penetrar con la mirada en el pensamiento de Berta. Ésta, bajo la poderosa acción de aquel mirar, cuya influencia notaba sobre sí, no sin vacilar, y como si obedeciese un misterio-

so mandato, levantó la cabeza, dejó la costura sobre una silla, y dijo:

—¿Me promete oir con calma lo que le voy a decir? ¿Lo que nadie se atreve a comunicarle? ¿Sí?... ¿Palabra?

Berta aun calló un momento. Se puso en pie y se acercó a su padrino... Éste la miraba aproximarse, sin pestañear...

—Alberto... ¡María no existe!

—¿Que María no existe?

—Desde el mismo día del desafío... Nadie se atrevía a decírselo...; nadie encontraba el modo de abordar el asunto...

—Pero ¿qué ha sucedido?... Explíquese más...

—No puedo, no puedo... Ya se lo explicarán... ¡Yo no tengo valor para tanto!

Alberto quedó anonadado, confuso. Una lucha espantosa de encontrados sentimientos se entabló en su alma. El recuerdo de sus primeros años de matrimonio, de aquel amor inmenso que tuvo a su mujer, surgió violentamente en su corazón, angustiándolo terriblemente... En el lugar de la imagen que desaparecía para siempre, otra tomaba cuerpo y vigor ante sus ojos... Y es que Alberto no amaba a María; amaba el triste recuerdo de su amor por ella..., y a este recuerdo se oponía, formando contraste, la dulce sensación que experimenta el recluso al recibir el indulto. ¿Era aquella la causa de la preocupación notada en Susana?

Berta, con blanda acción, le obligó a recostarse en el lecho, y le tapó cuidadosamente... Él la dejó hacer. Su cabeza reposó en la almohada y sus ojos se cerraron un momento.

Al llegar Pedro con su hermana y Enrique Piñerúa, a quien habían encontrado en la puerta del hotel, Alberto, incorporándose súbitamente, miró con insistencia a Susana. Ella también le miró, sorprendida de su actitud. Él ansiaba leer en sus ojos, y la lectura le dejó satisfecho: en sus divinos ojos no vió el menor destello de egoísta y cruel alegría; en sus divinos ojos sólo se veía la expresión del más puro amor para él y de la más santa piedad hacia la muerta. Susana era, de todos, la que más apenada estaba por la tremenda desgracia; Susana no sentía rencor hacia la que fué obstáculo de su felicidad.

Alarmada por el aspecto de Alberto, fué la primera en dirigir la palabra para preguntar las causas.

Berta dió cuenta de lo ocurrido. Ya sabía la noticia; sólo faltaba que le relatasen el hecho.

Estando presente uno de los testigos de la muerte de María, Enrique Piñerúa, nadie mejor que él para hacerlo. Berta y Susana, retirándose a un extremo del cuarto, hablaron entre sí. No era muy aventurado suponer que la una ponía en conocimiento de la otra los detalles de la pasada escena. Pedro se sentó en la cama, y Enrique, acercando una silla, se dispuso a empezar el relato.





VIII

De cómo murió María.

—La mañana del duelo, así que te dejamos en el hotel, hecha ya la cura, y tranquilos, relativamente, respecto a la seguridad de tu vida, Carlos y yo nos encaminamos a ver a tu mujer, para darle cuenta de lo ocurrido, según le había prometido mi hermano. Nos esperaba impaciente, y fuimos recibidos en el acto. Su rostro, pálido y desencajado, denotaba, bien a las claras, que no durmió aquella noche. Sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras, y los párpados, hinchados. Al recibirnos, impaciente, como antes he dicho, pero sin exagerados extremos de dolor ni de sentimentalismo, nos preguntó:

—¿Está herido?

—¡Sí!

—¿De gravedad?

—¡De gravedad! Ha sido una verdadera desgracia, de la que el mismo sir James se muestra apesadumbrado.

Pasando ambas manos por sus ojos, sentándose e invitándonos a que lo hiciésemos, nos pareció verla asaltada por las más terribles dudas y vacilaciones.

—Y bien—preguntó al cabo de unos instantes—, el médico, ¿qué dice?

—Que la herida es de consideración, grave; pero que confía en salvarle.

—Está bien. Yo quiero ir a cuidar de Alberto; mi deber está allí mientras su vida peligre.

Aquí, mi hermano y yo tuvimos que hacer uso de todos los argumentos y reflexiones imaginables, para disuadirla de su propósito, que no sabíamos cómo podría parecerte. Al fin, vencimos, asegurándole que estabas perfectamente cuidado, y que nada debía temer sobre este punto.

—¿No le dijisteis por quién?—interrumpió Alberto.

—Ella no lo preguntó.

—María—continuó Enrique, después de un nuevo y más prolongado silencio—sólo nos dijo:

«Quizás extrañen ustedes el interés que demuestro por Alberto... Son cosas de la vida..., y lo único que puedo decirles es que está verdaderamente justificado. Perdónenme si no puedo ser más explícita, y agradeciéndoles en el alma su diligencia para venir a darme noticias, les ruego que me dejen sola.»

Quedó sonriente y, al parecer, tranquila. Encaminamos nuestros pasos al hotel en que se hospedaba—y digo que se hospedaba, porque ya no está en San Sebastián—sir James. Éste nos había rogado que fuésemos a comunicarle el diagnóstico del médico, una vez extraída la bala, en primer lugar, y en segundo, a decirle si tú estabas dispuesto a recibir su visita para estrecharte la mano.

Claro está que, aun habiendo sido otro tu estado, nada te hubiésemos dicho acerca de este propó-

sito suyo, muy noble, pero irrealizable, por tu carácter de marido de la causante.

Fuimos, pues, al hotel de México, donde se hospedaba, y le pusimos al corriente de lo que el médico había dicho de la herida, y en cuanto al segundo extremo, le expusimos nuestro criterio de que, dada la índole del asunto, no creíamos pertinente su presencia aquí. Además, el estado de postración en que te hallabas no era el más oportuno para hablarte de su deseo. En esto nos hallábamos cuando un criado pasó una tarjeta a sir James.

—¡Es ella!—nos dijo, pálido como la cera.

—¿Quién?—preguntamos sin poder sospechar.

—¡María!

Comprenderás nuestra estupefacción al oir el nombre de tu mujer, a quien poco antes dejásemos en el hotel. «¿A qué viene aquí?»—pensamos Carlos y yo.

Instintivamente presentimos un peligro, que no acertábamos a explicar de parte de quién estaba. Por un lado, ella, con el carácter de esposa tuya; por otro, él, locamente enamorado y propenso, siempre que de este amor se trataba, a transformarse de hombre en fiera; de ser civilizado, en salvaje. ¿Qué hacer? Sir James nos rogó que le dejáramos. Esto era lo procedente; pero María, que esperaba en un saloncito contiguo, tendría que vernos salir, lo cual, tratándose de una mujer a quien conocíamos, nos pareció poco correcto.

Sir James nos indicó la salida por la puerta de escape de la alcoba, que se abría a un corredor poco transitado. Así lo hicimos. Una vez fuera, mi hermano y yo quedamos indecisos, sin saber qué parti-

do tomar. Una mano invisible parecía retenernos con fuerza en aquel sitio. La voz de María llegó hasta nosotros, primero con claridad perfecta, después más apagada. Sentimos correr las cortinas de la alcoba. Esto nos decidió. Abrí la puerta, y como dos ladrones volvimos a entrar. Ser descubiertos por sir James en aquellas condiciones era verdaderamente expuesto; pero estábamos decididos a todo. No poco le valió después que nosotros presenciáramos el hecho.

Nos acercamos cautelosamente a los cortinones. María, de pie, estaba frente a nosotros. Sus ojos echaban fuego; sus labios temblaban al hablar. Sir James, dándonos la espalda, escuchaba en actitud humilde. La palabra de ella era breve y concisa; pero resuelta, dura, contundente. Veíase a la persona cuya resolución es firme, exenta de dudas y vacilaciones. En aquellos momentos era la mujer que, habiéndose propuesto un fin, caminaba hacia él en línea recta, dispuesta a saltar por cuantos obstáculos se le pusieran delante.

Recuerdo sus últimas palabras en la discusión, como si las estuviera oyendo—dijo Enrique haciendo una pequeña pausa.

La voz gruesa y tranquila del narrador daba a su palabra un especial atractivo; su vehemencia en el decir agrandaba el interés de los más nimios detalles.

Incorporándose del todo en el lecho, Alberto prestó mayor atención. Pedro, haciendo un gesto de disgusto, encendió el quinto cigarro. Susana y Berta habían callado y escuchaban, ocultando sus lágrimas.

Enrique continuó:

—Con gesto altivo y arrogante, con aire despectivo y valiente, con voz segura, dijo a sir James:

«Ha tomado usted mi cansancio, mi resignación, por una señal de triunfo, y está usted completamente equivocado. Si antes no me inspiraba simpatía alguna, ahora me causa horror, y si cree que su collar de perlas puede darle derecho a ser el suplicio de una mujer que, como artista, se limitó a recibirlo en un día de beneficio, también se equivoca de medio a medio.»

Al decir esto, María arrojó el famoso collar a los pies de sir James, y después continuó:

«La última tropelía colma la medida de mi paciencia, y vengo resuelta a librarme de usted para siempre.»

Trataba sir James de interrumpirla, haciendo protestas de su amor, de la imposibilidad de dominarlo. Aquel amor era tan superior a sus fuerzas, que en caso de que ella amase a otro hombre, llegaría hasta el crimen.

«Al crimen ha llegado ya—dijo María—, al batirse usted, maestro en el manejo de las armas, con un hombre inexperto en el uso de ellas. Pues sepa usted que ese hombre, al que no ha matado por milagro; ese hombre, a quien no amé nunca, es el único al que podría amar en lo sucesivo.»

Al oir esto, sir James, que hasta entonces permanecía como un perro a los pies de su amo, con voz que era un rugido, exclamó:

«No lo maté, porque me dijeron que no la amaba; pero ahora..., lo mataré.»

«Eso será si yo se lo consiento»—respondió Ma-

ría, sacando del entreabierto bolso un pequeño revólver y apuntando a sir James.

El momento fué terrible; no lo olvidaré jamás. La grandeza de aquella mujer en momento tan supremo, de tal modo nos sorprendió a Carlos y a mí, que, cuando quisimos salir de nuestro escondite, ya sir James, de un salto, se había apoderado de la muñeca de tu mujer, pugnando por quitarle el arma. Defendióse ella con fiereza, tratando de librarse de sir James... En la lucha sonó un disparo, que hirió levemente al hombre. En aquel instante llegabámos nosotros en socorro de María; pero una segunda detonación, causada por el forcejear de ambos, se oyó..., y entonces la mujer cayó desplomada... ¡Esto es todo!

Un prolongado silencio reinó en la habitación.

—El inmenso amor que le tuve fué mi desgracia; el que ella pensó tenerme hizo la suya...—dijo Alberto.

El relato de Enrique, no por ser conocido, dejó de causar honda emoción en los oyentes. La sublime actitud de María sorprendió a todos, apagando rencores y reavivando los sentimientos de piedad. Ninguna de aquellas personas podía ser indiferente al bello gesto de la artista. María Quer supo hacerse perdonar.

Temió Berta que el apesarado semblante de Alberto pudiera ser causa de sufrimiento para Susuna; pero demostraba, en su temor, no conocerla. Así lo quería ella: bueno, noble, generoso..., haciendo siempre gala de un corazón grande, henchido de los más bellos sentimientos; así quería ella al hombre a quien amaba con todas las fuerzas de su alma. La

indiferencia de Alberto ante el proceder de María hubiera sido quizás una desilusión irreparable para ella. Le contemplaba con orgullo; sentíase contenta de haber puesto en él todos sus amores. Era digno de ser amado.

Algunas frases de Enrique, encaminadas a dar ánimos a su amigo, dieron lugar a que todos interviniesen con el mismo objeto. Tranquilizábalos él a su vez, por lo que se refería a su emoción, lamentando que sus desdichas fuesen otra vez causa de disgustos para sus amigos.

Sin querer, recordaba la pregunta que se hiciera a raíz del suceso del Casino: «¿Qué final, qué epílogo era el que necesitaba la historia de su matrimonio?» Allí estaba el final que el Destino le tuviera, secretamente, reservado. ¿Era justo en sus decretos? De sus sentimientos podía responder: antes que producir aquel mal irremediable, hubiera consentido en ser desgraciado toda la vida; pero no así de los de su mujer: en caso de haber sido ahora el modesto violinista de entonces, ¿habría ella realizado el mismo acto? También acuciaban a su pensamiento algunas de las palabras de María en el Casino: «¡Quiza una voluntad de hierro, una mano inflexible, hubiese hecho de ella otra mujer muy distinta, digna de aquel sublime final!»

María, en efecto, había necesitado, para descubrir sentimientos que permanecían latentes en su corazón conocer la vida y los hombres, verse sola frente a ellos; así, conociendo a los demás, es como llegó a comprender lo que el amor de Alberto valía; entonces empezó a echarle de menos. La primera vez que la artista hubo de recordar a su marido fué

cuando tuvo que alejar a su tía, al darse cuenta de su perversa conducta y de la infame explotación a que la sujetaba, bajo el hipócrita sentimiento de protección y amparo. Si esto hacía ella, ¿qué no harían los demás? Aquel D. Juan, dócil y sumiso, hasta llegar a la más vil mansedumbre, le dió ira. «Alberto no consentiría eso»—dijo una vez a D.ª Rosa, de una manera inconsciente, en una disputa...—Y aquel día, sin darse cuenta, fué el primero que recordó a su marido. Después, cuando la vida, la Sociedad, le fué mostrando su verdadera contextura pensó muchas veces en él. Los hermanos Piñerúa, en la Argentina, hablando de su amigo de Cuba, ignorantes del parentesco, acabaron de hacerla comprender, con sus alabanzas, lo mucho que valía y lo bueno que era.

Convencidos de que lo mejor era dejar solo a Alberto, salieron, aconsejándole calma.

Reclinado en el lecho, cerró los ojos, y reconcentrado en sí mismo, quedó inmóvil como un muerto durante varias horas. Al entrar algunos de sus amigos, por si necesitaba algo, creyéndole dormido, salía de puntillas, para no despertarle. Aunque despierto, no salía de su abstracción. Su espíritu, disponiéndose a una nueva vida, complacíase en recorrer lugares y en visitar personas, cual si, dispuesto a emprender un largo viaje, quisiera dar el último adiós a unos y otras.



IX

El beso de Alberto.

Vestido de riguroso luto, un poco pálido aún, Alberto paseaba por su habitación, esperando a sus amigos del piso tercero. Era el primer día que iba a salir a la calle, y se estaban vistiendo para acompañarle.

El veraneo de todos ellos en San Sebastián terminaba aquel día. Los pasados acontecimientos teníanles disgustados en la capital guipuzcoana, y, a propuesta de Alberto, decidieron pasar la última etapa en San Juan de Luz. La marcha estaba fijada para el día siguiente.

El traje negro que vestía Alberto producto era, casi por entero, del deseo de Susana: el mismo día que Enrique hizo el relato de la muerte de María, rogó a Alberto que le rindiese aquel tributo.

Suspendiendo el paseo y sentándose en una butaca, del bolsillo interior de la americana sacó una cartera, y de uno de sus departamentos, el sobre en blanco que ya conocen nuestros lectores. Durante unos instantes contempló el mudo y misterioso sobrecillo, examinando las pálidas rayitas de tinta que

en su interior conservase. Aquel sobre enigmático, que de una manera tan brusca había quebrantado su destino, torciendo por completo el rumbo de su vida; el que nunca le dijese, de una manera clara y concluyente, el oficio que representó en el cuarto de María, quemaba sus manos, trayéndole a la memoria la imagen, vil y rastrera, de un hombre que, sin duda de ningún género, fué el primero que socavó los cimientos de su dicha. Aquel sobre que tan importante papel jugase en su vida; aquel sobre que durante cinco años guardara como antídoto de posibles desfallecimientos, era la única relación que guardaba con un pasado odioso. Aquel sobre era un objeto maldito, que debía ya desaparecer.

Con ademán reposado, recreándose en la acción que llevaba a efecto, cual si al rasgar aquel deleznable trozo de papel rompiese el corazón de un ser aborrecido, lo hizo menudos pedazos, que depositó en un cenicero. Con una cerilla le prendió fuego. Al arder, ennegreciéndose, las pavesas se retorcían, adquiriendo formas caprichosas y fantásticas. Terminada la combustión, un montoncito de cenizas quedó como residuo: era el pasado.

En aquel momento entró Susana.

—¿Qué haces, Alberto?

—Nada—respondió éste, sonriendo, a la joven.

Cogió el cenicero, y acercándose al abierto balcón, sopló con fuerza. Las cenizas volaron, desapareciendo, dispersas, ante su vista.

—¿Qué has quemado?

—Un sobre...

—¡Un sobre!...

—¿Sabes tú, acaso, cuál?

Susana nada respondió al pronto. Su corazón le decía que aquel sobre era el que ella vió un día en manos de Alberto.

—¡Me prometiste que no guardarías rencores!—dijo después.

—Por eso lo he quemado.

—Entonces, has hecho bien.

Susana vestía un traje obscuro, elegantísimo, y un lindo sombrero negro. El tal vestido realzaba su figura de un modo notable.

Reparando en ello Alberto, se lo hizo notar. Sumamente azorada, y queriendo llevar la conversación a otro terreno, expresó ella su extrañeza por la tardanza de sus hermanos. Cuando bajó, ya estaban vestidos... ¿Qué hacían?

—Sin duda que no vienen para que yo tenga tiempo de admirarte...

—Voy a ver...

Y uniendo la acción a la palabra, corrió hacia la puerta; mas él, cogiéndola de una mano, la detuvo...

—Déjame...

—Desde ayer estoy aguardando esta ocasión de hablar contigo a solas. Ahora permaneces menos tiempo a mi lado, y cuando lo haces, es porque están tus hermanos.

—¿Qué tiene eso de extraño? Ahora ya no estás malo... y se te puede dejar solito, y en cuanto a la compañía de mis hermanos, siempre estamos juntos. ¿Es que te estorban?

—Tal vez...

El brazo que Alberto tenía libre ciñó la cintura de Susana... Ésta sintió un terror inusitado.

—¡Qué haces, Alberto; déjame... pueden venir y...!

—Ahora no me importa que me vean..., como aquel día que me diste un beso...

Susana, temblando como una azogada, le puso una mano sobre la boca...

—¡Calla!

—Susana... ¡dame otro beso como aquél!

—¡No!...

Cogiéndole suavemente la cara, Alberto pugnó por llegar a su boca. Forcejeó ella por desasirse, hurtando el rostro cuanto podía, pero el brazo de Alberto la sujetaba con fuerza.

—¡No me beses!—dijo con voz desfallecida—.¡No me beses!—quiso repetir; mas sus labios se vieron sellados por otros que abrasaban. ¡La receta de Pedro estaba completa!

Logrando, al fin, desprenderse, Susana, oculto el rostro por las manos, fué a sentarse, sollozando. en la más apartada silla. Acercóse él nuevamente. Puso una rodilla en tierra, y cogiéndole las manos, que descubrieron el angustiado semblante, dijo:

—Susana: si aquel cielo que me dejaste entrever un día, aquel cielo en el que yo no pude penetrar, porque eras tú el ángel que allí moraba, existe aún, déjame buscarte en él, para decirte: te quiero; eres mi vida...

Susana permaneció callada; su respiración era anhelante; sus manos temblaban entre las de Alberto...

—¿No me respondes?

Levantó ella la cabeza, y mirándole con inefable ternura, murmuró:

—Mi amor para ti lo conoces desde que mi alma se entregó en un beso...

—Entonces, ¿por qué no respondes como yo deseo?

—Piensa en lo reciente que está la desgracia de María...

—La voluntad tiene fuerzas para el perdón; pero no para el olvido... No tengo por qué guardar respetos a quien no me los guardó... Además, me queda poco tiempo de permanencia en España...

—¿Tanto has de tardar en volver?

—Tu corazón y el mío tienen ya derecho a la paz y al sosiego... No partiré solo, si quieres ser mi mujer. Responde; dame la felicidad que te pido...

Calló aún la joven; después, acariciándole suavemente las sienes y atrayéndolo con blando ademán, exclamó:

—Alberto mío..., mi Alberto... ¡sea lo que tú quieras!

Sus bocas se unieron en dulcísima caricia...

En aquel momento, la voz de Pedro, hueca y campanuda, se dejó oir en la puerta de la habitación:

—¡Bravo, hombre, bravo!... Esto es para que se fíe uno de los que vienen de Cuba... Ahora comprendo el porqué de, estando vestida desde hace una hora, mi señora D.ª Berta no encontraba momento de bajar aquí...

—Cuando vi que lo hacía Susana, quise proporcionar a este señor la ocasión que tanto deseaba —dijo Berta, recibiendo en los brazos a su cuñada.

—En verdad que sí... Querido Pedro, has de saber que tu hermana y yo...

—Os queréis... Lo sé desde hace unos días...

—Que se lo dije yo... ¿Comprende usted ahora nuestra conversación de la otra tarde, señor torpe?

—Con toda mi filosofía, yo no hubiese podido sufrir lo que tú, pobrecilla—dijo Pedro, acariciando a su hermana.

El paseo fué agradabilísimo y por sitios retirados.

Por la noche, durante la cena, con tranquilo y mesurado contento, que otro no cabía en pechos tan nobles, oprimidos aún por el reciente drama, se habló de tantas cosas, que Pedro hasta tuvo un recuerdo para Filo y Monchita... ¿Qué sería de ellas? Esta pregunta fué contestada por Berta en la forma que es de suponer.—«Maldito lo que le importaba».

La idea de que la noticia sería una bomba para los padres turbó un tanto los espíritus. Decirles: «Os quedáis sin vuestra hija, se la llevan... llegó el temido momento...», era lo mismo que darles una puñalada en el corazón.

Se pensó en escribirles, dándoles el notición; pero esto nada resolvía, como no fuese adelantarles el disgusto.

—¡Señor... hay males que no tienen remedio!—decía Pedro, prohibiendo las caras tristes.—¡Caramba; bastante tiempo las habían tenido en ese estado!

Todo quedó resuelto en la siguiente forma: en vez de tomar el tren para Francia, tomarían el rápido para Madrid, dando por terminado el veraneo.

En virtud de esta resolución se acordó proceder al inmediato arreglo de los equipajes. Todo debía quedar listo para la mañana siguiente.

Alberto quiso ir a su cuarto para disponer el

suyo; pero Susana, cogiéndole de una mano, se lo llevó tras sí al piso tercero.

—¿No quieres que te lo prepare yo?

—¿Como entonces?

—¡Mucho mejor, tonto!

Pedro el Grande, tentándose la ropa, que en aquella ocasión era tentarse la cartera, se dirigió al *comptoir* para pagar la cuenta.

—Los señores no deben nada—le dijeron.

Las protestas de Pedro, al subir a las habitaciones, hicieron reir a todos.

«Aquellos multimillonarios cubanos, reyes del petróleo, del cobre, del tabaco, etc., etc., eran unos señores insoportables, que abofeteaban a las pobres gentes con billetes de banco.»

—Ya te lo advertí—decía Berta.

—Pero, señor, ¿quién va a suponer que un hombre con un tiro en el cuerpo piense en gastarse una porrada de dinero, que es mucho más doloroso que un tiro?

Pedro y Alberto, cayendo en la cuenta de que los Piñerúa no sabían aquel cambio de itinerario, fueron al Casino para enterarles de todas las novedades, que fueron para los simpáticos hermanos causa de satisfacción. En la franca amistad que entre ellos se estableciese desde los primeros días de su conocimiento, Pedro los bautizó con el sobrenombre de «reyes de la simpatía». En América, donde había tantos reyes, ellos eran soberanos, indiscutiblemente, de tal reino.

La felicidad no dejó dormir aquella noche a los futuros esposos. Ellos fueron los primeros en levantarse, dando prisa a los demás.

En la estación, Susana recibió las felicitaciones de los Piñerúa, que esperarían el aviso de Alberto para trasladarse a Madrid, donde se hablaría de lo referente a la boda. Era asunto que produciría competencias... ¡Ya lo verían!

El tren arrancó, ¡por fin! Alberto y Susana emprendieron el camino de su dicha, que ya no debía interrumpirse jamás..., según proclamaban Pedro y Berta.



X

A modo de epílogo.

Sobre dos pocos se funda este mucho que, malo o bueno, escrito queda: sobre un poco que vi, y sobre otro poco que escuché. Amante de la vida como inspiradora, a ella acudí en busca de materiales que me sirvieran para cimentar la presente historia, y de sus inagotables canteras extraje los que me sirvieron. En su esencia, de la realidad es hija legítima. ¿Supo mi fantasía vestirla y adornarla? Lo ignoro. ¿Acerté a transmitiros su emoción? Tampoco lo sé. Mis bríos al empezar, en desfallecimientos se truecan al concluir. ¿En qué fundé, pues, mis arrestos primeros? Pregunta es ésta que no me atrevo a contestar, porque tengo para mí, que pensamiento, imaginación y pluma formaron muy poco consorcio para salir airosos de su empresa. Perdona, pues, caro lector, y ya que al final estamos, deja que te comunique algunos detalles que juzgo han de completar el relato.

El matrimonio de Alberto y Susana se verificó en la mayor intimidad. A excepción de los hermanos Piñerúa, sólo asistió la familia de la novia, ya que Alberto no tenía otros parientes que unos muy lejanos, con los cuales nunca tuvo trato.

Enrique Piñerúa y Berta fueron los padrinos; Pedro, en bien de sus hermanos, cedió el puesto, resignándose a ser testigo con Carlos. Tener por padrino a Enrique era lo mismo que tener la fortuna en casa, y Pedro el Grande abdicó en favor de Piñerúa I, rey de la simpatía. «Da gusto tratarse con gentes de la misma alcurnia» – decía el destronado padrino.

La presencia de Alberto en Cuba era tan urgente, que no pudieron demorar la partida. Solos, en feliz viaje de novios, marcharon a Cádiz, donde embarcaron.

Pedro planteó a sus padres la cuestión del traslado al almacén en tal forma, y de tal manera le ayudó en su demanda Berta, que no tuvieron más remedio que irse a vivir con ellos.

Mala época para los viejos...

Primero, la separación de su hija, de Susana, de la mitad de su vida; después, el abandono de la antigua casa, de la que fué testigo de sus mayores dichas. Allí habían nacido Pedro y Susana; allí los vieron crecer sanos, fuertes y alegres; allí empezó D. Teodoro, trabajando noche y día, a ganar el bienestar de los suyos...

El casamiento de Susana les dejó abrumados.

No sentía Pedro celos por semejante cariño; él era el primero en echar de menos a su hermana; pero, algunas veces, por broma, fingía disgusto...

—Si es que se ha marchado la nena, Pedrín; si es que se ha ido—le decían—. ¡Sí que se había marchado!...

Desde la partida de la nena, la única idea de todos era la de su primera carta. ¿Qué diría?

Y llegó la carta... y la carta decía así:

Habana, 20 de septiembre de 1909.

Papás queridos: No sé cómo empezar mi carta, porque sólo se me ocurre deciros que soy la más feliz de las mujeres. Creeréis, por esto, que no me acuerdo de vosotros, de Pedro, de Berta; pero si esto pensáis, vuestra equivocación será la mayor del mundo. En mi dicha, sin comparación, os tengo presentes a todas horas, y si algo enturbia mi felicidad, es la idea de que no estéis contentos.

La pobre mamá es la que más me echará de menos, como yo a ella, y no incomodaros por esto los demás. Decidle todos que esté contenta, que yo se lo suplico con todas las fuerzas de mi alma... Queredla mucho... Pobre papá, qué recomendaciones tan tontas os hago, ¿verdad?

El viaje fué de lo más bello que podéis pensar. No sufrí la menor molestia ni llegué a marearme. Sólo al principio estuvo la cosa un poco mal, en este punto; pero resistí heroicamente.

De aquí, nada puedo aún deciros: no he visto más que nuestra casa, monísima, que Alberto está convirtiendo en un edén. De mi marido, conociéndole como le conocéis, ¿qué he de deciros? ¡Que sin él no podría vivir! A juzgar por lo que le oigo, también es feliz. ¡Qué alegría tan grande siento, madre mía de mi alma, cuando me dice que soy muy buena! ¡Con qué emoción recuerdo ahora las veces que le escuché a papá decírtelo a ti!

Os dirijo esta carta al almacén, porque supongo que Pedrín habrá cumplido lo que me prometió solemnemente, antes de mi partida: que os llevaría

con él, quisiérais que no. Estoy segura de esto: Pedro el Grande no faltó nunca a las promesas que me hizo. Otra vez les escribiré a ellos. Por hoy, decidle solamente que Alberto se ocupa en preparar la ofrecida remesa de cigarros... ¡Jesús!... son largos como palos de escoba. ¡Qué tono se va a dar el señor almacenista!

Perdonad que en ésta, cuyo principal objeto es daros cuenta de mi llegada, no sea más extensa. En cuanto mi vida se normalice un poco, os prometo escribiros largo y tendido. Hacedlo vosotros así; tengo muchos deseos de que me enteréis de todo lo que pase.

Alberto os manda muchos recuerdos y que ya escribirá. Dice que os tiene que traer a todos, con almacén y pianos.

Hoy hemos recibido carta de los hermanos Piñerúa, que, desde París, nos anuncian su próxima salida para Buenos Aires.

A mi querida Berta, dadle muchos, muchos besos; otros tantos a Pedrín, y vosotros, papás de mi alma, recibid la de vuestra hija que os adora, *Susana.*

Veinte veces se leyó aquella carta durante el día. Por la noche. a la una, cuando Pedro y su mujer regresaron del teatro, D. Teodoro, sentado ante la mesa del comedor, descansaba su venerable cabeza, vencida por el sueño, sobre las manos cruzadas; entre éstas se veía la carta de ella, de la hija muy querida, de la nena muy amada, de Susana... que se había ido...

ÍNDICE

Obras de Guillermo Díaz-Caneja

Teatro.

Un beneficio, sainete (en colaboración con D. Rafael de Santa Ana).

Novelas.

Escuela de Humorismo.—Novelas.—Cuentos. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

La Pecadora.—Novela.—Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

La Deseada.—Novela.—Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

El sobre en blanco.—Premio Fastenrath de 1918, concedido por S. M. el Rey a propuesta de la Real Academia Española.—Novela (4.ª edición).—Un tomo en 8.°, 5 pesetas.

Pilar Guerra.—Novela.—Un tomo en 8.°, 5 pesetas.

En preparación.

El vuelo de la dicha (novela).



